

CRISTINA SANABRIA

MIND THE Gap



autografía
EDITORIAL

CRISTINA SANABRIA

MIND THE GAP



CRISTINA SANABRIA

MIND THE GAP



autografía
EDITORIAL

CRISTINA SANABRIA

MIND THE GAP

autografía
EDITORIAL

Barcelona, 2024

Mind the Gap

Cristina Sanabria

isbn

: 978-84-10047-41-9

1ª edición, febrero de 2024.

Editorial Autografía

Calle de las Camèlies 109, 08024 Barcelona

www.autografia.es

Reservados todos los derechos.

Está prohibida la reproducción de este libro

con fines comerciales sin el permiso de los autores

y de la Editorial Autografía.

ÍNDICE

PORTADA

PÁGINA DEL TÍTULO

CRÉDITOS

HOLA, LONDRES

LA RESIDENCIA. ÉL. ÉL EN LA RESIDENCIA.

BUSCAR TRABAJO, MIENTRAS SUPERAS LA VERGÜENZA DE BUSCAR TRABAJO.

A ORILLAS DEL TÁMESIS

ODIO HACER TRÁMITES

LA ENTREVISTA GRUPAL

OH LA LA!

LA RESIDENCIA. PAULA. PAULA EN LA RESIDENCIA.

MAÑANAS QUE NO DICEN NADA.

CUANDO TE BESAN. PERO LO HACEN EN LA DISCOTECA.

EL DÍA DESPUÉS

PUNTO CERO

CUMPLEAÑOS FELIZ

LA ENTREVISTA

HEAVEN

REVOLUCIÓN HORMONAL

LA LLAMADA

LA CITA

TIERRA TRÁGAME, VOL. 3

PRIMER DÍA DE TRABAJO

SIN NOTICIAS DE ITALIA

NAVIDAD EN NOVIEMBRE

SE HIZO LA LUZ Y LA MÚSICA

WELCOME PARTY

RESACA number 5

WINTER WONDERLAND

FELIZ NAVIDAD

CUANDO AMANECE

LA DECISIÓN MÁS DIFÍCIL

HAPPY NEW YEAR!

MADRID

VOLVER

BRIK LANE

HOLLOWAY ROAD

CUANDO MENOS TE LO ESPERAS

WELCOME

SUPERSTICIÓN

TOPSHOP Y JÄGERMEISTER

RELOJ, NO MARQUES LAS HORAS

LA DESPEDIDA

FUCK MY LIFE

ADIÓS CON EL CORAZÓN

AGRADECIMIENTOS

HOLA, LONDRES

Mi padre se había pedido el día libre. Él decía que cómo no iba a despedirse de su chica. Aunque, la verdad, solo consiguió ponerme más nerviosa. Que a ver dónde aparco en el aeropuerto, que nunca hay sitio, que esto está muy lejos, que la maleta pesa mucho, que no te van a dejar pasar, Alejandra, y dónde coño está tu amigo. En esto último tenía razón. Creo que fueron cuarenta y cinco minutos de espera y quince llamadas.

Permanecí sentada en el suelo del mostrador. Solo quedaban treinta minutos para embarcar cuando lo vi aparecer a lo lejos. Jairo llevaba un sombrero negro, a juego con su chaqueta de cuero, la guitarra colgada y, en vez de venir corriendo, arrastraba los pies como si fuera un dinosaurio.

—Te voy a matar, lo sabes, ¿no?

—Ahorra fuerzas, porque tenemos que salir corriendo —me dijo Jairo.

Y así lo hicimos: salimos disparados. Ni siquiera nos despedimos de nuestros padres. Bueno, sí, con un adiós en la lejanía. Fue mejor así, sin pensar, sin asimilar que nos íbamos de Madrid, lo mejor era creer que el día siguiente sería otro día más. Esquivamos varios obstáculos hasta llegar al control de seguridad, metimos todos nuestros objetos electrónicos, baterías y blablablá en las bandejas, para seguir con la gincana, más propia de un escape room, que de un viaje a Londres. Decidimos vivir allí, más por un impulso que por una razón de peso. Bueno, para mis padres iba a “aprender inglés, y saber cocinar un huevo frito”. Pero yo no tenía tantas expectativas, solo quería conocer a gente, y divertirme. A los huevos fritos que les den.

Finalmente, llegamos al avión mientras anunciaban la última llamada. Nos sentamos en los asientos con cara de agotamiento. Si la vida fuera un cómic de animación, tendríamos una gota de sudor dibujada en la frente. Observamos el despegue desde la ventanilla, y tras varias cabezadas al aire, aterrizamos en Gatwick. Me fijé en el reloj para escribir en mi cuaderno la hora de llegada, como si fuera la de mi nacimiento: veintinueve de septiembre a las once cero-cero. Hacía treinta y cinco grados, pero la sensación térmica era de cuarenta. Ola de calor tropical en la ciudad y nosotros paseando las maletas por sus calles. Además, yo llevaba un chubasquero amarillo colgado del brazo, probablemente el único día que no llovía en la ciudad.

El metro no tenía ascensor. Miraba a Jairo con cara de ayúdame a subir esto por las escaleras, pero él tenía las manos ocupadas. De repente un desconocido cogió mi maleta roja, y la subió corriendo, para dejarla al final de las escaleras. Apenas me miró, pero yo me quedé con su imagen grabada en la retina. Era un tío de 1,90 metros, con los ojos verdes.

—WOW Jairo, creo que esta ciudad me va a gustar más de lo que esperaba —dije entre jadeos.

Tras continuar la lucha con las maletas por la calle, porque no podíamos pagarnos un taxi,

llegamos a nuestro albergue en Russell Square. Tiramos los bártulos en la habitación y salimos corriendo: la ciudad nos esperaba, teníamos ansias de Londres. Salir, conocer, ver y buscar. Olvidarnos, al menos por un rato, de que la incertidumbre estaba en cada rincón.

¿Dónde trabajaríamos? ¿Cómo se hace una cuenta del banco? ¿Qué coño es el National Insurance Number? ¿Por dónde teníamos que empezar? ¿Haríamos amigos? Todo eran preguntas para nosotros. Queríamos tener una vida hecha sin pasar por el punto cero. Aun así, decidimos postergar las preocupaciones y tomar nuestra primera pinta en un bar situado en la calle Noel Street, fácil de recordar porque Jairo era el mayor fan de Noel Gallagher. El camarero del bar tenía una estética puramente londinense, lo cual significaba que era un moderno de manual, con un brazo entero tatuado. Le faltaba un diente, el paleta, pero no le quedaba mal, creo que era parte de su look de hipster. Nos prometimos al instante, entre brindis, que ese sería nuestro bar preferido, por ser el primero, el primero de muchos.

LA RESIDENCIA. ÉL.

ÉL EN LA RESIDENCIA.

Al día siguiente dejamos el hotel y llegamos a la residencia que habíamos reservado, situada en Holloway Road. Se trataba de una construcción baja, un edificio decadente de ladrillo inglés, ubicada en una calle angosta, llena de mendigos. Después de las pintas del día anterior, yo tenía una resaca enorme. Wait.

—¿Cómo se dice resaca en inglés?

—Hangover —me dijo Jairo. Y esa fue la primera palabra en inglés que apunté en mi cuaderno de notas, ciertamente premonitoria.

—¿Qué número era mi habitación? —dije nerviosa, mientras entrábamos por la puerta principal del edificio.

El recibidor era un pequeño espacio gris, con las paredes teñidas de amarillo gastado y la pintura desconchada con decenas de grietas. A la izquierda había una puerta con un letrero que anunciaba las horas de la cocina, «open from 7am to 23pm». Justo delante estaban las escaleras que conducían a la primera planta, donde se encontraban nuestras habitaciones.

—Ale, tu habitación es la 222. Te acompaño —resolvió Jairo.

Atravesamos todo el pasillo, de moqueta gris, llena de suciedad y de colillas pegadas a los rodapiés.

—Jairo, llama tú a la puerta, que no me atrevo a conocer a mi compañera.

—¿Cómo te la imaginas?

—Creo que será una chica muy moderna, de estas que pinchan en discotecas y se meten drogas nuevas, tipo Ketamina. Por supuesto será fumadora, así que podremos ahumar las paredes de la habitación y reventar los detectores de humo.

Jairo llamó a la puerta y yo me escondí detrás de él.

—Hello, I'm Jairo, and this is Alejandra —dijo mientras me daba un empujón para que saludara a mi nueva compañera.

—Hey, nice to meet you! —alcancé a decir para saludar a Una. Porque sí, así se llamaba, como un artículo indeterminado.

Era una chica coreana (del sur), tenía una piel preciosa y estudiaba diseño de flores. Al parecer

existía esa carrera universitaria en Londres.

Después de saludar a Una, dejé las maletas al lado de la cama y eché un vistazo a la habitación. Era muy impersonal: una cama de noventa, sin ninguna sábana ni ningún ornamento decorativo. Ni siquiera un cuadro mal colgado. Únicamente había un mini frigo, vacío. Una no tenía posters, solo una foto de su familia coreana, en grande, como si fuera un retrato de la familia real, y un portátil en la mesa del fondo. No había mucho que cotillear en mi habitación, así que fuimos a la de Jairo, que estaba al otro lado del pasillo. Tenía las mismas características que la mía, con la única diferencia de que la suya olía mucho a marihuana. Creo que venía de la habitación de enfrente. Los baños eran compartidos y estaban a lados opuestos del pasillo. Solo nos faltaba chequear la cocina, así que bajamos para ver qué se cocía por allí.

Cuando abrí la puerta me quedé ensimismada. Había un chico alto, empuñando una cuchara de madera y removiendo el contenido de una olla con un brazo firme y muy tatuado. Medía alrededor de 1,90 metros, tenía el pelo castaño y una nariz prominente. Un segundo. Era él. El chico que me había ayudado con la maleta. «Esto es una señal de las que siempre me ocurren a mí», pensé.

En la cocina había más gente, pero solo podía mirarlo a él. Se dio la vuelta, y pegó un pequeño respingo. Creo que no se esperaba a nadie nuevo en la residencia. Igual que yo no me esperaba encontrar al hombre más guapo del mundo cocinando pasta al pesto. Me acerqué a saludarlo, mientras fijaba mi mirada en sus ojos verdes.

—Hi, I'm Alejandra —balbuceé.

—Hello, my name is Marco Moretti.

No supe qué más decir, ni siquiera que era yo la chica de la maleta, así que me presenté al resto del grupo. Chace, canadiense, bajito y de pelo rizado como una oveja. Manu, italiano, amigo de Marco, alto, rubio y con el cuerpo inundado de tatuajes. Nico, también italiano, con ojos achinados y risa contagiosa. Y por último Cindy, francesa, de pelo corto, y orejas decoradas con pendientes de perlas. Jairo empezó a cocinar unos san jacobos que habían dejado los inquilinos anteriores en el frigo común y a conversar en inglés con el resto del grupo. Yo no me enteraba de nada de lo que decían, pero me daba igual, porque no quería hablar, solo quería arrojar miradas furtivas a Marco. Debí de ser muy poco discreta porque me pilló mirándolo.

—Do you work here? —me lancé, para romper un poco el hielo.

—Yes, in an italian pizzeria.

—I love pizza! And everything related to pizza. I love Italy, and the italians, and the Fontana Di Trevi — dije presa de los nervios.

—Nice —contestó Marco, con cierto aire de condescendencia.

Como mi inglés no daba para mucho más, me limité a unir todas las palabras que sabía, pero gracias al Universo, Marco hablaba español. Aunque Jairo se dio cuenta de que me había puesto muy nerviosa y me rescató de la absurda conversación en la que me había metido yo solita,

disculpándose con la excusa de que nos teníamos que ir a dormir después de un largo día.

Jairo subió conmigo a la habitación, y me despidió con un beso de buenas noches en la frente. Había sido un día muy largo, y necesitaba meterme en la cama, y recopilar en mi cabeza todo lo que había ocurrido. Revivir todos los momentos, y ensanchar mis favoritos, como si los mirase a través de un microscopio. Al fin y al cabo, recordar es restaurar el placer. Y necesitaba volver a vivir lo que había sentido en mi primer día en Holloway Road.

BUSCAR TRABAJO, MIENTRAS SUPERAS LA VERGÜENZA DE BUSCAR TRABAJO.

A la mañana siguiente, Jairo y yo bajamos a la cocina a desayunar y a prepararnos mentalmente para nuestro primer día buscando trabajo. Repasamos el currículum, escrito en perfecto inglés, con frases hechas que repetíamos una y otra vez.

Dejar el résumé (así se decía en inglés, aunque a mí me sonaba a consomé) en todos los lugares susceptibles de ser contratados -básicamente hostelería y tiendas de ropa- no era plato de buen gusto. Sobre todo para mí, que no tenía gran control del idioma. En mi cabeza mi único futuro era haciendo kebabs o repartiendo flyers para sex shops con un sombrero de vaquera. Aun así, nos fuimos los dos a Oxford Street, uno de los puntos comerciales más famosos de Londres. En mi caso, me sentía como si me lanzara en paracaídas. Cada vez que entraba a un comercio, abría la puerta, buscaba el encargado y me tiraba al vacío.

—Hello, I was wondering if you have any vacancies?

«Y me preguntaba también si me puede tragar la tierra», pensaba para mis adentros.

No entraba con intención de buscar respuesta. Cuanto más comprimida fuera mi intervención, menos resistencia ejercería la otra parte. Yo solo quería soltar la frase, y salir corriendo. ¿Acaso hay algo más vergonzoso que dejar tu CV? Si alguien me hacía más preguntas, tipo: «¿cuéntanos tu experiencia, o qué posición estás buscando», yo los miraba con cara de ‘por qué preguntas’, «dame el trabajo y déjame en paz».

A pesar de ello, dejé el currículum en veinte tiendas (contadas) y diez restaurantes. Jairo solo aplicó a cafeterías, quería tener turno de mañana, para aprovechar las tardes tocando la guitarra y buscando a tipos guays para hacer una banda de música. Ahora solo me quedaba tener paciencia, y esperar. Así que me colgué mi móvil de seis pounds del supermercado Morrison al cuello y esperé a que alguien me llamase. No tenía internet en el teléfono y mi agenda estaba vacía, a excepción de un número: el de Jairo.

Mientras esperaba una llamada de trabajo me apunté a unas clases de inglés en una escuela que utilizaba el método Callan, que consistía en repetir una y otra vez fórmulas de frases y conjunciones gramaticales hasta que se quedaban grabadas en tu cabeza. «Where is the pencil? The pencil is behind you». Y así todas las clases. Una mierda ENORME. No aprendí nada y me gasté una pasta.

Cuando salí de una de las clases, sonó el teléfono. «Joder, que no sé responder en inglés», así que respondí supernatural con un «¿Sí?». Al otro lado escuché a una chica hablando inglés a la velocidad del rayo.

Acerté a entender las palabras justas: Dara shop, head office, Wednesday at 12:00. A lo que por supuesto, solo respondí «yes» y un triste «thank you». Me puse nerviosísima. Una entrevista,

madre mía, que no me había dado tiempo a aprender inglés. ¿Cómo me las iba a apañar? Fui corriendo a la residencia para buscar a Jairo. Cuando llegué al edificio, subí las escaleras y abrí la puerta de su habitación sin aviso. Él estaba tocando la guitarra, como siempre. Me tiré en su cama y le conté la noticia, a la que él reaccionó con una clase de palabras relacionadas con ropa y estampados: polka dots, t-shirt, pullover, stripes, etc. También redactamos un breve resumen de mi experiencia en tiendas que por cierto, no era tan breve, porque me había pagado la carrera y el permiso de conducir a base de doblar camisetas y cobrar manoletinas en la tienda Blanco.

A ORILLAS DEL TÁMESIS

Es difícil describir esta ciudad situada a orillas del río Támesis. No habían pasado muchos días para tener una opinión firme, pero sí los suficientes como para dejarme llevar por mis intuiciones. A veces me sentaba en los bancos enormes situados en los parques que inundaban la ciudad y observaba a la gente. Rara vez sonreían, nunca miraban a los ojos. Era como si les costase aceptar que el tiempo podía pararse unos segundos en una ciudad de ritmo frenético. El cielo siempre estaba encapotado, y yo aún no me había comprado paraguas. No quería aceptar que vivía en una ciudad gris. Iba con mi chubasquero amarillo a todas partes, como si así supliese la falta de tener un objeto que realmente me protegiera del impacto de la lluvia, y de la vida líquida, supongo.

Los pubs siempre estaban abarrotados. No sé si había mucho que celebrar o demasiado que olvidar. Londres tenía las mejores galerías de arte, y era un gusto perderse en todas y cada una de ellas. Siempre había una exposición que visitar, una jam session en la que desmelenarse o un mural que descubrir.

Había que vestirse con muchas capas, porque la humedad calaba hondo. Hacía más frío que todo el frío que había pasado en mi vida. Aunque siempre encontrabas una agradable cafetería en la que resguardarse de las bajas temperaturas y un buen café latte con el que calentar las manos.

Las sirenas sonaban con mucha fuerza, incesantes, como el llanto de un bebé. Aunque indicaban el peligro de la ciudad, a mis ojos eran algo ajeno, porque nunca me he sentido más segura. Quizá la palabra no era segura, era libre. Libre de hacer lo que me diese la gana, sin que nadie me observase. Podía afirmar que me sentía invisible. Esta invisibilidad me daba grandes poderes, principalmente el de no sentirme juzgada. Daba igual que llevase unas medias de leopardo o la falda que mi madre nunca me dejó poner porque era demasiado corta. En Londres nadie me iba a mirar. Me sentía etérea, aunque pisaba más fuerte que nunca.

Londres podía ser hostil, pero sobre todo era adictiva, como si la vida fuera una máquina tragaperras, a la que quieres jugar el resto de tus días. Siempre pasaba algo. No había espacio para el aburrimiento, una auténtica feria de emociones. Mucha gente llegaba huyendo de sus problemas. Más que una ciudad parecía un recipiente donde verter las preocupaciones. Todos empezábamos de cero y éramos quienes siempre habíamos querido ser. Estábamos de paso, y eso hacía que quisiéramos conocernos como nunca lo habíamos hecho antes. Nos mirábamos sin decirnos nada, pero con la intensidad del que sabe que un día seríamos solo un recuerdo.

ODIO HACER TRÁMITES

Ese día tocaba el papeleo. Si quería trabajar de forma legal tenía que sacarme el National Insurance Number, que viene a ser el número de la Seguridad Social. Así que fui a las oficinas situadas en Camden Street, las cuales apestaban a moqueta vieja, y a gente rancia haciendo cosas que no quieren hacer.

La sala de espera estaba atestada de inmigrantes europeos. Se palpaba la crisis en la UE. En su mayoría eran chicas formales con cara de trabajar de Au Pair, italianos abocados a ser bartenders, francesas que venían a trabajar en boutiques, o polacos, que eran los que mejor hablaban inglés, no como yo.

—So, Miss Alejandra, why do you need the Insurance Number?

—To work. Tomorrow, interview —contesté con aires de robot.

—Do you have proof of address?

Madre mía, qué dice esta señora, vestida de blazer gris, y gafas de caney. Ya me he perdido, joder.

—Sorry? —lamenté con una sonrisa, que era lo único capaz de hacer con mi tronco encefálico, en ese momento. Bueno eso, y respirar, aunque estaba ahogándome de los nervios.

— I mean, do you have a contract from your house?

—¡AH! ¡YES!

Cuando entendía las preguntas me sentía como si estuviera resolviendo un problema de álgebra. A veces entendía menos de lo que sabía, porque los nervios blindaban mi cerebro. Era como una neblina de palabras, que tardaba un rato en pescarlas y darles forma. A pesar de que en mi cabeza ya habían cobrado sentido, era demasiado tarde. Así que sorry era mi complemento perfecto, más que el bolso de poliéster que adquirí en Primark. Tienda en la que por cierto, me compraba absolutamente todo, menos las perchas, que las robaba. Hasta que un día me pillaron, y además de tener que pagarlas, me declararon persona non grata en sus establecimientos. No sería el primer sitio. También robaba en unos grandes almacenes que tenían un Food Court, donde podías comer y luego pagar. ¡JA! Solo lo hacía cuando quería darme un capricho -para mí impagable-. Salmón, fresas, sushi recién hecho. Me sentía un poco Winona Ryder. Esto no se lo conté a la del Insurance Number, claro, quién me dio un número interminable, de esos que están pegados a tu persona de por vida. También me dio un papel que decía P45, y P60. De eso, pasé.

LA ENTREVISTA GRUPAL

La head office de Dara estaba situada en la calle Regent's Street. Mis nervios y yo fuimos para allá en metro. Inspiré, expiré. Al final, Jairo vino conmigo porque estaba a punto de desmayarme. Nos fumamos varios cigarros a la entrada del edificio. Él intentaba hacer bromas estúpidas para rebajar mis nervios, pero yo tenía las palmas de las manos empapadas en sudor, muestra de lo mal que lo estaba pasando. Cuando subí las escaleras y me dirigí a la tercera planta, que era donde estaba situada la recepción, me di cuenta de que era ¡entrevista grupal! De puta madre, me tocaba hacer el ridículo en público. «¡Es lo que mejor se me da!», pensé, mientras me imaginaba a mí misma lanzándome a la piscina de la vergüenza, salpicando a todo el mundo con una bomba.

Entramos en una sala diáfana y los veinte candidatos nos sentamos en círculo. Empezamos presentándonos uno a uno. Cuando llegó mi turno, recité mis frases aprendidas y no quedé mal. Pero, ¡horror!. Tuvimos que levantarnos otra vez, salir al centro y hablar de las tendencias. Ahora sí que sí, por favor, que me caiga un meteorito en la cabeza y me haga desaparecer de la faz de la tierra. Me temía que no, que me iba a tocar salir en medio del círculo y apañármelas como fuera. Así que me planté allí con mi mejor sonrisa y dispuesta a decir estupideces.

—I think the trend are the jeans, the white t-shirt and also the platforms —e hice un gesto como si me tocara la suela del zapato.

De repente, tuve una revelación y me acordé de la palabra mágica: polka dots. Así que junté sujeto y predicado en mi mejor intento de componer una frase:

—Also the polka dots print.

Me quedé callada y di por finalizada mi ponencia de tres segundos. Otro de los ejercicios era hacer grupos y discutir sobre varios temas: «¿Cómo vestirías a Penélope Cruz para una cena de gala?». «¿Qué harías si alguien entrara con un perro a la tienda?». «¿Qué tres cosas te llevarías a una isla desierta?». Yo, por supuesto, no aporté nada al grupo y asentí con la cabeza todo el rato, con mis recurrentes «OMG, I am agree, great!».

Terminé la entrevista y tuve claro que no me iban a llamar en la vida jamás, después del ridículo que había hecho. «No valgo para nada», pensé. Quería vomitar de los nervios, pero estaba tan desilusionada, que me daba hasta pereza hacerlo. Lo que sí que quería era beberme una pinta en Picadilly, con Jairo.

Era nuestra segunda semana en Londres, así que no tenía que descuartizarme tanto (o sí). Por lo menos me habían llamado para una entrevista, y Jairo ya había conseguido trabajo en una cafetería, a la cual estaré eternamente agradecida, porque me proporcionaba sustento a base de sobras del día. Los croissants, los bocadillos de bacon y los yogures de frutas no faltaron en nuestra nevera. Esa era mi fuente de energía, junto a los palitos de cangrejo, el atún y la pasta.

Siempre hacíamos la compra en el Morrison de Holloway Road. Un supermercado, digamos, diferente. Por algún motivo del Universo todos los clientes tenían una minusvalía e iban en sillas motorizadas, creando atascos en absolutamente todos los pasillos del súper. Aunque este era el panorama, yo siempre me ponía los outfits de Rihanna en el videoclip de What's My Name, porque confiaba encontrar al hombre de mi vida en las estanterías de sopa instantánea, o a Marco Moretti comprando Pomodoro o Panettone. A quien por cierto, me encontré fugazmente al otro día bajando las escaleras de la residencia.

—Ey, ¿vas a trabajar? —pregunté intrigada.

—¿Se me nota en la cara?

—Demasiado sonriente, quizá —dije con cara de boba.

—Bueno, pero eso es por otra razón.

—¿Y qué razón es esa? Si se puede saber.

—Ya lo descubrirás.

—Te has levantado hoy misterioso.

—Me gusta guardar la intriga hasta el final. ¡Te dejo! ¡Qué tengas un buen día!

Y desapareció por las escaleras, seguido de su aura misteriosa, que era como su sombra.

Finalmente, Jairo y yo fuimos al O'neills, un pub irlandés, que nos molaba porque tenía música en directo. Solo podíamos ir de 17pm a 20pm, que era cuando todos los bares tenían 2X1. Estaba por Picadilly, pero más adentrado en la zona del Soho. Seguía sin acostumbrarme a beber pintas, se calentaban enseguida, y se me caían encima todo el rato. Normal que las moquetas de los bares tufaran a cerveza. Este bar era un clásico, llevaba abierto desde 1930, y en las paredes colgaban fotos de los Rollings Stones o Pink Floyd. Jairo las miraba atontado.

—¡Despierta! Que algún día estarás ahí colgado.

—Primero, tengo que ponerle nombre al grupo.

—Pero, ¿ya has encontrado a la peña?

—Pues el otro día conocí a un japonés, Koichi, que toca la batería como un loco, y le podría dar un rollito muy guay. Y también pasó la prueba otro español, Dani, que toca genial el bajo. Así que, creo que voy a cerrar filas.

—Pues tenemos que pensar un nombre.

—Te juro, que estoy en blanco.

—¿Y si lo llamas así?

—¿En blanco?

—In Albis, que en latín suena mejor.

—Oye tía, me mola. Rolling, Pink Floyd, In albis —contestó Jairo dándome un abrazo gigante. Era muy cariñoso conmigo. Y eso se agradece en ciudades frías como Londres. Aquí todo se magnificaba infinito, porque solo nos teníamos a nosotros. No podíamos diversificar el amor. Iba dirigido a las nuevas personas que el destino iba poniendo en nuestro camino.

Aunque Jairo y yo parecíamos amigos de toda la vida, decidimos irnos a vivir juntos a Londres dos meses antes, en el festival Arenal Sound, donde nos conocimos. Jairo había hecho el Erasmus en Atenas con mi amiga Yolanda, y nos juntamos todos en el camping del festival. Pasábamos las noches contándonos historias. Como por ejemplo, cuando era pequeña y me morreaba con el sofá que bauticé con el nombre de Carlos, o cuando obtuve un papel racista en la obra de teatro de Navidad del colegio. Iba vestida de panadera, y mi gran frase fue: “Ya están, ya vienen, son tres reyes, y uno es negro”.

En una noche de borrachera jugamos a retornos.

—¿A que no te atreves a...?

—¿A qué? —gritó Jairo borracho.

—A venirte conmigo a Londres —respondí.

—¿Sabes que siempre he querido vivir en Londres? La cultura british me flipa, y mi sueño es poder cantar en algún pafeto londinense —dijo Jairo con ojos vidriosos.

—¿Y qué te detiene? —pregunté.

—Supongo que el miedo.

—¿Miedo a qué?

—Pues a lo desconocido, tía, a no encontrar un trabajo, a no integrarme, a estar solo.

—Pero Jairo, todos tenemos ese miedo. Yo también. Apenas hablo el idioma. Y me aterra no encontrar curro, o no ser capaz de comunicarme con la gente. Pero las cosas no hay que pensarlas, hay que hacerlas, porque si las piensas mucho, la razón acaba inhibiendo la pasión. Y hay que moverse desde ahí, desde el deseo, desde las tripas.

—¿Y qué haces cuando el miedo paraliza todo lo demás?

—Pues dejarlo pasar. Fuera la consciencia, que es lo que te lleva al miedo. Hay que dejarse guiar por la corazonada.

—Lo ves todo tan fácil, Alejandra.

—Créeme que yo debería de tener más miedo que tú. Y ojo, que lo tengo, pero no dejo que me

venza. Además, si vamos juntos, nos apoyaremos el uno al otro. Y si sale mal, ¿qué es lo peor que nos puede pasar?

—Qué volvamos a España —exclamó Jairo, dándose cuenta que no teníamos nada que perder.

Fue entonces cuando empezamos a imaginar nuestra vida en Londres. Debatíamos qué zonas nos gustaban para vivir, qué barrios queríamos visitar. Soñábamos con ver a Pete Doherty en concierto. Hicimos una lista mental de cosas que queríamos hacer, y cuando llegamos a Madrid, nos pusimos en marcha. Fuimos juntos a una agencia llamada EasyFlat, que te buscaba alojamiento para el primer mes por un módico precio. Una vezuviéramos la casa, podríamos hacernos una cuenta bancaria y empezar a buscar trabajo. Estuvimos desde finales de agosto a mediados de septiembre preparando todo al detalle... y sembrando envidias entre otros amigos. Y aunque ahora parecemos hermanos, fue Londres lo que nos unió y nos hizo inseparables, a pesar de habernos conocido apenas dos meses atrás.

OH LA LA!

Después de las pintas de la noche anterior, no me apetecía una mierda sacar mi vergüenza a pasear buscando trabajo. Pero no me quedaba otra alternativa. Me estaba empezando a agobiar, a pesar de que no había pasado mucho tiempo. Me sentía mal pensando que en la casilla de “ocupación” tendría que poner “parada”.

Para subirme el ánimo me puse mi camiseta favorita, que rezaba “You are weird, I like you”, a ver si lanzando este mensaje algún manager sentía compasión por mí. Tenía el pelo largo, de color castaño, casi siempre despeinado. Menos los días como aquel, que me hacía dos rizos con la tenacilla, por eso de parecer una persona decente. Me había comprado unos mocasines, para darle un toque inglés a los outfits, y una minifalda, por si no me miraban la camiseta que por lo menos me miraran las piernas. Encontrar trabajo no es fácil.

Sentía la tripa revuelta, así que pasé de desayunar, y me lancé directamente al subway londinense, o al “tube”, denominado así por la forma tubular de sus túneles blancos. Me gustaba coger el metro de Londres, y pasear por sus intercambiadores con la música a tope, sintiéndome la reina del mundo, con canciones tipo You Run the World de Beyoncé. Mi padre antes de irme me regaló unos auriculares de cable, con la bandera de España serigrafiada con un toro en el centro. Me los dio con tanta ilusión, que no pude decirle “Papá, no me voy al fin del mundo, me voy a Londres, donde viven un millón de españoles”. Además, no podía rechazarlos porque no tenía otros, ni dinero para comprarlos, así que a pesar de intentar ser cool como los londinenses, pues no lo era. Era Alfredo Landa.

Lo mejor del metro: sus asientos. Me encantaba sentarme porque eran de terciopelo y siempre estaban calentitos. No solo era la comodidad lo que me gustaba, también contemplar a las personas, y sobre todo a la cantidad de gente guapa que había. Esto no pasaba en el metro de Madrid. Aquí la gente era estilosa, y tenía una belleza incandescente, aunque igual era por la fuerte luz de los vagones. Estaba ensimismada en estos micro- pensamientos cuando alguien se sentó a mi lado. Giré la cabeza y era él.

—Ey, chica madrugadora —dijo Marco sosteniendo un café en una mano, y una bolsa de papel con croissants en la otra. Me quité los cascos de viva España, y sonreí.

—Es lo que tiene buscar curro, que no deja de ser otro trabajo.

—Lo encontrarás pronto, no te preocupes. Si fuera manager, te contrataría sin lugar a dudas.

—Anda, ¿y eso por qué? —exclamé, acercando mi pierna a la suya en un sutil movimiento, para estar más cerca el uno del otro.

—Por tu sonrisa. Demasiado bonita como para resistirse a ella —replicó a la par que mis mejillas ardieron en llamas.

—A riesgo de parecer tonta, lo único que me queda es sonreír, porque todavía no soy capaz de hablar inglés.

—Todo llega. Hazme caso. Yo llevo seis meses, pero estaba igual que tú cuando aterricé. Solo hay que tener paciencia y esperar a que todo ocurra.

—¿Todo, todo? —pregunté a modo indirecta.

—No sé, ¿qué más quieres? —dijo Marco lanzando una carcajada al aire.

—Un cachito de tu croissant, por ejemplo —contesté cambiando de tema, por no decirle que lo quería era darle un beso a varios metros bajo tierra.

—Es tu día de suerte. Te regalo el croissant. Pero con una condición.

—Sorpréndeme.

—Que no dejes de sonreír, incluso aunque hoy tampoco encuentres trabajo.

—Eso no pasará, básicamente porque me has alegrado la mañana. ¿Sabes por qué? Porque lo que más me gusta del mundo son los croissants —susurré en su oído, mientras me levantaba del asiento.

—¡Me alegro! ¡Suerte! —gritó Marco mientras me alejaba.

Me bajé del vagón, y caminé por el andén como si estuviera flotando, con mi música, mi sonrisa, mis cascos de España, mi minifalda, y mis pocas ganas de buscar trabajo. Porque yo lo que quería era seguir sentada a su lado. Nada más. Rodilla con rodilla, envueltos en esa pompa con aroma a café y croissants.

LA RESIDENCIA. PAULA.

PAULA EN LA RESIDENCIA.

Además de patearme la ciudad también buscaba trabajo en Gumtree (el portal de búsqueda de casas, trabajos y bicis robadas). Una, mi compañera de habitación, me ayudaba con el inglés, y con la búsqueda de curro, aunque en verdad casi nunca estaba, porque se había echado un novio. Por las noches era muy sigilosa, y siempre me esperaba con la luz encendida cuando yo llegaba de madrugada. Era un alivio tener la habitación para mí, la mayor parte del tiempo. Una noche salí al baño para lavarme los dientes, y me topé con Paula, una rubia malagueña, que se convirtió en mi mejor amiga incluso antes de ser amigas.

Conectamos enseguida. Conforme nos conocimos en el baño, nos contamos nuestras vidas, mientras la pasta de dientes se nos caía encima del pijama. Esa noche había una fiesta en la residencia y le pregunté a Paula si le apetecía pegarse un baile conmigo.

—Ni lo dudes —contestó ella de inmediato.

La invité a mi habitación y nos empezamos a preparar para la fiesta, a ritmo de Somebody That I used to Know de Gotye, a la vez que seguíamos rajando de nuestra vida. Paula había llegado a Londres huyendo de la monotonía en la que había caído presa. Me confesó que había estado a punto de casarse, pero que pocos días antes de la boda, pilló a su chico con otra. Ella lo contaba todo a carcajadas, así que no sabía con certeza cuándo algo le afectaba. Lo que sí que sabía era que tenía ganas de comerse el mundo, y que esa era la razón principal para venir a Londres. Tenía 28 años, cinco más que yo, los ojos verdosos y una pequeña separación entre los dientes, que resaltaba en su diminuta boca. Cada vez que sonreía me recordaba a la ardilla de Ice Age. Era bajita, delgada y con unos pechos enormes. Había veces que no podía dejar de mirarlos, y eso que no llevaba escote. Cuando nos acabamos de preparar fuimos a buscar a Jairo a la habitación.

—¿Jairo, cómo de guapo te has puesto hoy? —grité tras abrir la puerta.

—Llevo lo mismo que todos los días; pantalón vaquero y camiseta blanca. Recién lavada, eso sí —contestó.

—Entonces estás igual de guapo que siempre. Sal de la habitación —dije— que te quiero presentar a alguien.

—¿A quién tengo el honor de conocer?

—Mira, esta es Paula, de Málaga.

—Encantada —dijo ella.

—El placer es mío.

Después de las presentaciones, bajamos al salón. Salón es un eufemismo, porque en realidad era una sala en los alrededores de la resi, destartalada y sucia, a la que podía tener acceso cualquiera. De hecho, a veces entraban mendigos. Cuando entramos sonaba A Sochi pego, delicia, delicia, así no se me mata. Todos bailaban en círculo, y en el medio estaba él: Marco. Sus ojos verdes se empequeñecían con su sonrisa, que escondía la inocencia de un niño en un cuerpo de un metro noventa. A su lado estaba Manu. Tenía el cuerpo cincelado con tinta, pero entre todos los tatuajes destacaba un dibujo con el rostro de una mujer. Al poco nos enteramos de que su madre había fallecido recientemente de cáncer, motivo suficiente para dejar su pequeño pueblo italiano, Isquione, y buscar una nueva vida en la gran ciudad.

Marco y yo nos sonreímos tímidamente, a lo lejos, pero nos empezamos a apartar poco a poco del grupo, y a bailar cada vez más cerca. Nuestras miradas cruzaban puro deseo. No hizo falta mucha conversación, más que cuatro carcajadas intentando hablar italiano.

—Io sono Alejandra, ho ventidue anni e vivo a la Londra. ¿Lo he dicho bien?

Hasta ahí mi conocimiento de italiano, y suficiente para conquistar la tímida sonrisa de Marco. Me miró con ese brillo especial que tenía en los ojos y me quedé sin respiración, pero con el suficiente oxígeno como para forzar una sonrisa. Me cogió de la cintura y empezamos a bailar cada vez más pegados. Podía sentir su respiración en mi cuello, y eso me ponía muchísimo.

—No sé bailar muy bien —pronunció con timidez.

—Déjate llevar —contesté con firmeza.

Marco se tropezaba con frecuencia. Supongo que era difícil coordinar ese cuerpo tan fornido, y esa altura, desde la que me miraba como pidiendo auxilio. Cuando paró la canción nos quedamos mirando desafiantes, esperando a que uno de los dos diera un paso más, pero ninguno lo hizo. Estuvimos callados un rato, con exhalaciones más largas de lo habitual, que contenían ese nerviosismo propio de los que enmudecen la tensión sexual. Sentía pirotecnia en mi estómago, así que solo había que buscar el momento perfecto para poder exteriorizar esta explosión. «Si cierro los ojos igual se lanza», pensé. Los cerré, pero llegó Chace, y nos interrumpió con uno de sus juegos para beber.

—Guys, we are drinking shots.

—Creo que no es mi juego —asentí e hice un amago de retirarme de la escena.

—Si no juegas, por lo menos quédate conmigo. Necesito apoyo moral —suplicó Marco.

—Si me lo pides así... Pero no me hago responsable de borracheras indeseadas.

Marco no bebía mucho, así que obviamente quedó el último, apenas pudo tragarse el primero de los chupitos. Manu fue tercero, Nico, sorprendentemente segundo, se le da mejor fumar porros. Y tal y como predecían las apuestas, Chace se alzó con la victoria del bebedor más rápido. Tras este momento macho alfa, Marco se fue de la mesa, y me miró con cara de arrepentimiento. “Por

qué he hecho esto”, debió de pensar. Y yo también lo pensé, porque decidí irme a la habitación. Así que no dije nada, ni siquiera a Paula. Tontear es exhaustivo, así que hice una bomba de humo y subí a dormir a mi habitación.

MAÑANAS QUE NO DICEN NADA.

Al día siguiente, cuando me desperté, fui corriendo a buscar a Jairo, para preguntarle cómo había acabado la noche.

—Yo me fui poco después que tú, así que no te puedo cotillear nada.

—Creo que me estoy enamorando. ¿tú crees que Marco también?

—Ale, no te montes castillos de arena, os acabáis de conocer.

—Oye Jairo, déjame soñar con mi príncipe italiano de un metro noventa y ojos azules. Bueno, verdes —rectifiqué.

Jairo me miró de soslayo y empezó a cantar Oasis con la guitarra: Slide away and give it all you've got / my today fell in from the top / I dream of you and all the things you say / I wonder where you are now? / Hold me down all the world's asleep / Need you now you've knocked me off my feet / I dream of you and we talk of growing old.

Mientras yo idealizaba esas frases y tenía ensoñaciones con él, decidí dejar a Jairo tocando la guitarra e irme a pasear sola para despejarme. Me fui a orillas del Támesis, sobre las siete de la tarde, la hora azul de Londres. Ese era el momento en el que el cielo estaba a punto de oscurecer, pero antes de hacerlo, se volvía de un azul muy intenso. Azul oscuro casi negro. Creo que en realidad debería llamarse la hora mágica. A esas horas siempre había muchas parejas sentadas en los bancos situados a orillas del río. En ese preciso momento, las odié a todas. Aun así, me senté en uno de los bancos y escribí unos versos en mi libreta:

Fría la noche sin el calor de tu mirada.

Has dormido en mí,

en el silencio de mi palabra

que calla todos los días

lo que siente por tus entrañas.

No puedo echarte de aquí,

eres refugio en las noches amargas

y calor en las frías madrugadas.

Quédate conmigo, porque no sé lo que somos,
pero sí lo que soy cuando sueño contigo.

Moraleja: No más paseos sola.

CUANDO TE BESAN.

PERO LO HACEN EN LA DISCOTECA.

—Ale, tengo una idea. ¡Vamos a buscar a Marco en Facebook! —espetó de repente Paula, pasándome el portátil en la mesa de su habitación, mientras pasábamos la tarde echando curriculums.

—Pero no sé su usuario —dije desganada.

—Da igual, busca el de la residencia en Facebook, seguro que él sale ahí.

Easyflat Holloway Road. Y efectivamente, ahí estaba él: Marco Moretti.

—¡Agregar, agregar! —gritó ella.

Lo agregué con la fuerza de los mares, como si fuese una petición de matrimonio. Si me aceptaba, me lo tomaría como un «sí, quiero». Aunque lo que necesitaba era desconectar de él, me estaba obsesionando demasiado. De hecho, le pedí a Paula salir esa noche, las dos, a solas. Necesitaba conocer gente nueva. Así que, nos calzamos nuestros más altos tacones, nos enfundamos sendos vestidos y boinas y nos fuimos a Proud, un garito de Camden. Primero, pasamos por el Off Licences a pillar unas cervezas de nueve grados. Costaban un pound, y con dos latas te ponías pedo, pero estaban tan malas, que nos comprábamos un chupachups para camuflar el sabor. La vista de Camden Town era inconfundible: fachadas de colores adornadas con enormes botas, aviones o dragones, y decenas de personas repartiendo flyers de tatuajes. Proud era una discoteca que estaba cruzando el puente a la izquierda, pasando por debajo de un pasadizo, junto a un gigante de hojalata. Cuando entramos a Proud sonaba Where Have You Been de Rihanna. Las luces verdes apuntaban nuestros cuerpos, y Paula y yo nos vinimos arriba. La gente nos miraba, y como para no... Dábamos la nota, y el concierto entero. La pista era nuestra. Empezó a sonar Moves Like Jagger. Hice un barrido con la mirada, para ver si encontraba algún guapo en la sala, pero por una extraña razón me sentí observada. Me retiré el pelo de la frente y pasé de refilón la mirada por unos ojos que se me clavaban directamente. Joder, Marco.

—Ey, ¿qué hacéis aquí? —dijo con disimulo.

—Bailando un poco, ya sabes, como nos pilla cerca de casa... —contesté.

—Os encanta salir de fiesta, ¿eh? —sentenció Marco con lo que parecía cierto aire de reproche.

—Of course! —contesté efusivamente.

Lo noté un poco distante. Como si le molestase que saliese, o quizá mi simple presencia. Así que cogí a Paula de la mano, y nos fuimos a la barra.

—¿Chupitos?

—Ya sabes la respuesta, amiga.

—Maldito Marco, he venido aquí a olvidarme de él, y ahora me lo encuentro hasta en la sopa.

—Pasa de él, ni lo mires. Dame la mano, vamos a bailar —dijo Paula, tras volcar el chupito en la boca.

Y así hicimos, el disc-jockey nos transportó con su música al centro de la pista y nosotras nos dejamos llevar. Bailando, bajo la atenta mirada de otros tíos, aunque yo solo miraba de reojo, para saber si Marco se estaba percatando de la escena, pero no era capaz de encontrarlo y eso que siempre era el más alto del lugar. Pretendí ir al baño, pero en verdad solo estaba buscándolo. Di tres vueltas a la discoteca, pero seguí sin encontrarlo. Decidí ir a fumar, sola, y allí estaba, aunque Marco no fumaba, acompañaba a Chace y Manu. Cuando vi su sonrisa asomándose tras la puerta y su cuerpo apoyado en la pared de la discoteca, suspiré. Como cuando pierdes las llaves de casa y resulta que están en el bolsillo interior de la cazadora. Alivio, eso es lo que sentí al ver sus ojos verdes mirándome de nuevo.

—¿Qué haces aquí sola? —espetó Marco.

—Me apetecía fumar, aunque no tengo tabaco. ¿Manu, tienes un cigarro?

—Los que tú quieras —afirmó, acercándose también el mechero.

—Vamos dentro —musitó Manu haciendo un gesto a Chace para dejarnos a solas.

—¿Te pasa algo conmigo? —pregunté, tras haberlo notado distante.

—Me pasa que ayer te fuiste de la fiesta sin decirme nada.

—No sabía que tenía que darte explicaciones.

—Yo soy de despedirme.

—Y yo de desaparecer.

—¿Tanto te costaba decirme que te ibas? Te hubiera acompañado a la habitación.

—Sé ir solita.

—Te noto tirante.

—No te has preguntado por qué decidí desaparecer.

—Alejandra no tengo ni idea, estábamos pasándolo bien, no sé qué pasó por tu mente.

—Nada, no pasó nada —reí, porque cómo iba a decirle que lo que pasaba era que quería estar con él, y que si no lo estaba, me enfadaba.

—¿Estamos en paz entonces?

—Nunca hemos estado en guerra —sonreí, pensando que la única contienda que quería librar con él era en la cama.

—Bueno, veo que tú eres de explotar rápido.

—Yo soy explosiva, que es diferente.

—Venga anda, vamos dentro —dijo cogiéndome de la cintura...

Al entrar, sonó The Verbe con Bitter Sweet Symphony y no pude evitar mirarlo y cogerlo de la mano para bailar agarrados. Lo llevé al compás de mis pies, o quizá yo iba al de los suyos. La verdad es que lo llevaría al final del mundo, y si no al fin, sí a otro mundo, en el que solo existiésemos él y yo, sin nadie que observe cómo me tiemblan las piernas cuando lo miro, sin que nada me haga desequilibrar y tropezar con mis inseguridades. Prefiero ese otro mundo, en el que compartimos un mismo idioma que solo conocemos nosotros: el de nuestras miradas.

Cuando acabó la canción me di cuenta de que tenía la mano empapada en sudor. La retiré de golpe y salí del colodón de emociones en el que estaba inmersa. Abrí los ojos y me di de bruces con sus labios, en un gesto torpe de los dos. Parecía que entre sus labios y los míos había una distancia infinita, pero recorrí ese camino de forma lenta y suave, hasta llegar al final, donde me esperaba su dulce boca. Nuestras lenguas jugaron a enredarse y absorberse. Me besó el cuello y no pude evitar soltar un gemido. El ritmo de los besos se iba acrecentando, e igualando la cadencia de mi corazón, que estaba a punto de explotar de la emoción. Me acarició el rostro y desaparecí. Por lo menos lo hizo el espacio que me rodeaba. ¿Acaso no estábamos solos? Lo único que permanecía en ese lugar era la intimidad de nuestro beso, que parecía iluminado con el mayor de los focos, como bailarines de tango dando pasos al compás. Ese beso era tierno, pero tembloroso, al igual que mis manos, las cuales no sabía dónde meter. Él las puso sobre mi pelo, hundiendo sus dedos en mi cabello, como si fuera una masa de pizza. Nos detuvimos para respirar, nariz contra nariz.

—No dejes de besarme —supliqué mientras cogía aliento.

—Ale.

Y solo dijo mi nombre -sí, mi nombre- sin ningún otro complemento, más que sus pupilas agrandándose como si fuera un animal salvaje. Y nos volvimos a mirar, cada vez más de cerca, hasta que nuestras bocas se volvieron a encontrar, cogiendo un camino que ya habían recorrido antes y que no querían dejar de deambular, porque solo ansiaban perderse, hasta volver a descubrirse, una y otra vez. Una palabra volvió a coger forma en su boca, pero parecía que le costaba salir. Solo emitía aire, un aliento que yo quería absorber, para que no dijera nada. Silencio, solo quería escuchar silencio, pero lo rompió con una frase que me dejó atónita:

—Ale, lo siento, no puedo, me tengo que ir.

Y así fue, desapareció de la discoteca, y se sumergió en la niebla londinense sin dar explicaciones, y dejándome sola. -Me-tengo-que-ir-, resonó en mi cabeza durante toda la noche,

como si fuera un martillo que me golpeaba sin cesar. Paula estaba con Chace y Manu, pero le pedí irnos a casa. Cuando llegué a la residencia, me fui directamente a la ducha, con la esperanza de que, si frotaba muy fuerte, la vergüenza y esas cuatro palabras, desaparecerían de mi cabeza.

EL DÍA DESPUÉS

Me desperté con resaca emocional. No pude evitar llorar durante la noche y al día siguiente me levanté con los ojos super hinchados. Para colmo estaba nublado y amenazaba lluvia. Aunque el lado positivo de la lluvia es que puedes ver el mundo al revés si miras bien en los charcos. Quizá solo nos fijemos los sin-paraguas, pero es bonito ver el reflejo en el agua. Me preguntaba si en Londres existirían los amores de verdad. Cómo van a existir, si ni siquiera se ven las estrellas en esta ciudad. Me estaba volviendo loca por Marco, a sabiendas de que lo acababa de conocer, pero nunca había sentido algo tan fuerte por alguien. Supongo que en Londres se ama sin poder amar, pero con el énfasis del saber que será fugaz.

Escuché el crujido del pasillo, me asomé a la puerta y allí estaba Paula.

—Ale, tienes mala cara, ¿qué te pasa?

—Nada, el tiempo, que me ha removido un poco las tripas.

—Pero, ¿estás bien? —dijo acentuando el gesto de preocupación.

—Sí, uno de esos días tontos. ¿Tú crees que en las ciudades de paso la gente se enamora? —pregunté mientras me tumbaba en la cama.

—Quiero creer que el amor no entiende de eso.

—Yo creo todo lo contrario, en ciudades como Londres, el amor es como un hotel, un lugar efímero.

—No seas dramática, Ale, conoces a Marco de dos días y ni siquiera sabes qué siente. Ha sido todo muy esporádico, dale tiempo.

—Tienes razón.

—Voy a escribir un blog, Paula, tengo que contar todo lo que nos pasa, porque es digno de ser compartido.

—¿Cómo lo quieres llamar? —preguntó.

—*Cosas que nunca te dije. Así podré hablar de todo lo que me ocurre y que no he contado. Posts dedicados a amigos, a mi madre, a Marco. Serán cosas que escribiré pero que nunca les contaré.*

Me ilusioné tanto con la idea de mi primer blog que me sumergí en mis pensamientos y empecé a escribir la primera entrada. No tenía muy claro de qué trataría, pero por alguna razón acabé hablando de lo grandes que eran los bancos en Londres, y de la cantidad de gente que cabía en ellos. Si Forest Gump hubiera pillado uno de esos bancos, probablemente nunca hubiese salido

corriendo. Mientras tecleaba todas estas chorradas apareció una notificación de Facebook en la pantalla. Podía ver el (1) anunciando algo que no me esperaba. Le di a la bolita del mundo y apareció él. «Marco Moretti ha aceptado tu solicitud de amistad». Me puse a gritar como una loca. Quería contárselo de inmediato a Paula, pero me aguanté las ganas, porque quería cotillear su Facebook.

La primera foto que vi fue una grupal del primer día que celebramos la fiesta en el salón. Marco llevaba una camiseta de algodón azul cielo y un gorro de lana granate. Labios rosados, mirada ladeada y dos dedos apuntando al infinito. A su lado estaba Manu, levantando el pulgar derecho y sonriendo. No podía parar de mirar a Marco, era como un ángel caído del cielo. La ternura de su mirada pellizcaba mi corazón, y también mis partes íntimas. «Marco Moretti, estoy enamorada», pensé. Mientras veía todas sus fotos jugando a voleibol y esa risa de niño inocente... estudié todos y cada uno de sus tatuajes. No había rastro de mujeres en su Facebook, lo cual me alegraba, por qué no admitirlo. ¿Las había borrado? ¿O directamente pasaba de todas ellas?

«Tengo que hacer algo para llamar su atención», me dije. Así que me vestí todo lo sensual que supe, con una camiseta negra transparente y unos pitillos desgastados, me pinté los labios de rojo y me puse uno de mis sombreros de felpa negro. Cogí la cámara de fotos, y miré a Paula.

—¿A que no sabes qué? ¡Me acaba de aceptar Marco en Facebook! —exclamé.

—Lo sabía, déjame el ordenador, vamos a cotillearlo —dijo Paula.

—Luego lo miramos, antes necesito que me hagas una sesión de fotos.

—¡Eso está hecho! No se va a poder resistir cuando vea lo pibón (paibon según pronunciaba Paula, con su acento malagueño) que eres.

Me hice cuatro fotos en poses sensuales: sujetando un cigarro con la boca, tocándome la cintura, enseñando canalillo más de la cuenta... Me sentía empoderada, y también muy sexy.

Pase rápidamente las fotos al ordenador. Quería publicarlas de inmediato en Facebook. Era miércoles por la noche y Marcos tenía el día libre en Zizzi, la pizzería donde trabajaba, así que las vería seguro, y por lo menos pensaría en mí. Pulsé sin miedo el botón de publicar. Al instante, ¡primer like! A Marco Moretti le ha gustado tu foto. Dios mío. La táctica estaba funcionando. OK, esto es lo que necesitaba mi Marco. Verme y saber de mí, aunque fuera virtualmente. De esta manera podría engancharse y dar su brazo tatuado a torcer.

—Paula, prepara tu mejor outfit, que mañana nos vamos de excursión. Marco me va a mandar un mensaje pidiéndome una cita como que me llamo Alejandra.

PUNTO CERO

Decidimos visitar el meridiano de Greenwich, aquel que divide imaginariamente el universo en dos hemisferios. En un mundo en el que las divisiones son tan tangibles, derecha e izquierda, norte y sur, blanco o negro, está bien conocer un lugar que parte de cero, aunque sea el causante de dividir el globo terrestre en líneas abstractas. Pero bueno, que la verdad sea dicha, a mí el meridiano me importaba una mierda, yo solo quería hacerme otra sesión de fotos en el parque que rodeaba a la estatua del meridiano.

Llevaba un gorrito granate, similar al que solía llevar Marco, una referencia interna que solo yo entendía. Unos shorts, a pesar de que hacía dos grados centígrados, combinados con unas medias negras transparentes adornadas con dos lacitos en la zona de los muslos y una camiseta de encaje burdeos. Así, sencillita, para pasearme por los gélidos meridianos. Paula hizo de fotógrafa y me sacó desde diferentes ángulos. Que si apoyada en el árbol, que si saltando entre la vegetación, tumbada en el suelo, de espaldas a la pared, con las gafas de sol puestas, sin ellas. Un amplio repertorio fotográfico digno de una persona que estaba haciendo el ridículo, pero todavía no se daba cuenta. Llegué a la residencia muerta de hambre, tras todo el día fuera, y me comí un par de palitos de cangrejo mientras posteaba mi nuevo álbum de fotos de Greenwich en Facebook.

What a day! lo titulé. «Vaya gilipollas», pensé. Y todo para que me viese Marco en Facebook, en vez de en la cocina. Porque seguía sin dar señales de vida, más allá de un me gusta en la anterior publicación, si es que eso se puede considerar señal de algo. Aunque me aferraba a que ese gesto era su forma de declararme amor eterno.

Mientras estaba posteando las fotos sonó el teléfono, y era un número desconocido. El corazón me dio un vuelco. La caja torácica se me retorció. Solo había dos posibilidades: Dara o Marco. Y la verdad, no sabía si prefería tener un trabajo o un novio. Ya había aprendido a contestar en inglés, así que me lancé muy digna:

—Ale's speaking.

—A wacha bie wacha yeah jeaia —esa es la frase que entendí traducida a onomatopeya, junto con entrevista personal, el viernes en la head office.

—OK. Thanks so much. See you —contesté para intentar zanjar la conversación lo más rápido posible.

No me he enterado de la mitad, pero sí de lo importante, así que:

—Jairoooooooooo.

Fui corriendo a su habitación, abrí su puerta y me tumbé en la cama a su lado.

—¿Te he dicho lo guapo que estás hoy? —susurré.

—Dispara, ¿qué quieres?

—Me conoces demasiado bien —dije con una risita nerviosa—. No te lo vas a creer, pero me han llamado para una segunda entrevista.

—¿Estás de coña? —gritó Jairo, incrédulo.

—Te lo juro, ahora mismo —aclaré.

—Venga, pues vete a estudiar un poco tu biografía, y tendencias, y luego simulamos la entrevista, ¿te parece?

—Jairo, qué haría sin ti. Te quiero, lo sabes, ¿no?

—No seas tonta, que esta entrevista es tuya. Tenemos que pagar las facturas, así que para mí es tan importante como para ti.

Abracé a Jairo y me fui a estudiar a mi habitación. Me tumbé en la cama con el ordenador reposando en mi regazo. Me leí la web de Dara en inglés, de arriba abajo, pero no pude evitar desconcentrarme pensando en Marco. Me imaginaba haciendo el amor con él, y era difícil mantener el foco en las tendencias del otoño-invierno. Empecé a fantasear. Me sumergí dentro de las sábanas y colé la mano dentro de mis braguitas. Estaba ya húmeda y solo había pensado tres segundos en él, y en su paquete. Solté un pequeño gemido, aspirado, para que no me escuchasen desde el pasillo. Empecé a jugar con el clítoris, y fue entonces cuando recordé el tacto de su cuerpo, suave como la seda. «¿Cómo se decía seda en inglés?». A quién le importa, grité en mis pensamientos, sumergidos bajo la calidez de las sábanas. En aquella ensoñación, Marco me hacía el amor como a mí me gustaba, con firmeza, pero con besos reposados y dulces. El ritmo de mi mano comenzó a acelerarse. Imaginé que aproximaba su boca para mordisquear la parte exterior e interior de mis labios exhalando un aliento cálido sobre ellos mientras yo me retorcí de placer. Marcos usaba su lengua como un parabrisas, de un lado a otro, y yo le agarraba fuerte del pelo para que sumergiera su lengua en lo más profundo de mi ser. «Dios mío, Marco». Estallé de placer, revolcándome entre las sábanas mientras alcanzaba el orgasmo, pero cuando abrí los ojos y comprobé que Marco no estaba, sentí un profundo vacío. Enfrente tenía un ordenador con una pantalla llena de bufandas de lana, material que ni siquiera sabía pronunciar en inglés. Era incapaz de decir wool, al igual que era incapaz de dejar de pensar en el puñetero Marco.

CUMPLEAÑOS FELIZ

«Socorro». Es lo primero que pensé cuando me desperté y me acordé de que era mi cumpleaños. Aunque en mi segundo pensamiento me alegré de que fuera en Londres. Era la primera vez que estaba fuera de casa, y por unos microsegundos eché de menos a mi familia y amigos de Madrid, pero se me pasó en cuanto me acordé de la fiesta que nos íbamos a pegar esa noche. Para colmo, era Halloween. Miré el móvil y seguía sin tener llamadas, ni siquiera de cumpleaños. Lo cogí de la mesilla, bajé las escaleras y encontré a Paula y Jairo esperándome en la cocina de la residencia con un bizcocho de chocolate coronado por velas con el número 23. Me puse como una loca, canté cumpleaños feliz con ellos y les pedí que soplasen conmigo, les dije que mis deseos eran sus deseos. Bueno no creo que pidieran salir con Marco, como yo, pero el resto los podíamos compartir. Desayunamos juntos, antes de que Jairo se fuera a currar, y sin esperármelo, Paula sacó del bolso, un paquete envuelto.

—No me lo puedo creer, ¿en serio? —grité mientras me abalanzaba a darles besos.

—Me da igual que sea una mierda pinchada en un palo, no me puedo creer que me hayáis hecho un regalo —les dije.

Teniendo en cuenta que rellenábamos el champú con agua y que comíamos arroz con atún en aceite de girasol, que me hubiesen comprado un regalo me parecía un lujo asiático, sinceramente. Desenvolví el paquete con poca destreza, como todo en mi vida. Tiré el papel de regalo al suelo y saqué una bufanda del Primark y unas medias de rejilla, como quería.

—Uy estas medias son de diva, me las pondré esta noche para ligar en vuestro honor.

—No creo que te hagan falta unas medias para ligar, Ale, hoy estás muy guapa —dijo Jairo en tono cariñoso.

—En esta vida, todo suma.

—Bueno, pequeña cumpleañosera, ¿dónde quedamos esta noche? —preguntó Jairo.

—Pues había pensado salir por Piccadilly, igual podemos ir al O'Neils a tomar unas pintas y escuchar música en directo. ¿Os mola? —pregunté.

—Tus deseos son órdenes.

—Oye, ¿y tu disfraz? Que no se os olvide —pedí.

—Improvisaré, you don't worry —dijo Jairo mientras me daba un beso en la frente para despedirse.

—Pauli, ¿y tú y yo de qué nos vamos a disfrazar con los dos pounds que tenemos en la cuenta?

Paula abrió el armario de la basura.

—Aquí lo tienes, amiga. Nos hacemos unos vestidos con las bolsas negras de basura, nos ponemos las medias de rejilla, un cardado mono y lo tenemos —dijo decidida.

—Ojalá fuera guapa el día de mi cumpleaños y no vestida con una bolsa de basura.

Paula se descojonó muy en alto y me dijo:

—Ale, da igual lo que te pongas porque hoy es tu día y vas a brillar con luz propia.

—Amén, hermana.

Subí a mi habitación, abrí el ordenador que estaba tirado en la cama y me metí en Facebook para ver todos los mensajes que me habían enviado. Mi madre me había escrito por correo electrónico, con una felicitación en el adjunto. La verdad es que solo nos comunicábamos por esa vía, un correo a la semana. Nuestra relación se había convertido en epistolar, pero era bastante terapéutica. Escribes todo lo que piensas, sin reparos ni tachones, según fluye. Aunque a mi madre no le contaba todo, claro, porque no sé cómo vería que estaba colgada de un italiano que pasaba de mi culo. Así que me limitaba a contarle cosas de la casa, mi búsqueda de trabajo o los detalles de la vida en la ciudad. Me entró un poco la melancolía al pensar que mi familia estaba tan lejos y que ni siquiera sabía cuándo volvería a verla. Aunque tampoco me planteaba volver pronto a Madrid. Acababa de llegar y tenía que asentarme. Mi gran deseo de cumpleaños fue pedir al dios de los cumpleaños que encontrase trabajo pronto, ya que las facturas me empezaban a comer. No quería llegar al punto de tener que mandar un correo bomba con el asunto: ENVÍO URGENTE DE DINERO POR WESTER UNION. Anyway, era mi cumpleaños y no quería pensar en esto. Iba a comerme un muffin en la plaza de Picadilly y a gritar a los cuatro vientos que era feliz en Londres. Así que con la misma motivación, me fui al Off License a comprar cervezas de nueve grados para todos. Teniendo en cuenta que cuestan un pound, me pude permitir varias. Cuando llegué a casa, mientras nos preparábamos y nos hacíamos fotos, Paula y yo abrimos un par de ellas. El disfraz nos quedó bastante apañado. Nos pusimos las bolsas de basura a modo vestido, eso sí, hipercorto, enseñando bien de pierna y con medias de rejilla. Nos cardamos el pelo y nos pusimos la cara un poco blanca, lo suficientemente sutil como para seguir estando monas.

Al final, quedamos con Jairo a las ocho de la tarde en el Zoo Bar de Picadilly, aunque Paula y yo fuimos a las seis porque tenían happy hour. Cuando llegamos el local estaba petado, aunque pronto nos hicimos un hueco. Fui a pedir una cerveza.

—One beer, please —le dije al camarero. La verdad es que ni eso sabía pronunciar bien, no tenía claro si le estaba diciendo beard, bird o bear.

—Excuse me? —contestó con cara extrañada.

«Normal que este señor no me entienda», pensé, pero le volví a pedir una beer, con la misma pronunciación de mierda.

Y el camarero, que estaba requetebueno, me miró como si le estuviera hablando en una lengua

muerta. Así que opté por señalar una marca del grifo. Menos mal que las señas son universales, porque vaya dique idiomático se había creado en la barra del bar.

—Tía, saborea bien la cerveza, que me ha costado un mundo conseguirla —dije.

—¿Por qué? —exclamó Paula.

—Porque el camarero no me entendía, y no me extraña, porque no me entiendo ni yo. Tengo que practicar el speaking. ¿Tan mal lo digo?

Mientras Paula se reía muy alto con mi imitación de cómo le había pronunciado al camarero la palabra beer, noté cómo un grupo de chicos, que iban disfrazados de perro, nos miraba a lo lejos con mucho detenimiento.

—Alerta, alerta. Un, dos, tres. Cachondísimo cósmico llamando a la tierra —grité.

—¿Qué pasa? —exclamó Paula extrañada.

—Pues que arrasamos por donde pasamos, hasta vestidas de basura. Hay un grupo de chicos ahí, disfrazados con un pijama de perro que no nos quita el ojo.

—Uy, pues hay un rubiales que no está nada mal. Le voy a mirar, a ver si se acerca —dijo Paula.

Y dicho y hecho. La jauría se acercaba cada vez más a los restos de bolsa de basura.

El más guapo de todos, un chico rubio de veintipocos años, con ojos azules y tez morena, fue directo a hablar con Paula.

—Hola, me llamo Gregory —dijo en un intento de susurro.

—Hola, yo soy Paula —aclaró mientras cambiaba el peso de una cadera a otra.

—Hola, soy Ferruccio —me dijo el amigo.

Con ese nombre de Ferrero Rocher solo pueden ser de un país.

—Io sono Alejandra —me lancé a decir, creyéndome políglota.

—Tu parli italiano?

—Io provo a parlare tutto —formulé soltando una carcajada.

—Me too.

—No hablo ni inglés —grité.

—Non ti preoccupare, yo entiendo español y tú seguro que italiano.

—Espero que me entiendas, porque hablo fatal inglés, Ferruccio, y eso me indigna.

—¿Indigna? —me preguntó

—¿Indignata? —inventé.

—Capisco —asintió él.

Al parecer acerté aventurándome a decir palabras al azar. En efecto, se parecía más al español de lo que pensaba. Por lo menos podíamos hablar, no como con el camarero del bar, que no me entendía ni papa. Me tenía que haber ido a vivir a Italia, pensé por un segundo.

—Ferruccio, ¿y qué haces aquí? ¿De qué trabajas? —pregunté, fingiendo un interés que no tenía, pero el chico me caía bien, y tenía que empezar a aumentar mi agenda de contactos en el teléfono.

—Io sono camariere. ¿Y tú?

—Yo nothing, Ferruccio. Nothing de nothing. Llevo unas semanas aquí, así que estoy buscando trabajo.

—¿De qué?

—De lo que sea —admití.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —exclamó Ferruccio, reproduciendo la clásica pregunta entre desconocidos.

—Pues un mes. Soy news. —Le dije news, en vez de new, pero me quedé tan ancha.

Paula me empezó a mirar de reojo, en señal de “vámonos al baño, que quiero hablar contigo”. Así que nos alejamos del grupo y nos metimos en uno de los sucios cubículos juntas.

—Ale, que me encanta este chico —soltó Paula emocionada, no sé si fruto del alcohol o del amor.

—La verdad que es una monada. ¿Qué te ha dicho?

—Que es italiano, tiene treinta años, trabaja como ingeniero y lleva dos años viviendo aquí. Un partidazo, tía. Este me lo llevo yo esta noche a la pinchiroom (así llamábamos a nuestra habitación). ¿Tú qué tal con el otro? —preguntó mientras se bajaba los pantalones por las rodillas y meaba—. Es el típico amigo simpático, me ha caído bien, pero no es mi prototipo, es muy cuñado para mí.

—¿Cuñado? —preguntó Paula mientras se reía y cogía un cacho de papel higiénico.

—Entiéndeme, no cuñado de familia, sino de garrulo. Pero es majo y nos entendemos, que ya es un paso.

—Cada día me sorprende más tu vocabulario —dijo Paula antes de abrir la puerta del baño.

—Venga cuñada, vamos a salir ahí a comernos al mundo, y en concreto a una persona de este mundo.

Así que salimos de ese baño con la fuerza de los mares. Sonó la canción del momento, Rolling in the Deep de Adele, en versión remix. Paula y yo nos abrazamos y saltamos delante del grupo de italianinis como dos locas. Ellos, que eran bastante animosos, nos siguieron el rollo y saltaron con nosotras. Gregory se acercó y nos trajo dos pintas.

—Esto pinta bien —le dije. Él, por supuesto, no pilló la gracia, pero me sonrió con mirada dulce. Mi amigo Ferruccio estaba observándonos cuando vi que se despojaba de su disfraz de perro. Se bajó la cremallera, de una sola pieza, y se sujetó a mi hombro para quitarse la parte de abajo. En ningún momento pensé que iban a hacer lo que vino después. Gregory, que intuyó la jugada maestra de su amigo, hizo lo mismo: quitarse el disfraz en un abrir y cerrar de ojos. Cuando quise darme cuenta tenía a cinco italianos poniéndome el disfraz de perro encima de mi bolsa de basura. Miré a Paula y comprobé que estaba en la misma tesitura. En ese momento no sabía si pegarles un puñetazo por no haber preguntado o reírme a carcajadas porque estaba en Londres, era mi cumpleaños e iba vestida de perro rodeada de gente que no conocía de nada. Obviamente, opté por la segunda opción. No podía evitar carcajearme cada vez que miraba a Paula y veía que tenía ese ridículo disfraz puesto. «La vida es maravillosa», pensé. Jairo apareció por la puerta pocos minutos después, y no se sorprendió en absoluto al vernos de esa guisa.

—Ya la estáis liando —rio.

—Y más que la vamos a liar —añadió Paula subiéndose a los lomos de Jairo, sin previo aviso, para que la cogiera a caballito.

—Yo también quiero —grité mientras miraba a Jairo con ojos compasivos.

—No puedo con las dos —dijo Jairo, que no pudo ni terminar la frase, porque Paula se había lanzado.

Jairo dio una vuelta con ella en el lomo. No se había puesto disfraz, pero sí que se había puesto un bombín y pintado un ojo de negro, para parecerse sutilmente al protagonista de la naranja mecánica. Le pegaba tanto.

—Gregory, Ferruccio y resto de amigos, este es Jairo, nuestro compañero de piso —introduje al grupo.

Se saludaron sin grandes aspavientos. Gregory y Paula continuaron con su conversación, sin dar mucho a pie a que el resto entrara. De hecho, se iban arrinconando cada vez más hacía la esquina sin luces del pub.

—Oye Jairo, me ofrezco a buscarte un ligue. Alguien que te acompañe a todos los ensayos del grupo.

—Ale, bonita, para ligar igual tenemos que dejar de darnos la mano y esas cosas.

Y tenía toda la razón, siempre estábamos muy juntos, y si no estábamos con las manos

entrelazadas, estábamos abrazados o tocándonos. Todo en plan amigos-hermanos, sin ningún tipo de derecho a roce, la verdad. Teníamos el sentimiento de protegernos el uno al otro, y eso incluía todo tipo de caricias y carantoñas, pero sin ningún tipo de connotación sexual. Era maravilloso tener un amigo con el que poder desfogar esa “falta de cariño” que puedes llegar a sentir al estar lejos de casa. Es más, estaba segura que en este mes y medio en Londres había sido más cariñosa con la gente que en los últimos cuatro años de mi vida.

Miramos a Paula y Gregory, que estaban desatando su pasión en la esquina del bar, manoseándose como si no hubiera un mañana. Paula me miró con cara de “me tengo que ir de aquí si no quiero montar el espectáculo en el bar y que me echen de este país”. Así que cogió su bolso con una mano y a Gregory con la otra.

—Ale me voy, antes de que el calentón se me vaya de las bragas... de las manos, que diga. ¿Quieres venir con nosotros?

—Supongo que sí, estoy demasiado borracha como para seguir aquí, y Jairo quiere ir a Fabrick.

—¿Seguro? Es tu cumple, podemos quedarnos más si quieres.

—No, tía, si bebo algo más me caigo al suelo, fijo.

Así que nos despedimos de Jairo y los chicos, y cogimos el bus en Oxford Street, dirección Holloway. Paula se sentó encima de Gregory, y yo al lado de ellos, aunque pasaban de mí. Cogí el móvil y vi que tenía un mensaje de un número desconocido. «I am Marco», leí. El corazón me empezó a palpar como el motor de un avión a punto de despegar.

—Paula, Paula, que me ha escrito Marco —grité.

—¿Qué dice?

—No lo sé, no me he atrevido a leerlo todavía.

—Perdón Gregory, por el espectáculo, pero es el chico que me gusta.

«Hola, soy Marco, ¿qué haces?» Leí, haciendo un gran esfuerzo, porque las letras iban a la deriva, desaparecían de mi vista como las fichas del Dominó cuando caen en fila. Tenía que contestar de inmediato. Paula y Gregory estaban morreándose, así que no me sirvieron de mucha ayuda. Tecleé como pude, mientras guiñaba el ojo derecho para enfocar la pantalla. En mi cabeza respondí diciendo: «Hola, estoy de camino a la resi, así que podemos quedar en el salón y nos tomamos algo por mi cumpleaños». Pero en realidad mandé un mensaje indescifrable, con letras sueltas intercaladas sin ningún tipo de sentido. No sé muy bien cómo, pero el mensaje surtió efecto, y Marco contestó: «Ok, te espero en el salón de la residencia».

Intenté respirar hondo y serenarme, porque entre la borrachera y los nervios, estaba destinada a hacer el ridículo.

—Chicos, me bajo. Esta es mi parada, dirección amor.

Se empezaron a reír y me desearon suerte. Ellos se dirigían a la casa de Gregory.

Crucé el paso de cebra y me acicalé antes de llegar al salón de la resi, situado a pie de calle. Me subí un poquito la falda de basura e intenté arreglarme el pelo. Abrí la puerta y allí estaba él: sentado en el sofá, con su gorro de lana burdeos, un pantalón de deporte y una camiseta blanca de algodón.

—Eyyy, crazy girl —me dijo al entrar.

—Hoy un poco más crazy, que es mi cumpleaños —le respondí.

—Felicidades, Ale, ¿qué tal te lo has pasado?

—Great, but I missed you. —el batiburrillo de idiomas continuaba.

—Why did you miss me?

—Porque es mi cumpleaños, y te quería ver...

Se quedó callado. Una vez más. Así que no dudé en preguntarle.

—¿Por qué desapareciste el otro día? Pensaba que eras de los que les gusta despedirse...

—Es complicado Alejandra.

—Complicado por qué.

—Porque la verdad es que me gustas, pero no quiero hacerte ilusiones, porque no estoy preparado para tener una relación con nadie.

—Pero solo nos estamos conociendo.

—Ya lo sé, y me está encantando conocerte.

—¿Y por qué le pones freno?

—Porque prefiero frenar antes que acelerar.

—Entonces qué quieres Marco.

—Quiero conocerte, pero partiendo de la premisa de que no busquemos nada serio.

—¿Te apetece que nos tomemos una cerveza? —pregunté, aunque más que preguntar, le pedí al Universo que por favor se tomará una cerveza conmigo, para intentar aliviar la tensión creada.

—Una rápida —respondió mientras se acomodaba en el sofá.

—Shut up! —contesté entre risas.

—¿Qué música te apetece escuchar? —preguntó.

—Elige tú.

—¿Conoces al grupo Beirut?

—Sí —contesté para hacerme la interesante, aunque no tenía ni puta idea de quiénes eran.

—¿Cuál es la que más te gusta?

—Todas, me gustan todas, la verdad —mentí.

—Pondré mi favorita entonces, Postcards from Italy, se llama.

Los dos nos quedamos mirando a la pantalla, viendo el videoclip de Beirut, que mostraba la vida de una típica familia italiana.

—Do you miss Italy? —pregunté.

—I do, yes, I do. Lo que más echo de menos es jugar al voleibol.

—Really? —contesté, haciéndome la sorprendida, aunque ya lo sabía porque le había stalkeado todo su Facebook.

—Sí, juego desde que tenía diez años. Además, echo mucho de menos a mi equipo.

—¿Por qué no juegas aquí? —pregunté.

—Es imposible, no tengo tiempo Ale. Estoy siempre trabajando en la pizzería.

—Seguro que puedes los fines de semana.

—Los fines de semana también trabajo.

¿Me estaría mandando un nuevo mensaje con el fin de decirme que no tiene tiempo para novias? Si no lo tenía para su pasión, seguro que tampoco sacaría tiempo para estar con alguien.

«Ay, Marco, de verdad, ¿por qué eres tan complicado?», pensé para mis adentros.

—Bueno, ya tendrás tiempo de jugar, ahora tienes que disfrutar de esta nueva etapa.

—Eccolo —contestó.

Eccolo es una de las palabras que aprendí en Londres. En italiano significa algo así como «eso es, exacto», pero los italianos la utilizan constantemente mientras mueven las manos, y lo dicen con esa sonoridad que parece que están contando algo super importante, cuando en verdad te están diciendo que efectivamente, que sí, que así es. El taco más fuerte que aprendí en italiano fue porca Madonna, que era algo así como Virgen puta. Aunque su taco preferido era cazzo y vaffanculo, que significaba «mierda» y «vete a tomar por el culo». Más o menos. Inglés no había

aprendido mucho, pero tenía el B2 de tacos en italiano.

—Ale, me voy a tener que ir, que mañana madrugo —anunció.

Vaya, ahora que empezábamos a hablar, y a profundizar... no le dije nada, solo contesté con un soso: OK.

No sabía muy bien cómo despedirme, así que opté por un abrazo, que me parecía lo más neutro, ni muy cariñosa ni muy seca. Para mí, realmente, era una mierda. Quería besarla hasta dejar la huella de mis labios en los suyos, pero tenía que respetar sus tiempos y aceptar que Marco era un tío cuadrulado, que no se dejaba llevar ni un centímetro. Le gustaba tenerlo todo calculado, acostarse pronto, no beber mucho, dormir las horas adecuadas e irse a trabajar con tiempo. Probablemente en su habitación tuviera todos los guayos doblados, los calcetines emparejados y ordenados por días de la semana.

—Bye, Marco.

—See you, Ale.

LA ENTREVISTA

Me levanté bastante motivada. Ya era lunes y tenía la entrevista personal. Paula no dio más señales de vida en todo el día, así que supuse que estaba dando rienda suelta al amor.

Feet don't fail me now, take me to the finish line, tarareaba mientras me hacía unos rizos con las tenacillas. En Londres había descubierto a la que sería mi cantante preferida: Lana del Rey. Su canción Born to Die representaba bastante mi situación actual:

Don't make me sad, don't make me cry

Sometimes love is not enough and the road gets tough, I don't know why

Keep making me laugh

Let's go get high

The road is long, we carry on, try to have fun in the meantime

Mientras terminaba de dar forma a mi pelo, repasaba mentalmente mi trayectoria como dependienta. A pesar de haber estudiado Periodismo y haber tenido la oportunidad de forjarme una carrera en Madrid ejerciendo mi profesión, no se me caían los anillos pensando que estaba en Londres, aplicando a un trabajo menos cualificado. Mi objetivo allí era aprender inglés, y con el poco nivel que tenía, trabajar de dependienta en Dara era equivalente a currar en el New York Times. Cuando terminé de peinarme, me pinté la raya de los ojos negra, con mucho cuidado, y los labios de rojo, como siempre. Eran mi seña de identidad. Me miré trescientas veces al espejo, me atusé el pelo a un lado, y al otro. Canté varias canciones en alto para quitarme la tensión de encima. Miré el reloj. Quedaba solo una hora para hacer la entrevista. Así que bajé las escaleras corriendo y salí de la resi. «La próxima vez que entre por esta puerta, será con un trabajo nuevo», pensé. Caminé con paso firme por la acera de Holloway Road, hasta el metro, donde pillaría la Picadilly Line con dirección Oxford Street. Salí del metro y giré a la izquierda, camino Regent Street. En la puerta de la head office había varias personas fumando. No tuve tiempo de fumarme también un cigarro, pero me entretuve viendo a los Hare Krishna, que justo pasaban por la calle bailando y tocando los tambores. Entré en el edificio, cogí el ascensor y subí a la tercera planta que era donde estaba el departamento de Recursos Humanos. Al entrar, había una chica en la mesa de recepción. Era española, pero solo hablaba en inglés.

Me dirigí a ella y me indicó que me sentase, que había más personas haciendo entrevistas con Carolina, la store manager.

Tomé asiento en uno de los sofás de la sala. A mi lado había dos chicas. Intuí que una de ellas era francesa, por la forma de vestir. Tenía el pelo corto y rizado, y unos ojos de un azul super intenso. Llevaba una falda por los tobillos y una chaqueta abotonada de lana. La otra chica tenía piel de porcelana, mejillas rosadas y ojos cristalinos, lo que delataba su posible procedencia nórdica.

Se abrió la puerta y salió Carolina, la store manager. Era despampanante, tenía rasgos asiáticos mezclados con occidentales. Lucía una melena que le llegaba hasta donde la espalda pierde su nombre. Tenía un color de piel aceitunado, con un rostro dulcificado por sus ojos rasgados. Medía alrededor de 1,80 metros. En ese momento inspiré y pensé en largarme. No sabía si estaba en un casting de supermodelos o en una entrevista para doblar camisetas. A mi inseguridad física se sumaba que era consciente de mi deficiencia idiomática, así que sabía que mi gran baza era el carisma. Carolina volvió a abrir la puerta y gritó mi nombre.

—Alejandra, nice to meet you.

—Nice to meet you too —contesté mirando fijamente a sus ojos.

Pasamos a una pequeña salita con una mesa en el medio y una silla colocada a cada lado. Carolina parecía muy cercana. No sabía decir de dónde procedía, aunque por los rasgos parecía filipina. Me hizo varias preguntas de las que pude salir de paso. Sobre todo incidió en mi capacidad para poder gestionar el estrés, ya que al parecer la tienda de Oxford Street era las más busy a nivel mundial. Yo le contestaba empezando mis enunciados tal y como ella terminaba los suyos.

—Yeah, I can deal with a lot of stress.

Y realmente no decía nada más que lo que ella me había dicho. Cerramos la entrevista con un «defínete en tres palabras», a lo que yo respondí con las únicas tres que sabía con certeza: happy, positive and hard worker.

Cuando terminamos la entrevista me guiñó el ojo y me chivó que, aunque su madre era japonesa y su padre brasileño, había nacido en Gijón, lo cual nos hizo sentir más cerca mutuamente. Se despidió de mí con una cálida palmada en el hombro, y yo me despedí de ella con la mayor de las sonrisas. Puede que hubiera estado bastante limitada por el idioma, pero creo que supe defenderme bien, a través de los gestos y de la expresión de mis emociones. Me fui con buen sabor de boca, así que para celebrarlo llamé a Paula, para ver si le apetecía tomar algo en Heaven, un garito que hacía fiestas guays y gays los lunes.

—Paulity, ¿ya estás operativa o sigues lanzando corazones al italiano?

—Amiga, ya soy toda tuya.

—Ya he hecho la entrevista.

—¿Era hoy? Cuéntame, qué tal.

—Bien, creo que tenemos que celebrar que he sido capaz de hacer la entrevista con unas

cervezas en Heaven, ¿te ape?

—¡Claro que sí! Me visto y voy para allá.

HEAVEN

Esperé a Paula sentada en las escaleras del metro de Charing Cross. No habían pasado más de diez minutos cuando salió corriendo de los tornos y se me abalanzó con el mayor de los abrazos.

—Hermana, ¡felicidades por la entrevista!

—Bueno, no cantemos victoria, a ver si me llaman.

—Da igual, nosotras vamos a celebrarlo por adelantado —exclamó Paula, como si el trabajo ya fuera mío.

Nos sentamos en los bancos aledaños a la discoteca y nos bebimos dos yonkilatas cada una, mientras nos contábamos con todo detalle cómo habían sido las noches previas.

—Te tengo que contar cosas de Gregory —espetó Paula con voz taciturna.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me lo dices en ese tono?

—Bueno, no es fácil decir esto, pero Gregory me contó anoche que tenía leucemia.

—¿Qué? Pero si tiene veintipocos años y aspecto saludable...

—Bueno, al parecer se está recuperando. Ha pasado por un proceso muy difícil: años con quimio, sin salir de casa... Pero está mejor, y en ese proceso de recuperación, Londres tiene gran parte de culpa —dijo Paula con ojos vidriosos.

—Pero entonces, ¿ya está recuperado? —pregunté mientras cogía la mano de Paula.

—Eso parece, aunque todavía es pronto para saberlo. Ha huido de Roma porque quería dejar la vida que tenía allí. Olvidarse de consultas, de hospitales, de médicos, para poder empezar de cero en Londres. Su único objetivo es comerse el mundo, pasearse por la alfombra roja en el estreno de su nueva vida.

—Pues nosotras seremos las actrices protagonistas —exclamé para animar a Paula.

Las confesiones de borrachera hicieron que sacásemos alguna que otra lágrima. Paula no podía evitar llorar al hablar del pasado de Gregory, y yo sentía que tenía que acompañarla. Aunque, entramos a Heaven y pasamos del llanto a la euforia. Las luces verdes de la discoteca se reflejaban en nuestros rostros que lucían la mayor de las sonrisas. Sonaba Shine bright like a diamond de Rihanna. Saltábamos como niñas, mientras el sonido de los altavoces reverberaba en nuestros cuerpos. Dábamos vueltas a la pista con el objetivo de robar birras porque no teníamos un duro para comprar ninguna sustancia que alterase nuestra conciencia.

Gregory estaba a punto de aparecer, así que nos quedamos en mitad de la pista esperando a que

llegase. A nuestro lado había un chico que no me quitaba ojo, y qué ojos, de un tono azul cristalino. Era muy escuálido, pero de esas personas a las que la delgadez y palidez las embellece. Además, tenía el pelo largo y castaño. Una especie de Jesucristo Superstar con toques de mendigo. Confieso que tenía debilidad por este tipo de hombre. Las miradas empezaron a tener un cierto aire denso entre nosotros. Sin disimulos.

—Ciao, amore —pronunció el desconocido. «Dios mío, otro italiano», pensé.

—Hola —saludé a secas.

—What's your name? —preguntó, acariciando mi mano.

—Ale, and you?

—Fede. Nice to meet you! —espetó apretando mi mano con fuerza.

—Do you live in London? —siguió mi Jesucristo particular, mientras se ataba las greñas en un moñito, que le hacía ser bastante irresistible.

—Yes, me acabo de mudar a Londres —contesté en español.

—Do you work here?

—No, not work —sonreí tímidamente—. And you?

—Yeah, I am a chef —contestó mirándome fijamente.

Fede no era muy hablador, pero tenía unos ojos hipnotizadores que no podía dejar de mirar.

Al poco llegó Gregory, con su sonrisa infinita. Nada más ver a Paula la cogió en volandas y se fundieron en un largo beso en medio de la pista. La verdad es que tenía un aura especial. Era de esas personas que quieres tener a tu lado porque siempre desprenden buena energía. Después de posar a Paula en el suelo, se acercó a mí y me dio un inmenso abrazo. Le presenté a Fede, como si fuera un amigo. Aquí las amistades se aceleran a ritmos estrepitosos.

—Fede is italian like you —grité, como si por el hecho de ser del mismo país ya estuvieran condenados a ser mejores amigos. Con cualquier otra persona probablemente no fuera así, pero Gregory era tan majo que podría ser amigo de las piedras del suelo. Así que sabía que, aunque no tuvieran nada en común, haría el esfuerzo por llevarse bien con Jesucristo.

¿Por qué me estaba preocupando por este tío? Si lo acababa de conocer. Por algún extraño motivo, sentía bastante ternura por él, a pesar de ser un total desconocido.

Pero esos ojos azules buscaban comprensión. Miraban fijamente, brillaban, enviaban destellos que yo intentaba recoger, mirándolos intensamente. Fede me dio la mano, para agarrarme de la cintura y acercarme con una rápida maniobra a la suya. Empezó a besarme, a fuego lento, como si estuviera cocinando la pócima del deseo. Me estaba entregando a esos besos porque gritaban carencia. La soledad de las ciudades de paso nos impulsaba a buscar afecto, a entregarnos en

besos urgentes como suplementos del déficit de amor, de contacto, de lazos. Pero la realidad es que no podía dejar de pensar en Marco, aunque estaba haciendo esto para quitármelo de la cabeza. Aun así no era capaz.

—Sorry. I have to go to the toilet —dije.

Esa fue mi excusa de mierda para salir del lío en el que me había metido. La verdad es que parecía un chico super interesante, pero la realidad es que me estaba sintiendo mal. Así que volví a hacer lo que mejor se me daba: desaparecer sin decir nada. Bueno, de Paula sí que lo hice, a lo lejos y entre señas, pero ella estaba morreando, así que no me preocupaba.

REVOLUCIÓN HORMONAL

Cuando me desperté a la mañana siguiente, lo primero que hice fue encender el ordenador. Me metí en Facebook y fui directamente al perfil de Marco. Necesitaba verlo, aunque fuera por foto. Supongo que me respondí a mí misma con esta acción. Me sentía mal por haber estado con otro tío que no fuera él. Miraba atónita esos ojos verdes y me imaginaba su carita dedicándome una de sus inocentes sonrisas. Creo que era lo que más me gustaba de Marco: cómo ese hombretón de 1,90 metros, con sus brazos tatuados y preparados para levantar troncos del suelo, podía ser dulce y naif a partes iguales.

Para colmo me había bajado la regla y solo quería comer helado y beber batido de chocolate. Me sentía igual que Bridget Jones. Sin cambiarme de ropa, con el maquillaje corrido y oliendo a alcohol de la noche anterior, decidí ir al supermercado a comprar cualquier cosa que estuviera bañada en azúcar.

Salí de casa con el mismo sigilo con el que había entrado y fui corriendo al Morrison. Objetivo: cargarme de provisiones para afrontar esta revolución hormonal que asomaba por la esquina.

Era muy temprano así que esperaba que no hubiese mucha gente en el súper a esas horas. Más me valía, si no quería que nadie me viese con esas pintas de salir en la revista Cuore. Ya me sabía los pasillos de memoria, así que cogí mi carrito de la compra y empecé a sortear al resto de clientes. Además de helados de diferentes sabores, golosinas, batidos, tabletas de chocolate y clínex (por eso de que se avecinaba llorera), decidí comprar algo de pasta para la cena. En mi último esprint por los pasillos, choqué con uno de los carritos.

—Sorry, sorry, sorry —dije asustada. Levanté la mirada y ahí estaba. «Dios mío, no puede ser», musité para mis adentros.

—Ey, Ale, ¿qué haces aquí?

—Pues nada, hacer un poco de compra.

Marco miró con sorpresa mi carrito...

—Veo mucho antojo en ese carro, ¿no estarás embarazada? —dijo riendo, pero conociendo a Marco, seguro que lo pensaba de verdad.

Necesitaba evaporarme de ese pasillo de pasta, porque además de mis pintas, nunca entendería mi compra. Él deportista de élite y yo comiendo como si fuera Homer Simpson. No podía ni siquiera mirarle a los ojos, porque tenía el rímel corrido, ni acercarme a menos de un metro de él porque olía a alcohol.

—Qué gracioso... No, es que hoy tenemos fiesta de pijamas en la habitación —mentí. Me falta solo comprar las palomitas, ¡y ya!

Marco me miró con sus ojos verdes, que denotaban sorpresa y una pizca de compasión.

—Anyway, ¿qué tal estás? —me preguntó.

—Pues podría estar mejor. Vestida decentemente, con la cara lavada y sintiéndome como una persona normal, y no como una homeless, que es como me siento ahora. Pero ayer nos liamos un poco y hoy he venido corriendo al súper. No esperaba encontrarme con nadie, la verdad, y menos contigo —sonreí nerviosa.

Todos los días poniéndome pibón para ir al Morrison, y el único día que vengo hecha un cuadro, me lo encuentro. «En serio, ¿dónde está el karma? Porque desde luego, no está de mi lado».

—¿Tú qué tal estás? Hace un par de días que no te veo por la residencia —exclamé, con cierto reproche.

—Pues yo, ya sabes Ale, trabajando mucho, como siempre.

—Cuando quieras parar de trabajar, ya sabes dónde estoy —me atreví a decir.

—¿Me ofreces algún plan? —contestó siguiéndome el juego, para mi sorpresa.

—En mi habitación siempre habrá chocolate, así que si quieres endulzar tu día, ya sabes dónde estoy —contesté.

—Me lo apunto para cuando tenga antojo, como tú.

Decidí cortar la conversación lo antes posible para desaparecer y evitar que Marco siguiese mirándome y guardase esa imagen de mí en su retina.

—Bueno, Marco, tengo prisa. Espero verte pronto —sentenció con una mueca.

—Ciao, Ale —me dijo. Ciao, a secas, sin bella, amore, o cualquier otro adjetivo calificativo que utilizaría un italiano. O Marco no era como los demás o pasaba olímpicamente de mi culo.

Cogí las palomitas y me fui a pagar a la velocidad del rayo para asegurarme que no volvía a cruzarme con Marco. Llegué a casa cargada con mis compras indulgentes, que coloqué rápidamente en los estantes de la cocina, menos el helado y el batido, que los subí conmigo a la habitación. Me tumbé en la cama y pensé: «¿Qué peli acompaña a mi ánimo de hoy?». Elegí 10 razones para odiarte, el mensaje estaba bastante claro: Marco Moretti te odio, sí, te odio, porque me gustas tanto que te odio. Y lo peor es que no entiendo este deseo irracional.

No hizo falta que empezara la película para ponerme a comer helado y sollozar pensando que era una ridícula. En medio de mi llanto, exagerado por las hormonas de la regla, recibí un mensaje:

Marco Moretti:

Guárdame algo de chocolate Ale, y así nos lo comemos, por ejemplo, mañana. ¿Te apetece?

Se me cayó el helado encima de la camiseta al leer el mensaje. ¿Sería que a Marco le molaba verme así de vulnerable? No lo entendía, la verdad. Pero bueno, no estaba para entender nada, y sí para contestar lo más rápido posible.

Yo:

Además de comerlo, se me ocurren un par de cosas más que hacer con el helado. ¿Qué te parece a las 21h en mi habitación?

Marco Moretti:

¿Me vas a hacer la cena?

Yo:

Bingo. Prometo hacer algo rico.

P.D. También del postre;)

Marco Moretti:

Nos vemos mañana crazy girl.

Yo:

Hasta mañana, ojos verdes.

LA LLAMADA

Good morning London! Me levanté eufórica de la cama. «Hoy será un gran día», exclamé. Bajé corriendo en pijama a la cocina, con tal efusividad que tropecé con uno de los escalones, pero sin tener que lamentar mayor incidente. Preparé un desayuno rico en calorías: tostadas con mantequilla, galletas de chocolate y batido, todo perfectamente colocado en la mesita. Llamé a mis compis por teléfono para que bajaran a la cocina.

—¡Paula, Jairo! ¡Venid!

Aparecieron de inmediato, sorprendidos por el ímpetu de mi llamada. Jairo bajó con el pijama de cuadros puesto y las legañas aún pegadas a los ojos.

—Ale, tía, ¿qué pasa? ¿Por qué nos llamas así?

—Porque hoy es un gran día, ¡y vamos a celebrarlo con este rico desayuno que os he preparado!

—¿Y qué celebramos, si se puede saber?

—Celebramos que vivimos en Londres, que nos queremos y que esta noche tengo una cita con Marco.

Paula apareció en ese mismo instante, ella sí que iba vestida. Nunca salía de su cuarto sin que fuera así.

—He oído “cita con Marco”.

—Efectivamente. Os voy a hacer un breve resumen de los acontecimientos para ponerlos en antecedentes. Salimos a Heaven, me lie con un tío, y me sentí fatal por haberlo hecho. El caso es que al día siguiente estaba tan triste que fui al Morrison para hacer compra de cosas calóricas. Me encontré con Marco. Yo iba vomitiva, no me había lavado ni la cara. Hablamos, pero poco... porque salí corriendo. La cosa es que hizo efecto, porque Marco me escribió por la noche y me preguntó si quedábamos hoy, así que lo he invitado a cenar a la habitación.

—Ay, Ale, ¡cómo me alegro! —expresó Paula.

—A mí me interesa saber qué le vas a cocinar —preguntó Jairo.

—Aquí entras tú —admití—. Necesito tu ayuda. ¿Me enseñas a hacer alguna receta typical spanish? Dicen que hay hombres que se les conquista por el estómago. No sé si este será el caso, pero quiero lucirme con una cenita sofisticada.

—¿Qué te parece si hacemos una tortilla de patata con una ensaladilla rusa, de picoteo? Porque no te va a caber más en la habitación.

—¿Me harías una lista con todo lo que tengo que comprar?

—Claro, si quieres vamos juntos —añadió Jairo.

—Te quiero mucho. Y te debo cosas. Compraré mucha cerveza y chocolate negro para que puedas meter en tu balda del frigo.

—Mi pregunta es —suspiró Jairo—: ¿tendrás que decírselo a tu compañera de habita?

—A ver, nunca está. Pero se lo diré por si acaso, lo que no le diré es que espero tirar la habitación abajo con los meneos de Marco.

—No seas bruta, tía —dijo Jairo.

—Bueno, perdona, señorito, estaba fantaseando un poco con la idea.

—Ahora falto yo, ¿en qué te puedo ayudar, hermana?

—Tú también tienes una labor importante en esta cita: ropa. Necesito que me dejes alguna transparencia. Y que me ayudes a hacerme las uñas, que yo soy un desastre.

Mientras iba orquestando las ayudas de mis compis, sonó el teléfono, apoyado en la mesa de la cocina. Era un número desconocido, así que salí a la calle para coger la llamada.

—Alejandra speaking —contesté.

—Hello, we calling you from Dara, just to tell you that you got the job, and you start next Monday on Oxford Street, at 11 am. Congratulations!

Empecé a dar brincos de alegría por toda la cocina. No sabía muy bien cómo contestar a esto.

—Thank you, thank you, thank you, I am so happy!

—Good luck! —dijo la chica del recruitment.

—¡TENGO TRABAJO! ¡Me han contratado en Dara!

Se me escaparon dos lagrimillas de la emoción mientras lo decía. Jairo y Paula me abrazaron haciendo un corro. Ahora solo quedaba Paula por encontrar curro.

Estaba claro que ese era mi día de suerte. Acababa de conseguir curro en Londres, y para rematar, tenía cita con Marco. Creo que nunca había sentido tanta efervescencia en el estómago.

LA CITA

Todavía faltaban dos horas, pero los nervios se habían apoderado de mis glándulas sudoríparas. Mientras ponía la mesa en la habitación, las copas de vino se deslizaban entre mis manos empapadas en sudor. Salí a la calle a fumar un cigarro. Cada vez que pensaba en Marco atravesando la puerta se me hacía un nudo enorme en el estómago. Toda clase de emociones viajaban por mi cuerpo concentrándose en ese exacto punto, como si fuera un laberinto sin salida. Yo intentaba exhalar esas sensaciones con las bocanadas de humo del cigarro, pero volvían a mí con cada calada. La ansiedad empezaba a ceder y a hacerse cada vez más hueco en mi cabeza, que no dejaba de reproducir las conversaciones que quería tener con él.

Miré de nuevo el reloj. Era hora de arreglarme. Cogí la ropa del armario con sutileza, para asegurarme que no arrugaba nada. Paula me prestó una camisa de encaje blanco con un lazo color vino que se anudaba al cuello. Dejaba entrever mi sujetador negro, que colocaba con firmeza mis turgentes y redonditos pechos. Combiné el sujetador con una braguita también de encaje negro. Me puse unas medias tupidas, con dibujos de lazos a los laterales de las piernas, y una minifalda ajustada. En otra ocasión hubiera acompañado el outfit con uno de mis sombreros, pero no tenía sentido ponérmelo dentro de casa, así que decidí dejarme el pelo suelto. Solo me faltaba maquillarme, aunque siempre lo hacía de la misma forma. Un poco de rímel para acentuar la espesura de mis pestañas y pintalabios rojo. Ya quedaba menos... Respiré hondo y bajé de nuevo a la cocina para terminar de preparar la cena, y subir todo a la habitación.

Prendí un par de velas, que posé sobre la mesa, y saqué los entrantes del frigo. Jairo me había ayudado con todo. Bueno, a decir verdad, yo solo había hecho la ensaladilla rusa, y Jairo me tuvo que supervisar haciendo la mayonesa, porque no se fiaba de mí.

Sonó la puerta. Fui corriendo a abrirla, pero perdí la respiración por el camino. Ahí estaba él, tan perfecto como siempre. Llevaba unos chinos beige y una camisa blanca. Se había repeinado a un lado. Tenía el pelo corto, pero se había hecho la raya a la derecha y engominado el resto a la izquierda. Hice una foto mental para asegurarme que jamás olvidaba el día en el que Marco Moretti me esperaba impoluto en la puerta de mi habitación.

—Bienvenido —le dije inspirando aire para no perder la fuerza con las palabras.

—He traído esto —dijo Marco, y me tendió una botella de vino envuelta en una bolsa de papel.

—No hacía falta, tengo de todo, pero te lo agradezco.

—Pasa —le dije abriendo la puerta de la habitación, y de la vergüenza, que era todo lo que sentía en ese instante.

—Wow —dijo sorprendido Marco—. ¡Qué buena pinta tiene todo!

—¿Has probado alguna vez la tortilla española?

—No, la verdad es que nunca. ¿Qué lleva?

—Solo patata, huevo y cebolla, pero está exquisita, ya verás.

—Se me hace raro... Esta cena me recuerda tanto a casa, ¿no? Ya sabes, aquí el dinero no nos da para ir a restaurantes, y yo particularmente siempre como pizza en Zizzi, o cualquier cosa precocinada en la residencia, así que el olor a comida casera me lleva a Italia.

—Me alegra llevarte de vuelta a casa.

—Bueno, me llevas a casa y a España. ¿Qué es lo que más echas de menos tú? —dijo mientras bebía un sorbo de la copa de vino.

—Puedo hacerte una lista: familia, amigos, tapas, un sol que calienta, el frigo lleno, la cama blanda, cigarrillos baratos, montar en coche y escuchar la radio.

—Bueno, no está mal... Pero dime, ¿te gusta Londres? —preguntó Marco.

—Creo que puedo enumerar mis cosas favoritas: nuevos amigos, Camden, las cervezas de nueve grados, la Navidad en noviembre, el Támesis y los museos gratis. Si eso responde a tu pregunta...

—¿Y nada más? —suspiró.

—Bueno, quizá algún italiano de metro noventa me hace la vida más fácil, o difícil, según cómo se mire. —Sonreí, mientras él cruzaba sus pies con los míos por debajo de la mesa que había puesto en la habitación.

—¿Sabes lo que falta en esta cena, que me encanta?

—Sorpréndeme.

—Sangría.

—Nota mental: hacer sangría para Marco en la próxima cena. Te digo una cosa: casi que mejor. Hubiéramos acabado tirados por el suelo, no te imaginas las borracheras que te pillas.

—¿Y qué haríamos en el suelo tú y yo? —añadió en tono juguetón.

Cogí el cuchillo del cajón de utensilios y se lo pasé.

—Te cedo los honores. Parte la tortilla.

—Grazie —dijo bajito. Cortó un trozo y el jugo del huevo desbordó de la tortilla como una fina capa de lava.

Le miré a los ojos mientras metía un trocito en esa tierna boca que estaba deseando besar. Vi cómo un brillo explosionaba en sus pupilas, que se agrandaban tanto como el cráter de un volcán.

—Che buono, Ale —susurró con la boca llena.

—¿Te gusta? Me ha quedado jugosita (mentí, porque no la había hecho yo). Pero espérate, que tengo algo mejor.

Llevé entonces un plato de jamón que había dejado en la encimera, metí el pan en la tostadora para que estuviera calentito y abrí la botella de vino tinto. Llené de nuevo su copa.

—Brindemos, ¿no?

—Siempre.

—El invitado tiene los honores —dije pasándole el marrón.

—Ale, brindo por ti, por mí, por España, por Italia, y por Londres que es la ciudad que nos ha juntado.

Bebí rápidamente para que no notase que mis ojos se habían empañado con su breve discurso. Me emocionaba pensar que éramos de lugares tan diferentes, y que Londres nos había dado la oportunidad de conocernos, éramos como dos lunares en este Universo.

—Creo que no puedo añadir nada más a tu precioso brindis. Qué bonito es empezar una nueva vida en ciudades de paso.

—Ciudades de paso y, por lo tanto, amores de paso —dijo Marco sonriendo, mientras a mí se me partía el corazón en trizas, porque quería que él y yo fuéramos eternos, y no pasajeros.

—¿Te pasa algo? —dijo al darse cuenta de que mi expresión había cambiado por completo.

—No, no, es solo que de repente me ha entrado morriña, aunque es una palabra que no tiene traducción. La utilizamos cuando echamos de menos algo.

—Perdona, no quería ponerte triste. Ven aquí, anda —me dijo Marco haciendo un gesto con su brazo para que me colocase cerca de él.

Y así hice, me colé entre sus brazos y lo miré tan de cerca que incluso podía sentir su respiración. Observé sus labios tintados de vino. «En un beso sabrás todo lo que he callado», decía Pablo Neruda. Así que lo besé, primero de forma dulce y luego intensamente, para que supiese todo lo que nunca le dije, que me gustaba, pero que lo odiaba, porque su desinterés me hacía daño. Así que intenté grabar todos mis sentimientos en sus labios.

El mundo cobraba otra dimensión cuando Marco me besaba, porque sentía su piel, sus labios, sus manos, su respiración, su sudor fusionado con el mío. De repente, Marco movió los platos y me tumbó encima de la mesa. No me esperaba que fuese tan de repente. Pensaba que le gustaba ir despacio, pero estaba yendo claramente al grano. Perdí la noción del espacio, y de la responsabilidad. Estaba follando en la habitación compartida de la residencia, pero en mi cabeza debía de estar tumbada en una cama de algodón egipcio, mientras mi Dios derramaba el vino por mi cuerpo, y yo me imaginaba que estábamos en los tiempos del Imperio Romano. Marco me besaba de forma salvaje, y yo correspondía con la rabia que me producía sentir tanto por él. Apoyé mis pies entre las sillas, abriendo así mis piernas y arqueando mi espalda, en busca de la

postura perfecta para que Marco me penetrara. Él se colocó enfrente de mí, de pie. Abrió aún más mis piernas y se coló entre ellas, embistiéndome con vigor, tras colocarse el condón. Agarró mis muslos voluptuosos y los agitó como si fueran olas espumosas que se movían al vaivén de sus mareas. En cada embestida contemplaba los detalles del cuerpo de Marco: sus ojos, más verdes que nunca, y su piel, enrojecida por la sangre que corría por todas sus venas. Lo observaba en silencio, pero todo iba tan rápido, que un gemido se escapó por mi garganta anunciando que estaba a punto de llegar. Marco me apretó más fuerte y las embestidas se convirtieron en golpes secos contra mis muslos. Colé mi mano entre nuestros cuerpos para acariciar mi clítoris y provocar el orgasmo. Marco me miró con cara de satisfacción, pero un humo denso separó nuestras miradas. ¿Estaba acaso en un sueño?

—Shit! La tostadora —grité y aparté su cuerpo de un golpe. La alarma antiincendios empezó a sonar. Marco se puso los pantalones en tiempo récord, cogió un par de revistas de propaganda que había apoyadas en la encimera y las aireó en dirección a la alarma. Yo abrí la puerta y las ventanas de la habitación para que se airease lo antes posible.

Paula y Chace vinieron corriendo a la habita.

—¿Está todo bien? —gritó Chace, asustado.

—Sí, sí, no os preocupéis. Estaba haciendo pan en la tostadora y se me ha ido el tiempo —dije con una risa nerviosa, tapándome los pechos con la mano.

Lo que no me esperaba era lo que estaba a punto de pasar: los bomberos entrando en la habitación.

—Is there any fire here? —gritaron asustados con sus mangueras kilométricas entre las manos.

—No, no, it is all good, it is just the toaster. Fuck! What happened?

Podía escuchar la risa de Paula en el pasillo.

—No te rías, que voy a llorar.

—So is there any problem at all?

—Not, sorry, just some smoke from the toaster. It wasn't my intention.

—We are leaving then. Be careful with those shitty machines, anunciaron los bomberos, tras salir por la puerta.

Si yo estaba pálida, Marco aún lo estaba más; no le había dado tiempo a vestirse por completo.

Paula y Chace entraron a tientas, porque el humo todavía cubría la habitación, e intentaron tranquilizarme, pero la realidad era que tenía que pagar una factura de 1.000 euros a los bomberos. En Reino Unido todas las casas estaban protegidas con alarma antiincendios, y tenían una sensibilidad extrema, como si fueran un carrete de fotos que se desvela casi sin tocarlo. Y esa alarma estaba conectada al servicio de bomberos. Si hay un incendio, genial, porque te lo

apagan enseguida, si no lo hay, estás obligada a pagar los gastos de desplazamiento. Y ahí estaba yo, con una multa, que no sabía cómo pagar, una habitación cubierta de humo, un par de amigos riéndose de la situación, y a Marco, paralizado, subiéndose la cremallera de los pantalones, y mirándome de reojo con cara de ¿odio? No veía bien con la humareda. Eché a todos fuera de la habitación, y me quedé sola inhalando la nube que me cubría, a ver si por lo menos me colocaba y olvidaba mi existencia. Pero él seguía allí.

—Espero que no tuvieses mucha hambre —reí.

—Bueno, podemos comer un poco de ese helado que tienes por ahí guardado.

—¿Lo terminamos en la cama?

Abrí la ventana, y nos acurrucamos dentro de las sábanas con el helado, pero empecé a tener escalofríos, mis dientes no paraban de castañear. Marco sugirió darnos una ducha caliente, así que fuimos al baño individual de nuestra planta. Cerré la puerta con pestillo y accioné el agua caliente. Marco abrió la cortinilla de plástico y pasó primero.

—No quema mucho. Ni fría ni caliente. Te vendrá bien.

Tendió su mano y me metió con él. Luego cogió el jabón, y empezó a frotar mi espalda. Cubrió con agua todo mi cuerpo, asegurándose de que entraba en calor.

No sabía si estaba delirando por todo lo que había pasado o si el humo me había dado fiebre. Marco me envolvió entre sus brazos.

—¿Te gusta?

No fui capaz de contestar, porque estaba delirando, pero por lo visto Marco abrió la cortinilla, me envolvió en la toalla como un burrito y me metió directamente en la cama de mi habitación, desnuda.

Yo solo veía una espesa niebla ante mis ojos, y no era capaz de articular palabra, así que me dejé llevar. El único recuerdo que tuve fue un beso en la frente, un sweet dreams y un fundido a negro.

TIERRA TRÁGAME, VOL. 3

Cuando me desperté me dolía mucho la cabeza. Me incorporé de la cama y busqué un vaso de agua en la mesilla. Apuré el trago hasta el final, estaba deshidratada. Por desgracia me acordaba de todo lo que había pasado la noche anterior. Tendría que haber bebido más vino para borrarlo de mi mente, porque vaya nochecita... El ritmo de mi relación con Marco era inestable. Un paso adelante, tres hacia atrás. Todo apuntaba a que la noche iba a ser perfecta, pero no, hubo un conato de incendio, un delirio de fiebre, y ya para rematar, me quedé dormida en brazos de Marco mientras me duchaba. O sea: qué más.

Busqué el móvil con la mirada y vi que estaba tirado en el suelo. Tenía la esperanza de tener algún mensaje de Marco, pero nada, pantalla vacía. Así que decidí escribirle yo, quizá debía disculparme por la escenita de ayer. Mensaje de “tierra trágame” en camino.

Yo:

Hola, Marco. Me puedes tachar de muchas cosas, pero no de aburrida. Siento la escena de ayer... Prometo no quemar nada en la próxima cita, si es que todavía quieres quedar con una pirada como yo.

Escribiendo... Marco estaba al otro lado de la pantalla. Qué nervios. Estaba a punto de tirar el móvil por la ventana, de la vergüenza que me daba leer su contestación.

Marco:

No te preocupes, aun con todo lo que pasó, fue una noche muy divertida. ¡Nos vemos por la resi!

Ya estaba Marco con sus mensajes de mierda. «Este tío tiene horchata en las venas», pensé. Y con ese pensamiento me volví a dormir.

Decidí pasarme el día hibernando, por dos razones: La primera, es que no me atrevía a hacer el walk of shame por la residencia, y la segunda es que, al día siguiente era mi primer día en Dara, así que quería estar descansada.

PRIMER DÍA DE TRABAJO

No recuerdo qué sentí mi primer día de colegio, pero sí recuerdo que mi madre me había dejado preparado un vestido rosa en la cama y que lo cambié por un peto rojo minutos antes de salir de casa.

Cuando pasé del colegio al instituto era una chica bastante popular y estaba encantada de haberme conocido y de conocer a los que serían mis nuevos compañeros. En cambio, mi primer día de universidad, me sentí pequeñita, porque la chica popular del barrio tenía que demostrar lo que valía y lo inteligente que era ante cien compañeros de aula, a los que siempre consideré superiores, simplemente porque yo venía de un instituto de extrarradio. A pesar de todo, con el tiempo demostré que no era así.

Todos esos nervios que no acumulé en las anteriores ocasiones aparecieron de repente y a la vez, creando una bola de fuego en mi estómago. Ya había trabajado en tiendas antes, pero el hecho de tener que hablar en inglés me ponía muy nerviosa. ¿Y si no les entendía nada? El calor se agolpaba en mi cabeza, y por momentos pensaba que me iba a desmayar o a quedarme pegada en el suelo del subway. Eran las nueve de la mañana y tenía que estar a las once. De Archway a Oxford había cuarenta minutos, pero quería llegar con tiempo para fumarme diez pitis antes de entrar, a ver si así aliviaba un poco la tensión. Bershka y Dara estaban separados por un pequeño callejón paralelo a Oxford Street, lleno de basura y suciedad. Ese era el lugar donde los empleados hacían su descanso. Los jóvenes uniformados de ambas tiendas se mezclaban en esa callejuela. No sabía quién de ellos podría trabajar conmigo, así que yo los miraba con cierta distancia mientras me fumaba los cigarrillos de par en par. Los admiraba, porque ellos ya estaban integrados, y encima hablarían perfectamente inglés, y ahí estaba yo, repasando mentalmente una y otra vez lo que iba a decir al llegar a la tienda. Di la última calada al cigarro y entré por la puerta con paso firme. Me dirigí al mostrador, esperé a un ladito, y el cashier, un chico alto, de piel blanquita y con ojos verdes, me preguntó:

—How can I help you?

—Hello, today it is my first day. So I was looking for Carolina, the manager (esa era la frase que había aprendido y repetido mentalmente hasta la saciedad).

El cashier me sonrió y llamó a Carolina por megafonía. Apareció a los cinco minutos, deslumbrante como siempre, con un vestido largo rosa, los labios pintados de rojo y la melena lisa rozando su cintura con cada paso.

—Ale, how are you? Welcome! Te voy a hablar en español y luego pasamos al inglés, ¿vale?

Cuando me dijo eso, no pude evitar suspirar de alivio. Cogimos el ascensor y subimos a la tercera planta. Allí estaban la cocina, los baños, las taquillas para cambiarse, el almacén, que era inmenso, y una pequeña salita, transitada en ese momento por Elsa, la chica de Recursos Humanos. En el pasillo había un enorme corcho con los horarios colgados con una chincheta.

Fue lo primero que Carol señaló.

—Mira, Ale, this is the stuff rota (signos de interrogación en mi cabeza). Aquí es donde se cuelgan los horarios de la semana, y la hora a la que tienes tu break y lunch, ¿vale? Lo cuelgo todos los jueves, para que tengáis tiempo de hacer vuestros planes a cuatro días vista.

—Esta es la salida de emergencia —dijo señalando unas escaleras—. Sergio, el manager de planta, te hará un safety training. Vamos al almacén. Aquí es donde tú vas a trabajar, tendrás que hacer lo que llamamos «el 25». Básicamente es reponer toda la ropa que hemos vendido cada hora, para sacarla a planta.

—Mira, este es Aitor —dijo Carolina señalando a un chico alto, morenito, de pelo azabache. Extremadamente flaco y escondido tras unas gafas de cristal cuadradas.

—Hola, nena. Welcome to the jungle! —me dijo Aitor con acento andaluz, mientras doblaba una camiseta de forma meticulosa.

—Ay, eres español también, ¡qué bien!

—Sí, hija, sí, aquí somos todos españoles, ¿dónde te has creído que venías? En el almacén trabajamos la Jessy y la Belén, que son de Sevilla, una servidora, que es de Estepona, Miguel, de Huelva, y la Javiera, que es de Benidorm.

—Me alegra escuchar eso —confesé— y que hables en femenino también me alegra.

—Ale, aunque seáis/seamos españoles, tenemos que hablar en inglés, ¿vale? Esto es una plantilla internacional y no queremos corrillos, porque luego el resto de compañeros de otros países se quejan. Bueno, te dejo con Aitor, que te va a explicar cómo funciona el almacén.

—A ver, nena, ni caso. Aquí en el almacén hablamos todos español, y ya cuando viene otra gente, pues cambiamos el chip.

—Aitor, hablo fatal inglés —confesé—. De hecho, estaba tan nerviosa por hablarlo hoy que casi me vomito.

—Nena, te tienes que poner las pilas entonces. Porque cuando bajas a planta te van a preguntar las clientas, así que a ver cómo te apañas.

—Ya... —dije tocándome las manos, que parecían las cataratas del Niágara.

—Bueno, tú mientras tanto, tranquila. Que nosotros aquí somos unas petardas todas, y nos ponemos nuestra musiquita, boom boom, para trabajar, y tenemos muy buen ambiente, la verdad.

Aitor me cogió de la mano para enseñarme los pasillos del almacén.

—Te cuento chocho, el primer pasillo es el del knitwear, ¿vale?

Supuse que knitwear era punto, claro, porque no tenía ni puta idea.

—Las referencias van de mayor a menor, de arriba abajo. Luego pasamos al hanging.

—Aitor perdona, ¿Qué es hanging?

—Uh, sí que estás perdida, maricón. Hanging es toda la ropa colgada, y luego está el folding, que es la ropa doblada. Apréndete ya de ya esas dos palabras, porque las usamos todo el rato. Sigo... Los siguientes pasillos son todo de hanging, ¿vale? Las blusitas, las cazadoras, las blazers, que por cierto se venden mucho, y por último los vestiditos. Los siguientes pasillitos ya son folding, que son las camiseta y los pantalones, todos doblados a la perfección. Aunque el knitwear está en el primer pasillo, recuerda.

Me volvió a coger del brazo y me llevó a la salita de recursos humanos para usar la impresora.

—Aquí tienes que imprimir cada hora «el 25». Vamos a imprimirlo y lo hacemos juntos.

—Toma —me dijo pasándome una hoja de papel llena de números.

—Esto parece un sudoku —dije con una sonrisa.

—Lo es. Parece que eres Matt Damon en El indomable Will Hunting, con tanto número. Te digo, la primera columna es la referencia, ¿vale? Y al lado te aparece una pequeña descripción del ítem. Luego, a la derecha, tienes las tallas y el número de cantidades que se necesitan. Y ya está marichocho, no tiene mucha ciencia. Lo que hay que tener es buena memoria para ir aprendiéndote las referencias, y agilidad para coger todas las prendas en una hora. Que ya verás, que es un poco locura. Y va' a suda' lo más grande.

—Vale, me ha quedado claro.

—¿Quieres que haga el primero contigo? —sugirió Aitor.

—¿Te importa? —le pregunté.

—No, claro que no. Ven, vamos a coger un rail y un carrito y lo colocamos en el pasillo. Aquí es donde vamos a tener que ir dejando toda la ropa, para luego pasarla a planta.

Recorrimos juntos las estanterías laberínticas de metal que conformaban el almacén. Aitor puso música de discoteca, y nos reímos un montón atravesando la jungla de perchas y abrigos (el peor de los pasillos). Escalera arriba, escalera abajo, y peleas con sudores fríos para coger las puffer jackets, que encima era la prenda más vendida de la temporada.

Sonó un ruido de fondo.

—Chicos, ¿dónde estáis?

—Maricón, ¿ya estás aquí? —gritó Aitor a lo lejos.

Javi, un chico altísimo, delgado y con un tupé perfecto se asomó entre uno de los pasillos.

—Hola, yo soy Javi —dijo.

—Los amigos la llamamos Javiera —interfirió Aitor.

—Soy Ale —dije avanzado unos metros para darle dos besos.

—Chica, dame un abrazo, ¿no? —contestó Javi mientras me espachurraba entre sus largos brazos.

En ese instante supe que los querría, a los dos. Había llegado muerta de los nervios y ahora estaba muerta de la risa, gracias a ellos y a su acogimiento. Durante el día me presentaron al resto de la plantilla. Mi otra compañera de faena, Belén, se encargó de bajar la ropa a tienda, porque le confesé que me moría de la vergüenza.

—Venga, hoy te ayudo yo, pero el resto de los días, te tocará hacerlo a ti —dijo con voz amable.

Eran ya las diez de la noche y la tienda había cerrado sus puertas, pero en el interior parecía que había pasado un tsunami: toda la ropa de las mesas estaba tirada por el suelo, ninguna de las tallas de zapato coincidía y el fitting room parecía una bomba de relojería a punto de explotar ropa. Era una especie de trinchera de guerra en versión textil. Y ahí estábamos nosotros, cual ejército, colocando todo en su sitio y reviviendo la tienda para poder cerrar a las once de la noche y que estuviese lista el día siguiente. Conseguimos reanimarla en una hora, eso sí, a base de carreras, sudores y algún que otro grito de las manager, a lo teniente O’Neil. Finalmente echamos el cerrojo a las once y cuarto. Salimos todos por debajo de la puerta metálica con el sentimiento de haber salvado vidas.

—Be careful with your heads —dijo Carolina mientras íbamos pasando uno a uno por debajo.

—Guys, thanks for today, you are great. See you tomorrow! —gritó Carol, y se encendió el cigarro antes de desaparecer entre la multitud de Oxford Street.

Todos mis compis se fueron yendo uno a uno, y yo me quedé delante de la puerta, fumando un cigarro y pensando en el vendaval de día que había tenido. «Todo pasa», pensé. Solo hay que vencer al miedo que anticipamos, porque nunca coincide con la realidad. No me apetecía coger el metro, así que pillé el bus hasta Holloway.

Recorrí todo el camino con una sonrisa en la cara, contemplando las calles londinenses. No podía haber tenido un mejor primer día, ni me podían haber tocado mejores compañeros.

SIN NOTICIAS DE ITALIA

Cuando llegué a la cocina de la residencia, Jairo y Paula me tenían preparada la cena. Nada del otro mundo, ensalada y filetes de pollo, pero más que suficiente para aliviar mi hambre. Nos bebimos unas cervezas y nos fumamos varios pitis mientras yo les contaba todas mis anécdotas del día.

—En la tienda hay muchas chicas guapas, Jairo. Te tengo que presentar a alguna. Aunque ninguna es como mi amiga Belén, que sé que te gusta.

—¿Y si hacemos una fiesta? —sugirió.

—Me parece super buena idea. Dame un par de días para conocer mejor a la gente, y el finde que viene montamos algo.

—Ay, Ale, cómo me gusta que trabajes ahí.

—Y a mí que trabajes en Apostrophe y me traigas croissants de almendras para desayunar —dije mientras me levantaba para darle un beso en el moflete y sentarme en sus piernas.

—Gracias por ayudarme a encontrar este trabajo, Jairo. Te debo una, ¿lo sabes?

—Bueno, con que me traigas una chica rubia de pelo rizado estamos en paz.

—No seas tonto —dije mirándole a los ojos.

—Vale, no hacemos tratos con esto. Pues lo haremos con alcohol. Me debes una botella de ginebra, ¿te parece?

—Trato hecho —suspiré abrazándolo.

—Oye, Paula, no te he preguntado: ¿qué tal con Gregory?

—Pues mal, fatal, peor imposible. No sé nada de él desde hace dos días.

—¿Qué dices? —grité asombrada.

—Te lo juro. Ha desaparecido. Le escribo, le llamo y no sé nada de él.

—Pero, ¿crees que está bien?

—Pues supongo que sí, me habrá vendido la moto, como cualquier otro tío, y se habrá dado el piro. Fin de la historia.

—Me extraña. Gregory es diferente. Cómo te miraba, Paula, por Dios, que se derretía contigo.

Cómo te reía las gracias, cómo te abrazaba. Ese chico estaba pillado por ti.

—Pues no sé qué le habrá pasado, Ale, pero no sé nada de él.

—Ya verás como aparece. Tiene que haber alguna explicación.

—Yo no es por decir nada, chicas —inquirió Jairo—, pero estos italianos con los que os liais no sé si son muy de fiar. Marco no te hace ni puto caso, pero de repente quiere follar contigo. Y Gregory parecía un ángel caído del cielo y ahora no da señales de vida. Igual me estoy perdiendo algo, pero daos cuenta que son tíos y que son italianos que precisamente tienen fama por algo.

—Vaya ánimos, tú también... Aunque no voy a negar que tengas razón. Sigo sin saber nada de Marco, again —dije con una carcajada entre medias.

—Eso no es nada nuevo —musitó Paula.

—Ya, tía, pero yo qué sé, como aparece y desaparece, pues yo os cuento mis novedades. Y ahora os digo que no sé nada de él, cero. Pero estoy pensando que con la excusa de hacer fiesta el finde que viene, podemos juntar a toda la residencia. ¿Qué te parece, Paula?

—Yo encantada.

—Ay, chicas, no me hagáis ilusiones —dijo Jairo con chispas en los ojos.

NAVIDAD EN NOVIEMBRE

Aquel día llegaba tarde a la tienda. Intenté sortear el tumulto de gente que se agolpaba en la boca del metro. Era un reto escapar de tal aglomeración, pero conseguí salir a la calle y respirar aire puro. A pesar de ser una chica de ciudad, todavía no estaba acostumbrada a lidiar con las masas londinenses. Encauce Oxford Street con mis auriculares puestos, escuchando Joy Division a todo trapo, pero me detuve un segundo a admirar la calle. Algo había cambiado. Subí la mirada y contemplé las luces de Navidad. Un brillo instantáneo se infiltró en mis ojos. Tuve que taparme la boca para contener la emoción. El hombre que repartía periódicos gratuitos a la salida de la boca del metro me miró asombrado.

—Excuse me, do you know what time do the lights light up?

—Yeah, at 6 pm —sonríó, con esas sonrisas de complicidad que solo ocurren en Navidad.

—Thank you sir.

Aunque en mi cabeza pensé: ¡mierda! Terminaba de currar a las diez de la noche y no quería perderme el encendido de luces. Por alguna extraña razón estaba maravillada con todas aquellas ornamentas que cubrían las calles de la ciudad y quería estar presente en el momento en que las encendieran.

Miré el reloj, quedaban dos minutos para que comenzara mi turno, así que aceleré el paso. Llegué a la tienda justo a las once en punto. A la entrada estaba el vigilante de seguridad, un chico rubio, alto, de procedencia polaca, con pinta de traficar bolsos en algún país de Europa del Este. Esperé a que me tendiese un librito donde teníamos que anotar todas nuestras entradas y salidas de tienda. Según me contaron en el safety training servía para saber si estabas dentro o fuera del establecimiento en caso de incendio. Le devolví el libro al polaco con una sonrisa, que no me correspondió. Me subí al ascensor con dos compis que venían de menswear, situado en la planta baja. Hablaban entre ellos y yo solo los observaba. Uno de ellos parecía inglés, y el otro, por el acento, diría que era francés. Me dejaron salir primero y fui corriendo a las taquillas para cambiarme. El uniforme consistía en una camiseta de media manga negra y un pantalón de pinza, también de color negro. Me deshice corriendo de los vaqueros que llevaba puestos y me quedé en bragas. Tiré del jersey que llevaba con tanta fuerza que también lo hice de la camiseta. Me quedé en sujetador y aproveché para ponerme un poco de desodorante que llevaba en el bolso. Dejé las Converse encima de mi taquilla, y justo en ese instante abrieron la puerta.

—Hey, sorry to disturb you.

—It's fine.

—My name is Alex.

—Hello, I guess my name is like yours, Alejandra.

— Eres española, ¿verdad?

—Madre mía, sois todos españoles, y yo poniéndome nerviosa porque no sé hablar inglés.

—Si tu objetivo era aprender inglés, este no es tu sitio, bonita.

—Ya lo veo. Por cierto, perdona la estampa, me estaba cambiando. Me pongo la camisa y te doy dos besos.

—Sería un poco violento si me los dieras en sujetador.

—No es mi culpa que las taquillas sean mixtas.

—Claro que no, pero sí es mi culpa seguir hablando contigo, en este preciso momento.

—Pues entonces pirate —dije enderezando mi coleta y mirándole a los ojos, mientras me acercaba a la puerta.

—Nos veremos por aquí, supongo.

—Sí, soy la chica nueva, si necesitas algo estoy en el almacén.

—Yo soy cashier de la primera planta, cuando quieras baja por allí y seguimos hablando. Pero vente vestida.

—Me lo pensaré, solo porque te debo dos besos —le dije, y desaparecí por la puerta mientras me acicalaba un poco. Me había puesto nerviosa. No era mi tipo de chico, pero era guapo de manual, labios muy carnosos, ojos azules muy profundos y un pelo rubio natural, de ese tipo de rubio que todas las madres quieren para sus hijos.

Me adentré en el almacén con la esperanza de que nadie se hubiera dado cuenta de que llegaba diez minutos tarde.

—Marichocho, ¿dónde estabas? —gritó Aitor según me vio aparecer por la puerta.

—No sabes lo que me ha pasado. No podía salir del metro de la gente que había. ¿Sabes que hoy se encienden las luces? Y me lo voy a perder, quiero llorar.

—Ay, cariño, que nunca las has visto. ¿Sabes lo que podemos hacer? Intentamos cambiar tu turno, y te coges el break a la hora que necesites. Te va a encantar.

—¿Pero con quién me cambio el turno?

—Luego vemos el horario, no te preocupes.

—Bueno al lío cariño, que hoy hay mucho curro —ordenó Aitor con un par de palmadas.

Saqué el rail al pasillo para ir colocando la ropa. El ascensor abrió sus puertas y apareció una chica con unas curvas de infarto, unos labios definidos a conciencia y unos ojos de esos que te

miran y te sentencian.

—How is it going? —dijo con un perfecto inglés, a pesar de que sus labios rojos y su fuego en la mirada delataban que era española. Pero como nunca se sabía, yo siempre me lanzaba en inglés.

—Hello, I'm Ale, and you?

—Begoña, pero llámame Bego.

—Hola, Bego.

—Eres nueva, ¿verdad?

—Sí, empecé ayer —dijo con una sonrisa tímida.

—Pues bienvenida caritrini —contestó, y noté en el estómago una conexión instantánea con ella.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunté con interés.

—Pues en Londres cuatro años, y en Dara también —sonríó.

—Con razón tienes ese acento, ¡hablas genial!

—Bueno, el acento ya venía de fábrica, pero gracias. ¿Y tú? ¿Acabas de llegar?

—¿Tanto se me nota?

—Un poco. Se te ve todavía entusiasta, y Londres es una ciudad que te empodera a golpes. O estás preparada para esta gran ciudad o arrasará contigo, sin piedad.

—Vaya, gracias por el tip, supongo.

—Hazme caso, Londres es la ley de Darwin convertida en ciudad. Aquí solo sobreviven los más fuertes.

—De momento todo me ha ido bastante bien, pero bueno... Me lo guardo en el bolsillo de los consejos —dijo mientras Aitor me miraba a lo lejos.

—Ya voy —grité.

—Nena, tú hoy tienes el piquito muy suelto.

—Aitor, déjala, que está hablando conmigo —gritó Bego, en un gesto protector.

Aitor salió del pasillo con un jersey de lana entre las manos.

—Bego, tenemos que tramar un plan —insinuó.

—Soy toda oídos.

—Aquí la chica nueva nunca ha visto el encendido de luces, así que intenta buscar a alguien que le cambie el break, y sales tú con ella a verlas.

—Ay, ¿harías eso por mí? —grité con las manos entrelazadas suplicando que lo hiciera.

—Eso está hecho. Tú no conoces a Begoña. Todo lo que me propongo lo consigo —dijo con una seguridad pasmosa.

—Si te sirve de algo, eres mi compañera preferida —grité mientras ella desaparecía por el ascensor, cantando una canción de Beyoncé y simulando que bailaba.

—Tú también eres mi compi preferido, ¿eh? —le dije a Aitor, intentando un amago de abrazo.

—Venga cari, a trabajar, que tienes media hora para hacerte todo el 25, y hay más de cien prendas, que lo estoy viendo de reojo en la hoja.

La adrenalina me impulsó por los pasillos del almacén, de balda a balda. Coloqué todo el folding en el carrito, y el hanging en el rail que había dejado en el pasillo. Las gotas de sudor se deslizaban por mi frente y las pulsaciones de mi corazón se habían disparado.

Bajé a la primera planta para dejar toda la ropa que pertenecía al first floor. Busqué a las personas encargadas de la sección y les di las prendas, pero alguien me dijo lo que más temía.

—Excuse me?

Me di la vuelta y era una señora de mediana edad, muy repeinada, y con pinta de veranear en la campiña británica.

—Hello, how can I help you? —contesté con mucha dignidad.

Intenté descifrar cada palabra de lo que decía, pero no entendí nada y solo pude mirarla con cara de lela. No se me ocurrió otra cosa que decir que:

—Wait a moment.

Y pirarme. Me apresuré hacía el ascensor para desaparecer lo antes posible. Dios mío, no le había entendido nada. «Espero que cuando se canse de esperar pida ayuda a otra persona», porque yo desde luego no tenía pensado volver a aparecer. El sudor seguía bajando por mi frente, y estaba muy angustiada de no haber podido ayudar a aquella clienta. «No pasa nada», me dije, «era mi primera vez, la próxima que no entienda algo, preguntaré a algún compañero, que para eso están».

Volví al almacén, que era un oasis para mí, libre de clientas y de gente que me preguntara en inglés. Seguí concentrada en mis tareas y volví a acumular toda la ropa que faltaba para bajarla a tienda. Me temblaban las piernas de pensar que me podían volver a preguntar. Bajé intentando ser lo más invisible posible. La táctica era aparentar que estaba muy ocupada y correr de un lado a otro sin mirar a nadie a los ojos, así no me pillarían en un renuncio.

—Hey girl —gritó alguien desde el mostrador.

Me di la vuelta suplicando al universo que no fuera ningún cliente. Y solté un suspiro de alivio cuando vi que era Alex quien me llamaba.

—Te veo muy ocupada —dijo casi en susurros.

—Es que lo estoy, ¿y tú? ¿No tienes nada mejor que hacer?

—Bueno, de momento no tengo clientes que atender, prefiero hablar contigo.

—Pues lo siento, pero yo estoy muy ocupada. Si quieres hablar, mejor lo hacemos en el almacén.

—¿No le estarás cogiendo el gusto a hablar a escondidas?

—Es justo lo que estaba pensando —solté en medio de una carcajada.

—Ya veo, ya —dijo sonriendo mientras yo me alejaba para coger el ascensor.

¿Estábamos tonteando? Puede ser. No era mi tipo, y en mi cabeza solo había espacio para Marco, pero seamos honestos, siempre me ha gustado gustar, y un tonto no le viene mal a nadie. Cuando llegué al almacén estaba Bego esperándome entre los pasillos.

—Gordi, ya te he conseguido cambiar el turno.

—¿En serio? —dije, y me abalancé en un abrazo.

—Sí, compi, sí, ¿a que soy la mejor?

—You are! ¿A qué hora vamos, entonces?

—Vengo a por a ti a las seis, ¿vale, churri?

—I can't wait —contesté.

SE HIZO LA LUZ Y LA MÚSICA

Bego vino a buscarme al almacén diez minutos antes de lo previsto. Cogimos nuestros abrigos para salir pitando. Firmamos el papel al salir de la tienda y nos adentramos entre el tumulto. Las calles estaban cerradas al tráfico.

—Bego, espera, por ahí no es —grité entre las masas.

—Hazme caso, que te voy a llevar a un sitio especial.

—¿No vamos a ver el encendido en Oxford Street?

—Calla y corre, que te voy a llevar a la calle más bonita del mundo.

Alcanzamos el final de Oxford Street y bajamos a la izquierda, por Regent Street, cuando llegamos a media altura, entre Oxford y Picadilly, giramos de nuevo a la izquierda. Era una calle peatonal, cerca del Soho, con un montón de tiendas y de boutiques alternativas. A la entrada, un enorme cartel con la famosa silueta de la boca sacando la lengua de los Rolling Stones, anunciaba el nombre de la calle: Carnaby Street.

Nunca había estado ahí, pero en un segundo se convirtió en mi lugar preferido.

—Bego, este sitio es increíble.

—A que sí. ¿Sabes por qué está todo decorado de los Rolling?

—Sorpréndeme.

—Para conmemorar su cincuenta aniversario. Al parecer aquí dieron sus primeros conciertos.

El resto de la calle estaba decorada con vinilos que colgaban del cielo. La gente empezó a gritar la cuenta atrás, y cuando llegamos al cero, sonó *She's like a Rainbow*, en medio de un arsenal de fuegos artificiales que iluminaban el cielo londinense. Todo el mundo empezó a cantar y a bailar, mientras los discos colgados giraban sobre su eje y reflejaban el brillo del resto de luces. Miré a Bego y no pude evitar soltar una lágrima.

—Esto es lo más emocionante que he visto en mi vida —sollocé mientras la abrazaba.

—Sabía que te iba a gustar. Esta es de mis calles favoritas.

Nos dimos la mano y empezamos a bailar al ritmo de la canción. Apenas conocía a Bego y ya sentía que aquel momento nos iba a unir casi de por vida. Bajo el cielo iluminado de Londres se amontonaban las sonrisas y el brillo de los ojos de todas las personas que estábamos allí presentes. Bego encendió un cigarro y me miró con cara de «es hora de irnos, el break son 15 minutos». Yo la mire con cara de «no me quiero ir nunca». Partimos rumbo a la tienda, pero

estuve todo el camino mirando hacia atrás para asegurarme de que guardaría esa imagen en mi memoria.

Entramos de nuevo en la tienda. Me sentía pletórica, emocionada y en deuda con Bego.

—Te debo una.

—Me alegra que te haya gustado tanto, churri.

—No te imaginas lo feliz que me has hecho.

El resto de la tarde estuvo eclipsada por el recuerdo de aquellas luces. Cuando cerramos la tienda, me fui a casa combinando varios buses para seguir admirando el alumbrado del resto de calles. Llegué a casa y me tumbé en la cama, agotada y extasiada de recuerdos que desbordaban mi mente de felicidad. «Vivo en la mejor ciudad posible», pensé antes de cerrar los ojos y quedarme dormida.

WELCOME PARTY

Habían pasado dos semanas desde que empecé a trabajar, suficientes como para tener ya mi grupito de amigos y poder montar una fiesta en el salón de la residencia. Jairo había hecho lo mismo con sus compis del curro, y de la banda. Estaba super nerviosa y no podía evitar sonreír de forma compulsiva. Decoramos el salón con lucecitas, compramos cientos de cervezas, que distribuimos entre los tres frigos de la cocina. Colgamos algún farolillo para darle un toque Spanish. Jairo estuvo horas cocinando y preparó varias tapitas, que repartimos en bandejas para ir pasando a lo largo de la noche.

La fiesta empezaba a las seis de la tarde, pero yo empecé a beber cerveza a la una del mediodía porque no me aguantaba a mí misma. La cebada era mi Prozac, y la única forma de calmar aquella ansiedad que me había poseído. Marco, nuevos amigos, fiesta en la resi. Era una combinación explosiva, que necesitaba digerir. Entre cerveza y cerveza, me fumé un paquete de tabaco y Jairo me echó la bronca por ahumar alguna de sus creaciones.

Subí a mi habitación para prepararme. Escogí un short de tela negra, combinado con unas medias transparentes y un top blanco de encaje. Alise mi largo pelo y me puse una cinta de flores para darle un toque hippie a la vestimenta sexy que había elegido. Por su parte, Paula se había enfundado en unos vaqueros ajustados y se había puesto una camiseta negra transparente, que dejaba entrever el sujetador negro que contenía sus enormes pechos. Jairo iba vestido, que ya era suficiente, porque le encantaba pasearse en pijama por la resi.

Los invitados empezaron a llegar. La primera en aparecer fue Bego, que trajo varias latas de sidra de sabores, que era lo que a ella le gustaba beber. Bego era de Málaga, como Paula, así que se enzarzaron en una conversación que solo entendían ellas.

—¿Tú eres del rincón de la Victoria?

—Yo soy del Palo.

—¿Qué me dices?

—Del Palo de toda la vida, al lado del Miguelito.

—Vaya paellas me he comido yo en el Miguelito.

—¿No conocerás a Curro?

—Claro, Currito, el mejor amigo de mi primo.

Y así durante más de diez minutos. Me evadí de esa conversación y seguí ejerciendo mi función de maestra de ceremonias.

Los siguientes en llegar fueron Alex, el cashier de la primera planta, con el que tonteaba de vez

en cuando, Belén, mi compañera de faena, Aitor y Javi. El Dara team ya estaba al completo. Ahora faltaban los de la resi, que no tardaron en aparecer.

Ya iba más borracha de lo que desearía, así que me mojé un poco la cara antes de abrir la puerta del salón a Marco and company. Les recibí con el mayor de los abrazos, a todos, aunque con Marco me recreé y arrimé las tetas a su pecho un poco más de la cuenta. Pasaron a la cocina que estaba ya casi al completo. Jairo invitó a dos compis de banda, y a su amigo Carlos, que vino con su novia Kim, los cuales vivían en Brighton, a media hora en tren de Londres.

Además de la cerveza, habíamos preparado sangría, que empezó a correr como la pólvora. Para ambientar el cotarro, habíamos conectado el ordenador con los speakers para escuchar la selección meticulosa de temas que habíamos preparado. Al principio, de seis a ocho, sonarían todas las british bands para intentar hacernos los interesantes. De ocho a nueve pasaríamos a una sesión un poco más electrónica, para acabar bailando Paquito el Chocolatero, como canción final, pasando por cantantes como Tito el Bambino, Wisin & Yandel o Don Omar.

Todavía era una hora decente. Estábamos en la hora pop. Creo recordar que sonaba Mr. Brightside de The Killers, cuando me fijé en que Marco estaba apoyado en la pared. Se le veía a lo lejos. Me detuve un segundo a contemplarlo. El reflejo de las luces alumbraba aún más sus ojos, los cuales no era capaz de dejar de mirar. Eran mi faro, dirección perdición. Quería acercarme a él, pero sin que se notase demasiado... No vi el momento, así que cambié de táctica y me puse a hablar con Alex, digamos que más cerca de la cuenta.

—Ven aquí compi, siéntate conmigo —dijo Alex, empujándome para sentarme en sus piernas.

—¿Quién te ha dicho que me quiero sentar así? — dije mientras me levantaba de un impulso. Quería poner celoso a Marco, pero tampoco hasta ese punto.

—Bueno, relaja, solo quería tenerte más cerca.

—Alex, ya sabes que prefiero los momentos que estamos a solas —insinué guiñándole el ojo.

Mientras hablábamos y reíamos, miraba de soslayo para ver si Marco se estaba percatando del asunto o no me estaba haciendo ni caso, pero lamentablemente la vista no me daba para tanto. Así que confié en que se hubiera pispado.

Paula me cogió de la mano y empezamos a bailar, o a saltar, o a saltar bailando, no sé muy bien. Pero lo que sí tenía claro es que cuando lo hacíamos era un momento de liberación, de expresión de la felicidad en su máximo estado, y eso se contagiaba en el ambiente. Quizá fue por ello que Marco se acercó de repente.

—Te dije que me encantaba la sangría —susurró a mi oído levantando la copa en su mano.

—También te dije que te pondría muy borracho, así que ten cuidado.

—Bueno, y si no recuerdo mal, que acabaríamos en el suelo.

Joder con Marco, pasa de 0 a 100, así que tenía que aprovechar el momento.

—Bueno, en el suelo quizá hoy sería demasiado escandaloso, pero el hecho de imaginarlo me pone bastante —susurré muy cerca de sus labios— aunque prefiero que me subas a la habitación, y tenerte para mí sola.

Marco me cogió en volandas, yo solté mi copa en una de las mesas y sentí que flotaba por el salón lleno de invitados. Subió las escaleras conmigo en brazos y me tiró a la cama, sin delicadezas.

—¿Por qué no me has escrito estos días? —pregunté mientras Marco se acomodaba a mi lado.

—He estado muy liado trabajando, ya sabes —respondió desabrochando mi sujetador.

—Tenía ganas de estar así contigo.

Y Marco me besó con fuerza, sin responderme.

—Hazlo más suave, poco a poco.

Y fue bajando el ritmo, hasta besarme con enorme delicadeza, como si estuviera soplando un diente de león. «La flor de la suerte», pensé.

Empujé a Marco hacia un lado de la cama. Y me subí encima de él. Ahora era yo quien había cogido carrerilla en la olimpiada del salvajismo. Así que con la misma cara que un león cuando ve a su presa, lo empecé a besar, y a cabalgar encima suya, como si lo hiciera a campo abierto.

—Babe, voy a llegar si sigues así.

Sin darle un segundo de tregua, continúe con mi carrera. Sin frenos. Sin descanso. Libre como el viento.

—Baby, no me aguanto. Me corro. Me corro.

—Espérame —grité mientras movía mis caderas a ritmo vertiginoso.

Quería llegar de forma simultánea, ya que la primera vez no lo hicimos. Así que continúe encima suyo, pero esta vez, tumbada, y moviéndome despacio, muy despacio. Sintiendo cada milímetro de su cuerpo, y parando cada segundo para mirarlo y disfrutar de cómo esos ojos verdes me contemplaban y me hablaban sin decir nada. El silencio fue roto por los jadeos, llenos de placer, y con un grito seco al unísono, que se debió de escuchar en toda la fiesta. Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que estábamos empapados en sudor.

—Pensé que me habías invitado a una fiesta, no a hacer deporte —me dijo con una sonrisa nerviosa.

—Te puedes dar una ducha, si quieres —contesté mientras le tendía una toalla, y él se quitaba el condón.

Bajé al baño del piso inferior y me retoqué el maquillaje. Sobre todo el rímel, que lo tenía corrido por debajo de los ojos. Cogí un vaso de sangría y volví a la fiesta sintiéndome la reina.

¡Había follado! Desprendía endorfinas. Me veía más guapa que nunca y estaba encantada con mis nuevos amigos.

Paula me interceptó al salir de la cocina.

—Tía, que os he visto besaros a saco, ¿qué ha pasado?

—Pues que se nos ha ido de las manos y hemos subido a la habitación, a desfogar la pasión.

—¿Y qué tal? ¿Más cariñoso?

—Pues a ver, nos hemos susurrado cosas, nos hemos puesto cachondos y hemos acabado follando. Pero no sé si podría incluir la palabra cariñoso en ninguna de esas acciones... Ahora se está duchando.

—Bueno, pues a ver qué pasa —dijo Paula alargando la «s», signo de la borrachera.

Marco apareció por la fiesta también con un vaso de sangría y se dirigió a Manu y Nico, que estaban en la esquina, sin ni siquiera mirarme al pasar. Me enfureció un poco que no me devolviese la mirada, así que ahogué las penas en alcohol. Además de la sangría, me bebí una botella de vino de las que habían traído. Yo... SOLA.

Atravesé la cocina para ir al baño, y me pareció todo un mundo. Sentía que era un barco que se movía con el oleaje para ir a la deriva. Me caí de la taza del wáter al intentar mear. Intenté recomponerme como pude y salí de nuevo. Notaba que mi cuerpo se tambaleaba de un lado a otro. Cuando llegué a la cocina todo el mundo se estaba poniendo las chaquetas para ir a alguna discoteca. Yo, no sé muy bien por qué, decidí rellenar de vino la kettle (el hervidero de agua) y meterla en el bolso grande que llevaba. A Bego, que estaba a mi lado, le debió de parecer también una gran idea, porque no paraba de reírse.

Salimos todos de la residencia y Jairo cerró la puerta. Marco se acercó para decirme que se quedaba en el salón con el resto de la gente de la resi. En ese momento, que yo ya no veía ni la hora, tampoco era capaz de mirarle a los ojos. No recuerdo qué le dije. Supongo que un soso «adiós», que es lo que se merecía.

Cogimos el bus y nos fuimos a la discoteca Koko, en Camden Town. Hicimos algo de cola, y cuando estábamos a punto de pasar, el señor de seguridad me preguntó:

—Can you open your bag?

—Yes! —respondí, sin recordar que llevaba una kettle dentro, llena de vino.

—Sorry, you can't get in with that in your bag.

—Sorry, I was moving houses, and I forgot the kettle in my bag —mentí. Notaba que Begoña se meaba de la risa a mis espaldas.

—In order to get in, you have to get rid of it.

—Of course! —respondí con seriedad.

Cuando accedimos a la entrada de la discoteca, comprobé que mi bolso estaba encharcado en vino. «Joder, el móvil», pensé. Efectivamente, estaba mojado, y había dejado de funcionar. «Soy lo peor», dije a Bego que, seguía partiéndose de risa a mi lado.

Koko era una discoteca especial. Una antigua sala de teatro convertida en una de espectáculos. Tenía tres plantas, todas ellas decoradas con moqueta roja, y una azotea para fumar. En esa sala habían cantado artistas como Amy Winehouse u Oasis, así que tenía mucha solera y un encanto envolvente.

Nos quedamos bailando en la sala principal, como si estuviéramos en una fiesta de final de curso en Massachusetts. Tiraban todo el rato purpurina, globos, confeti, y alternaban temazos british con canciones del tipo You & Me Song, para bailar más agarrados y gritarse unos a otros: You and me and forever, pa, pa, pa, paaaa.

No recuerdo ni cómo terminó la noche ni cómo llegué a casa. Pero al parecer llegué, y también vomité.

RESACA number 5

Al igual que los mejores perfumes, las peores resacas también deberían de tener un nombre, o al menos ser contabilizadas. No recordaba haber pasado una resaca así en mi vida. Dios mío, ¿por qué había bebido tanto?

Por supuesto, no me acordaba del incidente del móvil hasta que fui a buscarlo y vi que no funcionaba, y que encima estaba pegajoso. Alguien me dijo que lo pusiera en arroz. No lo dudé. Bajé a la cocina y sumergí mi teléfono de seis pounds en un cuenco de arroz, con la esperanza de que pudiera absorber todo el alcohol. Abrí el frigorífico para ver si alguien tenía algún líquido que pudiera ingerir y calmar mi sed, pero lo único que encontré fue un cartón de leche. Creo que era de Cindie, pero no me importó, le di un trago interminable. Al segundo me arrepentí, porque las tripas me empezaron a rugir como si escondiera una jaula de leones en el estómago. Busqué por todos los armarios, y nadie tenía ningún dulce, que es lo que me pedía el cuerpo. Bueno, ni dulces ni ningún alimento. Lo único que pude meterme a la boca fueron unos palitos de cangrejo, como siempre. Subí de nuevo a la habitación para esconderme entre las sábanas y hacerme una bola con el edredón. Cogí mi portátil para intentar ver alguna serie que me hiciera olvidar lo patética que me sentía. Aunque primero me metí en Facebook, con la idea de comprobar si alguien había subido alguna foto de la noche anterior. Para mi sorpresa, tenía un mensaje de Marco:

Ey, Ale, siento haberme ido tan rápido ayer. Espero que lo pasaras bien.

Sus mensajes siempre me dejaban un poco de insatisfacción. Era un quiero y no puedo. Me decía que lo sentía por irse, pero no me decía de volver a quedar. Esa incertidumbre me descolocaba tanto que me hacía estar aún más enganchada a él. Marco no tenía ni idea de lo que sentía, y yo ni siquiera me atrevía a mostrarle un atisbo de mis pensamientos. Cada vez que pensaba en Marco, sentía una especie de escalofrío. Como cuando en las noches de verano te olvidas de la chaqueta y acabas arrecida. Tiembles, y no porque haga tanto frío, sino porque no estás aclimatada. Sentía que el amor estaba al borde de dejarme inmovilizada. Me recordaba a cuando era pequeña y dejé en el alfeizar, en pleno invierno, a mi tortuga “para que le diese el aire”. Cuando me levanté y abrí la ventana, la tortuga estaba muerta, congelada por el frío. La bajé corriendo a la calle y la puse al sol para que resucitara, pero nunca volvió a moverse. En cierto modo, la historia de Marco me recordaba a mi tortuga, porque el amor puede ser como un caparazón, un lugar donde esconderte.

Contesté a su mensaje con la misma desidia con la que él lo había hecho. «No te preocupes. Me lo pasé genial. Gracias».

Ya ni siquiera quería ver una peli, así que apagué el portátil y cerré los ojos, como si con esos dos actos desapareciese y me metiese dentro del caparazón, como mi tortuga.

WINTER WONDERLAND

Me desperté feliz, aunque con resaca (todavía). Pero tenía el día libre, y eso siempre me ponía super contenta. Antes de bajar a la cocina, encendí el ordenador para ver qué actividades había en la ciudad durante las navidades. Lo primero que apareció, entiendo que por su popularidad, fue un parque temático llamado Winter Wonderland. Sonaba interesante, así que abrí la puerta, llamé a la habitación de Paula y le expliqué el plan. Nos vestimos corriendo, abrigadas como si fuéramos a una expedición al Polo Norte con cazadoras de borrego, gorritos de lana y guantes de felpa.

Cogimos el metro y nos bajamos en Hyde Park. Una puerta enorme llena de papás noeles y dibujos de copos de nieve anunciaban la entrada a Winter Wonderland. Nos adentramos para sumergirnos en el paraíso de la Navidad. Parecía el decorado de la mejor película. Era como estar en Groenlandia rodeada de renos gigantes. Atracciones llenas de luces, mercados navideños al estilo bávaro, vino caliente, y en el centro de todo esto, una pista de patinaje sobre hielo. Paula y yo nos pillamos un chocolate caliente, no sé si por pura estética navideña o por tener algo caliente entre las manos.

Nos paramos a observar las escenas de amor que transcurrían en la pista de patinaje: parejas que patinaban de la mano o que se agarraban a la valla para no caerse mientras se deshacían en besos. En medio de la pista había un pequeño escenario con un sofá, dos guitarras y un piano. Tres chicos se subieron, afinaron sus instrumentos y empezaron a cantar versiones de The Beatles y Oasis. Nos sorprendió escuchar esas voces, sonaban tan vulnerables. La banda era de anuncio de British Billboard. Un grupo londinense con abrigos de mendigos, llenos de anillos, pelos alborotados y una dulzura en las voces que te encogía el corazón. Paula y yo nos miramos cómplices y tuvimos la misma idea: nos ataviarnos con unos patines y nos deslizamos por la pista para escucharlos de cerca. Paula tuvo un flechazo con uno de ellos y decidió acercarse para dejarle una nota:

«Acabo de viajar con tu voz. Si quieres viajar conmigo, llámame al 0754398393».

—¡Paula, estás loca! —grité mientras veía cómo alargaba su brazo y le daba la nota a uno de los cantantes.

Continuamos dando vueltas por la pista, felices de estar viviendo aquel sueño de algodón de azúcar, que se rompió cuando Paula se cayó al suelo y tuvo que ser recogida por los rescatadores de la pista de hielo. La montaron en una especie de trineo portátil que se deslizaba por la pista, para adentrarse en la carpa móvil, montada para emergencias. Yo acompañé al RESCUE TEAM para asegurarme de que Paula no estuviera sola. No les entendimos mucho, así que Paula actuó con gestos, señalando que lo que más le dolía era la rabadilla. Los sanitarios descartaron cualquier lesión y solo le pusieron hielo en la espalda. Se había caído en el hielo, y ahora la curaban con más hielo. Pobre, se iba a criogenizar. No le quise decir que tenía la nariz muy roja.

Cuando consiguió levantarse, entre carcajadas para quitarle hierro al asunto, me cogió del brazo

y salimos dignamente de aquella carpa del castigo.

—¿Estás bien amiga? —dije con tono preocupado.

—Me he roto el culo.

—¿Crees que serás capaz de tener alguna vez sexo anal?

Paula contestó con una enorme carcajada. Nos adentramos entre el gentío, en dirección salida.

Antes del incidente, nos hicimos cientos de fotos: Paula abrazada a un reno enorme de peluche, yo montada en un tiovivo, las dos abrazando a un muñeco de nieve... Fotos ideales para mandar postales navideñas a nuestras familias y para colgar en Facebook, por supuesto.

Winter Wonderland era un sueño navideño hecho realidad. Y puesta a soñar, me había imaginado que paseaba con Marco por la feria, él me conseguía un peluche, patinábamos de la mano y nos dábamos un beso debajo del muérdago. Soñar es gratis, claro. Porque la realidad era que ni paseo, ni Marco, ni un mísero mensaje en el teléfono.

FELIZ NAVIDAD

Tras vivir dos meses de luces en las calles, por fin había llegado el día de Navidad. Me hacía mucha ilusión vivirla en Londres. Era la primera vez que celebraba este día con amigos, aunque quizá no cuente como Navidad si no se festeja con la familia, comes langostinos y tienes a tu cuñado preguntándote estupideces en la mesa. Durante la mañana Jairo y yo fuimos a hacer la compra para toda la residencia. Jairo decidió que seguiríamos la tradición inglesa y que cenaríamos pavo relleno. Nunca lo había probado. Comer pavo en Inglaterra me hacía pensar en Mr. Bean, y en el capítulo de Navidad, que cocinaba el pavo en el horno y se lo acaba metiendo en la cabeza. No escatimamos en entrantes. Decidimos comprar foie, mejillones, diferentes tipos de quesos, jamón en lonchas (que parecía más plástico que jamón), rollitos de primavera y una legión de aguacates para hacer guacamole. Con respecto a las bebidas, hicimos un upgrade en nuestro estatus, y pasamos de comprar cervezas de nueve grados a comprar varias botellas de vino tinto y un par de champagne. Cada vez que Jairo metía algo en el carro, yo hacía la cuenta mental de cuánto nos íbamos a gastar, y automáticamente se tensaba mi sonrisa.

—Ale, no me mires así, es Navidad —me recordaba una y otra vez Jairo.

Era muy difícil obviar el día que era, teniendo en cuenta que habían puesto la canción de All I Want for Christmas Is You aproximadamente un millón de veces desde que entramos por la puerta del supermercado. Compramos algo de decoración, ya que no habíamos puesto árbol de Navidad.

También compramos crackers, que son caramelos enormes, rellenos de otros caramelos. Se colocan encima del plato, antes de servir la comida, y cada comensal tiene que agarrar una de las tiras y ofrecer la otra. La tradición dice que hay que tirar con fuerza, hasta que suena un crack y los caramelos salgan volando.

Extrañé la compra de polvorones y turrones. Los ingleses solo tenían muñecos de jengibre, que me negaba a comprar, y pie (pronunciado a la inglesa, no en español) de manzana. Mientras terminábamos la compra, empecé a sentir un poco de morriña.

Echaba de menos hacer la supercompra de Navidad en España. Pasear por las pescaderías e ir a primera hora, antes de que se formen las grandes colas. Comprar los langostinos frescos. Pasarte por la carnicería y pedir que te corten el jamón muy fino. Acabar pidiendo kilos, porque es el entrante favorito de tu primo Pablo. Ir a El Corte Inglés y comprar todas las delicatessen para hacer los canapés. Comprar unas chuletillas. Esperar el pan recién horneado y recoger la tarta de chocolate. Nunca había valorado tanto el romanticismo de este proceso que, aunque cada año fuera milimétricamente igual que el anterior, me hacía tan feliz. Igual la felicidad era eso, no tener imprevistos.

Lo mejor para no ponerse nostálgica era pensar en otra cosa, así que cuando llegué a la residencia me abrí una cerveza y me puse a cantar villancicos de Rosana. Aunque fuera una cena casual, decidí arreglarme como si fuera invitada de honor en una cena de gala en el Palacio de

Versalles. Me puse un vestido largo de fiesta, rojo, sencillo pero sensual. Se parecía mucho al que llevaba Cameron Díaz en la película La Máscara, en versión low cost. El escote dejaba entrever mis pechos redonditos, y la raja de la falda llegaba hasta la cintura. Cuando salí de la habitación y me vieron Jairo y Paula, se quedaron con la boca abierta.

—Ale, ¿cenar en casa o te han invitado al Royal Palace?

—Sois estúpidos. Me he puesto guapa para vosotros. Bueno, y porque es Navidad, y mi abuela siempre decía que había que ponerse guapos. Es tradición familiar sacar nuestras mejores galas.

—No, y que lo digas. Cuando te vea Marco, te pide matrimonio.

—Seguro que me ve así y no me pide ni la hora —recriminé entre carcajadas, aunque me doliera mi propio comentario.

Paula también iba de infarto, con un vestido largo negro.

—Fiu, fiu —gritamos al unísono.

—Me tenía que haber puesto el esmoquin —dijo Jairo.

—¿Tienes uno aquí? —grité, ilusionada por pensar que sería de verdad una cena de gala.

—Ale, ¿de verdad piensas que tengo un esmoquin aquí? —respondió Jairo, arqueando mucho las cejas.

La verdad es que a pesar de llevar cuatro meses conviviendo, éramos ya una pequeña gran familia. Sentía, con la mano en el corazón, que Jairo era mi hermano mayor. Y que Paula y yo habíamos sido separadas al nacer, solo que a ella la tiñeron de rubio. Me hacía mucha ilusión compartir este día con ellos. Y más ilusión me hacía compartirla con la familia Holloway. Paula y yo aparecimos en la cocina vestidas de gala, y Jairo en chándal, porque tenía que cocinar el pavo. Abrimos la puerta de la cocina, y Chace y Cindy habían colgado un letrero de Feliz Navidad, organizado toda la mesa con platos navideños, copas de champán, velas rojas en el centro, y un último detalle que me encantó: muérdago colgado en la puerta de la cocina que daba a la calle. A ver si Marco me morrea, fantaseé. Estaba todo decorado, y nos fuimos sentando uno a uno alrededor de la mesa alargada de la cocina. Tras servir los platos entre todos y echarnos champán en el vaso, nos sentamos alrededor y empezamos a contarnos la vida. Éramos muy diferentes, pero había una magia especial entre nosotros, como si nos conociéramos de toda la vida, aunque hubiera veces que ni nos entendiéramos, pero nos sonreímos, y con eso bastaba. Hace poco habían llegado a la resi dos nuevos integrantes; Mohamed y Marta. Mohamed nos contó que sus padres regentaban una tienda en Marrakech; vendían un poco de todo, pero sus principales ingresos venían del cuero y las alfombras. Trabajaron muy duro para ahorrar dinero y poder pagar la carrera a Moha. Gracias a ellos, ahora podía estudiar económicas en la London College. Marta, su novia, le apoyaba en todo. Era de Castelldefels y tenía un acento supercatalán, incluso cuando hablaba en inglés. De pelo azabache y ojos que sugerían ascendencia árabe, muy oscuros, profundos y algo rasgados. Era todo un bellezón, pero tenía un toque hippie que restaba importancia a esa belleza.

Por su parte, los italianos nos contaron las diferencias culturales que percibían entre ellos. Pietro era napolitano, y además era el cliché napolitano: sus padres eran dueños de una famosa pizzería en el centro, donde él prácticamente se había criado. Era un mafioso con un corazón de oro y una sonrisa perenne. Él no entendía de dinero, pero sí de favores, porque así lo habían educado. Hacía favores, pero siempre a cambio de algo. Por su parte, Marco era de Milán y actuaba como alguien de ciudad, siempre preocupado, siempre pendiente, siempre esperando a que pasase algo mejor. Manu era de Isquia, una isla al sur de Nápoles. Su madre había muerto recientemente de cáncer. Cuando él tenía diez años sus padres se separaron, y desde entonces su padre se convirtió en un latin lover, de los que van a la playa con bañador turbo. Nos enseñó una foto suya, y era una especie de Flavio Briatore, siempre bien vestido, con un bigote impecable y rodeado de mujeres guapas.

Chace venía de Canadá, y era un gran cocinero. Su sueño era montar algún negocio de comida rápida con su hermano.

Nico, que en realidad se llama Niccoló, era una de mis personas favoritas de la residencia. Venía de Acquapendente, un pueblecito localizado en la región de Lazio. Por las noches nos encantaba cenar juntos y ver programas de aduanas. Nico siempre vestía con una camiseta larga interior y una de manga corta por encima. Nunca le quise decir que ese look estaba muy pasado de moda - era de chico que jugaba en los recreativos en un centro comercial- porque me enternece que vistiera así. Entre nosotros había mucha conexión, pero yo lo veía como un hermano, a pesar de que su sonrisa era arrebatadora.

Luego estaba Cindy, parisina, de 18 años, que se mudó a Londres para estudiar moda, porque su sueño era formar parte del equipo de diseñadores de Chanel. Tenía el pelo rizado, muy corto, y siempre llevaba pendientes de perla, lo cual me horrorizaba. Era muy atrevida para lo joven que era.

Y luego estábamos Jairo, Paula y yo, que éramos los locos españoles. Así nos conocían todos, y no teníamos nada que objetar, porque era la verdad. Siempre dispuestos a pasárnoslo bien, a comernos el mundo, a hacer planes, a beber, a salir de fiesta, a cocinar, hacer una barbacoa o lo que fuese. Después de cenar, Marco fue el que se animó a hacer el brindis:

—Hay veces que la vida te sorprende para bien, y esta es una de ellas. Jamás me hubiera imaginado que iba a encontrar a gente tan maravillosa en Londres. Sabéis que para mí, no sois mis amigos, sois mi familia, y el motor de mi vida en Londres. Cada vez que vuelvo de trabajar, y pienso en el día de mierda que he tenido, pienso en vosotros, y en las ganas que tengo de volver a casa para estar con vosotros. Es entonces, cuando todo merece la pena, hasta los días más difíciles. Brindo por vosotros, hermanos.

Yo por supuesto brindé con lágrimas en los ojos, porque no podía estar más de acuerdo. Londres era una ciudad difícil, vivíamos lejos de los nuestros, y teníamos trabajos que requerían mucho esfuerzo físico, con lo cual había días que estábamos completamente destrozados. Además, la lluvia no ayuda en esos días de mierda. Pero sí lo hace tener una familia a tu lado, una familia que ni siquiera habíamos escogido, como lo hacemos en nuestras ciudades, era una familia que nos había caído del cielo en el sorteo del destino. Pero el sentimiento que tenía hacía ellos era indescriptible. Si cualquiera de nosotros tenía un mal día, íbamos en SAMUR a ayudarnos.

—This is getting too emotional! — replicó Chace, subiendo la música del ordenador y pinchando Shooting Stars de Bag Raiders.

Esta canción era de nuestras favoritas en la residencia, junto con I Follow Rivers the Lykke Li. Al escucharla nos subimos encima de la mesa, cada uno de nosotros cogió un plato, y empezó a aporrearlo con los cubiertos. Se desató la locura, saltos en la mesa, platos rotos, golpes en las paredes, pitis encendidos por todas partes. Era la residencia sin ley. Bueno solo teníamos una: la diversión.

Mohammed, que no celebraba la Navidad, pero sí estuvo cenando con nosotros, cogió a Marta, y bailaron reggae, uno enfrente del otro, dándole caladas a un porro de marihuana. Chace, no sé muy bien por qué, llevaba en carretilla a Cindy. Marco parecía el más normal, aunque de repente se puso un gorrito de Papá Noel y se quitó la camiseta, a lo que tuve que responder girando la cabeza a otro lado, si no quería incendiarme. Paula parecía mustia, y es que al parecer estaba pensando en Gregory: le había escrito para felicitarle las navidades.

Gregory contestó en seguida al mensaje:

Buon Natale, Paula! Perdona que no te haya escrito antes, no tenía fuerzas para hacerlo. Aunque no me creas, sigo pensando en ti y en los momentos que estuvimos juntos. Fueron pocos, pero muy intensos. La verdad es que tuve que salir corriendo de Londres, porque me hice unos análisis y me enviaron de nuevo al punto de partida. Vuelvo a tener leucemia, Paula. Quizá es que nunca se fue. No te merecías que saliera corriendo, pero tampoco te merecías cargar con esto. Te lo digo ahora porque ha pasado el tiempo, y supongo que me odiarás por haberte abandonado, pero espero que no lo suficiente como para perdonarme por haberlo hecho. Tu risa todavía resuena en mi cabeza.

Paula se puso a llorar como una magdalena. Sabía perfectamente que se había pillado por él. Hubiera sido mejor pensar que era un cabronazo y que había huido porque solo quería un rollo con Paula. Soy muy fan de las historias imposibles, pero esto era demasiado. Así que cogí a Paula, y la saqué a respirar fuera de la cocina.

—Paula, ¡venga! No pasa nada, se va a poner bien, tía, y va a volver a Londres para poder escuchar tu risa —susurré al oído de Paula, mientras ella seguía sollozando y limpiándose los mocos con la manga del vestido.

—Ale, ¿qué hago? ¡Dios mío! ¿Qué hago?

—Lo primero, calmarte, amiga. Respira, no pasa nada. Se va a poner bien, qué es lo importante. Es un tío joven, con ganas de comerse el mundo, se repondrá, hazme caso.

—Ale, ¿cuánta gente joven muere de cáncer? No es la primera vez que le pasa, es reincidente.

—Lo más importante en estos casos es no perder nunca la esperanza. Todo en esta vida se

proyecta. Hazme caso. Si nosotras proyectamos amor y positividad, llegará. Y aunque no te lo creas, seguro que le ayuda. Así que coge el móvil y escríbele el mensaje más risueño del mundo. Porque lo que necesita es eso.

—Puf —resopló Paula—. Vale, pues ayúdame, porfi.

Paula:

Hola, Gregory. Cualquier noticia tuya, aunque sea mala, es mejor que no saber de ti, porque eso quiere decir que sigues ahí, y que no te has ido a por tabaco para no volver, que es lo que tenía en mente.

Sé que te vas a poner bien, porque tenemos muchas cosas pendientes por hacer, y no te vas a escaquear, aunque quieras. No me has invitado a ir al cine. De qué vas. Ni me has llevado en coche (no cuenta ir en taxi juntos). Me gustaría meterte mano mientras conduces. Un poco, solo. Nunca te he dicho que mi perfume preferido es Dolce&Gabbana. O que mi pasta favorita son los espaguetis a la boloñesa. Seguro que tienes la receta tradicional de tu nonna y no me la has hecho. Tengo un listado del tamaño de un pergamino de cosas que nunca te he dicho, así que por favor te pido que te recuperes, porque te estoy esperando para contártelas todas.

Echo de menos tus ojos azules. No te rías, que te oigo. Sabes que se me da fatal ser romántica. Pero sí sabes que nadie me hace reír como lo haces tú. Así que creo que esa es la mejor excusa para pedirte que estés a mi lado.

¿Necesitas más razones para recuperarte?

Te espero aquí...

Paula dejó el teclado y se puso a llorar. Se había puesto el traje de guerrera para escribir ese mensaje, pero el trasfondo de este dolía. Tanto, que decidió irse a su habitación.

—Paula, no, no te vayas —gritaron los chicos—. Quédate, que nosotros también te haremos reír.

—Amigos, os quiero. Pero me apetece estar sola. Ya es tarde, además. Lo hemos pasado genial, pero me apetece ir a la habitación, llamar a mi familia y seguir escribiéndome con Gregory, me entendéis, ¿verdad?

—Claro, tú descansa, pequeña. Y mañana será otro día —dijo Jairo.

Yo aproveché la coyuntura y me fui también a la habitación. Aunque primero me llené la copa de vino para subirla conmigo. No tenía razones para abandonar así, tan repentinamente, pero el mensaje de Gregory me había dejado mal cuerpo. Además, me apetecía estar con Marco pero como daba por sentado que iba a pasar de mi culo prefería estar en mi habitación para asumir una nueva derrota. Así que me metí en la cama, y encendí el ordenador para mandar mensajes a mi

familia, pero alguien llamó a la puerta. Era Papá Noel. Marco estaba para hacerle un calendario de adviento y comérselo a cachos, la verdad.

—Ey, girl —dijo con una sonrisa pícara.

—Ey, Santa Claus —respondí.

Se lanzó a abrazarme. Apoyó su cabeza en la hendidura de mis hombros, resoplando en mi cuello, mientras me susurraba al oído: «Tenía ganas de abrazarte, Ale». La Navidad parecía haberle transformado.

—Marco, me encanta que me abrases, pero me acabas de empapar con tu vaso.

—Lo he hecho con un propósito.

—¿Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Empatar contigo.

—Capito... Supongo que ahora que estamos mojados los dos, nos tendremos que quitar la ropa —le contesté guiñando un ojo.

—Veo que pillas las indirectas a la primera.

—Siempre fui una chica lista. ¿Quieres tomar algo primero?

—¿Tienes champán? —preguntó.

—¿Para brindar o para mojarnos un poco más? —contesté.

—Bueno, una cosa lleva a la otra.

Marco se tiró en mi cama de 1,90 metros y se arrinconó contra la pared. Luego abrió su enorme brazo, esperando que yo me acomodara y encajara mi cuerpo con el suyo. Cuando nos abrazamos, nos dimos cuenta de que la ropa estaba húmeda, así que nos la quitamos el uno al otro, mientras nos mirábamos a los ojos.

—¿Qué piensas? —preguntó Marco.

—Esa es típica pregunta de chicas —dije.

—No te hagas la remolona. Contesta.

—Nada, estaba pensando en que necesito que me calientes, porque estoy helada.

—Bueno, esto tiene fácil solución —replicó Marco mientras se metía desnudo debajo del edredón. Yo volví a acomodar mi cuerpo, esta vez desnudo, junto al suyo.

Nos abrazamos, y ese abrazo se convirtió en hogar. Aunque fuera por unos segundos, pero de

esos segundos que duran una vida. Lo hizo con tanta fuerza que parecía que me iba a romper, aunque lo único que estaba haciendo era coser mis piezas sueltas, como si fueran un traje hecho a su medida.

Tenía los ojos muy cerrados. No quería abrirlos nunca, porque eso implicaba aceptar otra realidad, más allá de la que habitaba en mi cabeza. Suspiré, y ahogué los quejidos que se acumulaban en mi pecho, el lugar que daba cobijo a mi amor y a mi dolor, como si fueran la misma cosa. Yo lo amaba con cada centímetro de mi cuerpo, pero él a mí no. Y aunque esa noche me engañase, haciéndome pasar la noche de mi vida, sabía que al día siguiente se iría. Ese día fingía que éramos dos enamorados y yo le creía, porque prefería creer una mentira que afrontar el dolor de la verdad. Un instante de sufrimiento era más intenso que uno de placer, pero acepté que siguiera apretándose contra mi cuerpo y que me besara hasta agrietarme los labios.

—No te quiero volver a preguntar en qué estás pensando, pero de repente te has quedado muy callada. ¿Estás bien? —preguntó Marco.

—Estoy mejor que nunca. Desnuda y contigo, ¿qué más puedo pedir?

—Una botella de champán.

Marco descorchó la botella con un golpe seco. La espuma salió disparada por toda la cama, dio un trago y clavó sus ojos en los míos. Se puso de nuevo el gorro de Papá Noel y empezó a besarme, con el champán rebosando por la comisura de los labios, derramándose sobre nuestros cuerpos desnudos.

Marco lamió las gotas que se habían esparcido por mi cuerpo delicadamente. Esta vez no era sexo con prisas. Los besos y las caricias tenían otra intención. Eran pausados, tiernos, como si escondieran un mensaje encriptado. Creo que los dos sabíamos que era una noche especial, quizá porque sería la última. Los besos, aunque maridados con champán, sabían a despedida. Tenían fecha de caducidad, pero parecían interminables. Su boca se perdía en la mía, y nuestras lenguas se enredaban, anudándose entre ellas y aferrándose a un sueño de medianoche. Fue Marco quien empezó a subir el ritmo de los besos. Yo podría haber vivido en esa lentitud. Mi cuerpo gritaba su nombre, en un lamento llamado deseo. Me cogió de las nalgas y me colocó encima, introduciendo mi cuerpo dentro del suyo. Cabalgué varias veces, mientras le lamía el cuello y besaba su oreja. Vi cómo su vello se erizaba.

—No pares —gritó Marco.

—No lo haré, quiero que estés dentro de mí toda la noche.

—Para, para, voy a llegar —exclamó Marco, cogiendo mi cabeza entre sus manos acercándola a sus labios. Me besó y yo cerré de nuevo los ojos y viajé, me dejé llevar a otro planeta, que no era la Tierra. Marco me tumbó en el colchón y me colocó a cuatro patas, y yo volví del trance en el que estaba sumergida. Acercó su cuerpo al mío y me embistió, despacio, muy despacio, mientras yo acariciaba mi clítoris. Las embestidas iban cobrando fuerza. El placer se acumulaba en mi garganta, pero no quería dejar que se corriera, porque este polvo por alguna razón sabía a despedida, así que quería que fuera eterno.

—Marco, aspetta.

—No sé si puedo aguantar, ¿qué me das a cambio?

—Que esta noche no se acabe. Ven, tumbate a mi lado —susurré en voz baja.

Lo cogí de la mano y lo miré a los ojos, como si el amor se contagiase con tan solo una mirada. Marco alargó el brazo derecho y me acercó a su cuerpo, una vez más. Me besó, como si fuera el signo de prolongación en la nota de una partitura a punto de terminar. El ritmo era melódico, casi orquestado, aunque fue in crescendo cuando se puso encima de mí. Se coló, sin previo aviso, al igual que lo hizo en mi vida. Sin advertencias. Sin darme una luz, una señal. Simplemente se metió. De lleno. Su cuerpo y él.

Resoplé cuando lo hizo. Colocó sus manos en la pared y empujó su cuerpo. Sus ojos no se apartaron de los míos. Relucían, como si quisieran, una vez más, decirme algo que no supe descifrar. Mi corazón estaba a punto de explotar. Llegó la segunda embestida. Me besó por todo el cuello. Mi piel se erizó por completo. Con la tercera embestida, giré la cabeza hacia la izquierda y me tapé con la almohada, para ahogar mis quejidos y mis lágrimas. Lloré, pero de alegría. O quizá de pena, no lo sé. Lloré porque lo quería, y quería que estuviese dentro de mí toda su vida, o quizá toda la mía. «No me sueltes», pensé mientras me secaba las lágrimas con la tela de la almohada, sin que él se diera cuenta. Marco me cogió del cuello y apretó con las dos manos, a la vez que me daba la cuarta y última embestida.

—Ale, no aguanto más —dijo Marco.

—Córrete —susurré con la voz quebrada.

—Ahhhhhhhhh —gruñió.

Me corrí con él, mirándolo a los ojos, mientras pronunciaba las tres palabras que nunca me atreví a decirle:

—Marco, I like you.

Salieron de mi boca sin permiso. Se me escaparon como se escapa la arena entre los dedos. Marco me miró con cara de circunstancia, sin saber qué responder. Así que me adelanté.

—No hace falta que digas nada. No espero respuesta.

—Ale —me dijo cogiéndome de la barbilla—. No pongamos etiquetas, simplemente disfrutemos esta noche, que nos pertenece, a nosotros y a nadie más. Sin palabras, solo emociones.

—Tienes razón. Pero tengo una nueva condición.

—¿Cuál? —dijo Marco extrañado.

—Que te quedes toda la noche en mi cama.

—Me parece bien, pero yo también tengo una condición.

—Sorpréndeme —repliqué.

—Que veamos el amanecer.

—Me gusta tu condición. ¿Dónde quieres ir?

—Podemos ir a orillas del Támesis, a la altura del Millenium Bridge.

—Me parece genial —dije mientras me incorporaba para coger el rollo de papel higiénico que tenía sobre la mesa para limpiar el semen que resbalaba por mis piernas.

—Vístete, Ale, y andiamo.

CUANDO AMANECE

Cogimos las bicicletas públicas de Barclays y rodamos desde Archway hasta Fleet Street, una calle colindante a St Paul's Cathedral. Fue media hora de camino. Las temperaturas eran gélidas, pero no había nada de niebla. Las calles estaban completamente vacías, la noche y la ciudad eran nuestras. El viento soplaba de cara y a pesar de que era helado, me hacía sentir más viva que nunca. Aparcamos las bicis en sus bases, que tardaron en reaccionar por el frío. Marcó sopló sus manos, vestidas con guantes de lana granate, como el gorro que se colocó tras aparcar la bicicleta. Yo me había puesto una trenca verde que me llegaba hasta los pies y un gorro granate, a juego con el de Marco. Pura casualidad, pero quizá era una señal. Mezcla de rojos y negros. Pasión y aflicción.

—We made it —dijo Marco chocando su mano contra la mía. Después se agachó, haciendo una reverencia—. Bienvenida a un nuevo día, en nuestra ciudad de paso —exclamó.

—Queda media hora para el amanecer. Ojalá esta noche no se acabe nunca —musité, frotando mis manos para entrar en calor.

—Todo lo que empieza, acaba, esa es la razón de la vida —contestó Marco de forma tajante.

—No tengas tanta prisa.

—No, no era mi intención —dijo riendo. Me refiero a que todo es cíclico. Sin fin, no hay principio. Esta noche se acabará, pero mañana será un nuevo día.

Caminamos hasta el Millenium Bridge, un puente colgante de acero que cruza el río Támesis. Es uno de mis lugares favoritos, tiene las mejores vistas de la ciudad. A un lado St Paul's Cathedral, y al otro, el famoso museo de arte moderno, el Tate Modern. A los pies del puente, el Támesis, y unas increíbles vistas a la ciudad de la que estaba ya enamorada hasta las trancas. Marco y yo nos sentamos en el suelo, a pesar de estar helado.

—Baby, el mundo a tus pies —dijo Marco.

—Y el cielo en tus manos —repliqué, pensando que él tenía la llave de ese paraíso inquebrantable.

Marco no quiso responder a mi indirecta, prefirió callarme con un beso. Un beso que se alargó durante minutos, hasta el amanecer, bajo el reflejo de la luz naranja. Marco me revolvió el pelo, me metió un mechón detrás de la oreja, y me susurró al oído:

—Thanks for today.

—Today will never end —contesté.

Dio un pequeño salto para levantarse y me ofreció su mano para que yo pudiera hacer lo mismo.

Me agarró de forma suave por la cintura y me regaló un beso carnosos. Yo me colé debajo de su brazo. Paseamos a orillas del Támesis hasta llegar a las Tower Bridge y admirar su ingente belleza, que resplandecía aún más con los tintes naranjas del amanecer. Bajo el Tower Bridge me dio el último beso y pronunció las palabras que resonarían en mi cabeza durante días:

—Ojalá no hubiera amanecido.

No fui capaz de contestar. Solo pude abrazarlo y ver cómo desaparecía en la lejanía. Nuestros caminos se dividieron. Él se fue andando y yo cogí la District Line en la parada de metro de Tower Hill.

El vagón estaba desierto, lo único que sonaba eran sus palabras en mi cabeza. A pesar de haber sido la mejor noche de mi vida, me volví a sentir vacía. Por alguna razón, sabía que aquella podía ser la última noche, pero no podía hacer nada ante ello, más que escuchar canciones tristes para ponerme aún más triste. The Smith siempre era una buena opción. Everyday is like Sunday. Everyday is silent and grey tarareaba mientras lloraba, ensimismada y desconsolada en mis propios pensamientos, en un vagón que me llevaba a cualquier lugar, menos al que de verdad quería ir.

LA DECISIÓN MÁS DIFÍCIL

No había pegado ojo pensando en Marco y en cómo me había desahuciado la personalidad. Fue entonces cuando me di cuenta de que ya no podía más. No podía seguir comportándome según sus ritmos y formas, esperando sus señales para poder actuar, sin preguntarme antes qué quería yo. No podía seguir así. Pensando en él, allá donde fueran mis ojos y mi cabeza. Yo no existía ya, ¿quién era yo? Si solo pensaba en él. Encima me había vuelto una cursi, joder. Tenía que plantarle cara y decirle todo lo que sentía. Solo así podría despejar la incógnita en esta ecuación. Así que me armé de valor y le mandé un mensaje de texto:

Ale:

Hola, Marco. Me gustaría hablar contigo sobre algo importante. Cuando tengas hueco, ¿podemos quedar? Gracias.

Releí el mensaje mil veces antes de enviarlo. Sonaba un poco dramática, pero quería ser lo más asertiva posible para tener la oportunidad de quedar con él. Marco contestó al segundo.

Marco:

Are you ok?

Seguro que se pensaba que estaba embarazada. Intenté tranquilizarlo.

Ale:

Sí, todo bien. No te preocupes, nada grave, es solo que necesito decírtelo en persona. Solo quiero hablar contigo, porque siento que necesitamos, o necesito, una conversación. Y prefiero que sea más temprano que tarde. No dramas. LOL.

No sé por qué metí el LOL del final, supongo que para quitarle importancia, aunque para mí ese mensaje conllevaba una gran comedura de cabeza. En ese momento hubiera deseado que existieran pastillas para la amnesia. Me habría tomado cinco, como si fuera una estrella de

Hollywood, poniéndolas debajo de la lengua, buscando una sobredosis de olvido. Deseaba quedarme inconsciente y olvidarme de quién era Marco Moretti.

Escribiendo...

Marco:

Estoy en la residencia ahora. Entro a currar a las 14h, así que si quieres desayunamos juntos en el Starbucks de Holloway.

Ale:

Perfecto, pues a las 10:30 allí.

Todavía no había hablado con él y ya me estaba arrepintiendo de lo que le iba a decir. Al final iba a mandar a la mierda esta relación por mis impulsos. O no, porque realmente no podía más. Tampoco quería que me prometiese amor eterno. Solo necesitaba saber qué sentía. No podía estar pensando cada segundo de mi vida en una persona, sin saber si era correspondida.

Marco no fumaba, y seguro que odiaba que yo lo hiciera, pero estaba muy nerviosa. Me senté en la terraza de la cafetería. El camarero se acercó, y cuando le pedí el café, noté que mi voz estaba temblorosa. Encendí un cigarro tras otro para intentar calmarme antes de soltar el discurso a Marco. De repente, una sombra gigantesca se posó sobre mi cuerpo. Supe que era él.

—Hola, Marco. ¿Cómo estás? —sonreí a medias.

—Bien, pero me tienes un poco preocupado.

—Siéntate, no es nada grave. Te lo prometo.

—Soy todo oídos —dijo tocándose las orejas, grandes, como el resto de su cuerpo.

—A ver, Marco, necesito hablar contigo porque llevo varios días dándole vueltas a algo, y quería decírtelo lo antes posible para dejar las cosas claras.

—OK.

—Pues eso, que... No sé en qué dirección vamos, Marco, pero sé que quiero ir contigo. Lo tengo claro desde hace tiempo. Y me gustaría que me aclarases si tú quieres venir conmigo o si vas en otra dirección.

—Ale, me gustas, y eso es innegable, pero no sé si estamos en el mismo punto. No he venido a Londres a tener novia, la verdad. No entra dentro de mis planes.

Marco, tan calculador como siempre, le faltaba sacar una escuadra y un cartabón para trazar la

relación de amor perfecta.

—Ya, yo tampoco lo buscaba, pero es lo que tienen los sentimientos, que se encuentran, no se buscan.

—Creo que ya sabes bien cómo soy. Yo he venido aquí a sacar dinero y a aprender inglés, pero cuando cumpla con mis objetivos, me iré, Ale. Y no sé si lo recuerdas, pero yo vivo en Milán y tú en Madrid. Nuestra relación fuera de esta ciudad sería casi imposible.

—No opino lo mismo. Si estuviéramos juntos encontraríamos un lugar para vivir. Pero da igual, Marco, no he venido a convencerte. He venido a contarte lo que siento, porque yo soy así, transparente.

—Y directa, Ale, eres muy directa.

—Lo soy, pero no quiero perder el tiempo.

—Sé cómo me siento cuándo estoy contigo, y podría callarme y alargar nuestros encuentros. Al final, esto va de pasárnoslo bien.

—Pero a mí este juego ya no me divierte, porque me gustas, Marco.

—Lo siento, Ale, pero ya te he dicho lo que pienso. Creo que es mejor dejarlo aquí. Hablamos, ¿vale? —dijo levantándose de forma brusca de la silla.

—No te preocupes. Eso sí, olvídate de mí...

—Si es lo que quieres.

—¡Vete a la mierda!

—Ciao, Ale.

Y se alejó, para no mandarme a mí también a la mierda. Me quedé sentada unos minutos mientras me daba cuenta de que estaba aún más vacía, como si fuese un recipiente al que le habían derramado todo el líquido que tenía dentro. Igual así me podía arrastrar con la lluvia de Londres, o ser tormenta, para descargar mi furia en esta mañana tan violenta.

Me encendí otro cigarro y me quedé mirando a la nada, enfocando mis pensamientos hacia la rabia que sentía impregnada en el cuerpo, como si fuera una capa de piel que iba dejando por el suelo. Con la pena no pude hacer lo mismo, lo inundaba todo. Mis articulaciones se movían como una marioneta sin hilos, empujadas por la inercia de la desidia, que me remolcó hasta la puerta de la residencia. Di una última calada al cigarro, como si fuera lo único que me otorgase algo de aire, abrí la puerta, y me arrastré por las escaleras, como un reptil, hasta llegar a mi habitación, para esconderme entre las sábanas.

HAPPY NEW YEAR!

Treinta y uno de diciembre de 2011. Quedaban unos minutos para acabar el año. Paula y yo decidimos hacer algo histórico, y fuimos a ver los fuegos artificiales al Westminster Bridge, justo en la acera de enfrente del London Eye. Podré contar a mis hijos que cuando viví en Londres asistí al prestigioso espectáculo de los fuegos artificiales e hice la cuenta atrás con el sonido de las agujas del Big Ben. Nosotras somos mujeres de tradiciones, y por eso, nos llevamos las uvas e hicimos la cuenta mental de las campanadas. Como buenas supersticiosas, llevábamos bragas de encaje rojo, una lista de doce deseos para quemar y una botella de champán para brindar por el año nuevo. El espectáculo visual fue increíble, imposible de retener en la memoria, saturada por tanto estímulo visual. «¿Qué nos deparará el 2012?», pensé al abrazar a Paula para celebrar el año que entraba.

Después de los fuegos, improvisamos un plan, porque no teníamos nada, y solo nosotras nos atrevimos a meternos entre el tumulto, la gente de la resi prefirió ver los fuegos desde casa. Pero nosotras queríamos hacer algo memorable, y vestirnos para la ocasión; nos habíamos puesto vestidos largos y despampanantes. El mío era rosa chicle, y el de ella, rojo carmín. Cuando la gente se fue diluyendo por las calles, apareció un hombre de origen pakistaní con un carro de madera, tirado por una bici. Nos pareció la mejor idea para ir a Fabrik, que era la discoteca en la que habíamos decidido pasar la noche. No pudimos parar de reír desde el mismo momento de subir al carro. Aparecer en una discoteca de música electrónica, presumiblemente llena de pastilleros, montadas en un carro de ese tipo nos parecía la idea más friki del mundo. Las risas fueron tales que, del movimiento que provocaban nuestras convulsiones, pinchamos una rueda. El señor conductor se enfadó mucho con nosotras y tuvimos que salir corriendo, así que el tramo final a la discoteca lo recorrimos descalzas, incapaces siquiera de andar con tacones. Entramos a Fabrik, pero estuvimos solo un par de horas, suficientes para las «puti vueltas» de rigor. En realidad, ninguna de las dos estaba pensando en ligar, teníamos la cabeza en otro lugar. El ambiente tampoco acompañaba, la gente estaba fuera de órbita ese día. Así que decidimos volver a casa, no sin antes pasar por la convenience store, que tenemos al lado de resi, para comprar unas patatas fritas. Pensé entonces que el señor que regentaba ese badulaque era la persona que más me conocía de Londres. Me había visto ya en todas las situaciones: guapa para comprar cervezas, de resaca y en pijama, depre para comprar helado... Él sí que estaba siempre ahí, 24 horas, no como otros, que no aguantan ni una noche entera. Bienvenido 2012, grité antes de acostarme.

MADRID

Había decidido que quería pasar el día de Reyes en Madrid. Tenía mucha morriña de España, de ver a mi familia y mis amigos, y conseguí juntar tres días de vacaciones para poder hacer una escapada. Mi padre me vino a buscar al aeropuerto. Ahí estaba él cuando abrieron la puerta de Llegadas, esperando con su bolso bandolera colgado del hombro, los brazos cruzados y la mayor de las sonrisas.

—¡Papá! —grité a lo lejos—. Te he echado de menos —exclamé mientras lo abrazaba como un osito.

—Mi pequeña, qué bien tenerte aquí, aunque sea un par de días.

Me puse de copiloto y tuve unas enormes ganas de llorar al sentir que el sol que traspasaba por la ventana, calentaba. No era como el sol gélido de Londres que, aunque hiciera una mañana espléndida, jamás penetraba el cuerpo. El de España sí, un sol de enero, de esos que atraviesa la ventana y calienta hasta el alma.

—Súbeme la radio, papá —dije, casi con lágrimas en los ojos.

Cuando llegué a casa, mi madre estaba cocinando paella, mi plato preferido. Me abrió la puerta con el delantal puesto y me dio un abrazo inmenso, envuelto en olor a azafrán.

—Mi chica, qué guapa estás, pero qué delgada, ¿comes bien? Ale estás muy blanca, te tiene que dar más el sol, tendrás que tomar vitamina D. ¿Y ese pelo? ¿Te has hecho algo?

—Mamá, stop con esta inquisición. Estoy bien. Estoy perfecta. Estoy mejor que nunca. He adelgazado porque no paro de trabajar. Y el sol... pues qué le puedo hacer, vivo en Inglaterra, por si no te habías dado cuenta. Y lo del pelo tienes razón, ¿me llevas a la pelu?

—Mi niña... Mañana te compro unas vitaminas y llamo urgentemente para que te cojan en la pelu de la Merche.

Después de saludar a mi madre fui directamente al frigo, para sentir la satisfacción de verlo lleno. Estuve mirándolo durante unos segundos, como si fuera una obra de arte. Había de todo: salsas a la derecha, un surtido enorme de quesos y embutidos, tomates de la huerta (de los que saben a tomate, no como las bolas de billar de Londres que son insípidas), pepinos, lechuga, pimientos, patés y dips untables... ¿Se puede echar de menos un frigo? La respuesta es un rotundo sí. Aunque esto no se lo puedo confesar a mi madre.

Dejé las maletas en mi habitación, con la extraña sensación de que ya ni siquiera me pertenecía. Habían pasado solo cuatro meses, pero me sentía una persona completamente diferente. ¿Tanto me había cambiado Londres? Miraba mi habitación con ojos de turista. Estaba llena de libros, fotos y una colcha de mil colores. Mi esencia seguía siendo la misma, pero no sentí esa conexión.

Esa ya no era mi habitación, prefería la de Londres, quizá por la libertad que me inspiraba vivir allí. Cuando fui al salón, lo primero que hice fue poner la tele y sentarme a ver La ruleta de la suerte. Eso sí que era casa. Algo tan cotidiano como estar en el sofá tranquila, rodeada de los tuyos, hablando sobre la vida mientras te comes una tapa de boquerones en vinagre, y gritas “la lengua tiene papilas gustativas” a la tele, para ver si Juli (el concursante) pasa el panel final y se lleva el coche. Mi hermana Virginia era tres años mayor que yo, siempre hemos tenido muy buena relación, pero somos polos opuestos, ella era más casera, le gustaba mucho pasear, ir de tiendas, descubrir restaurantes nuevos. Todo ello, de la mano de mi cuñado Andrés, que llevaban un montón de tiempo juntos. Tanto que no me acuerdo. Me hizo mucha ilusión verlos llegar, y pasar la mañana con ellos, porque desprendían mucha paz. Me prometieron que vendrían a verme a Londres.

Comí todo con mucha ansiedad; la empanada, el jamón, la paella y la tarta al whisky. Devoré cada miga, que se me indigestó durante toda la tarde, ya que cuando vives fuera, no tienes tiempo ni de echarte la siesta. El día es un ZIP de planes comprimidos. Por la tarde fuimos al centro, a ver el árbol de Ágatha Ruiz de la Prada, los puestos de la Plaza Mayor y las luces de la Calle Alcalá. Por la noche quedé con mis amigas en casa Camacho para bebernos unos yayos, una bebida de tiempos inmemoriales. Se llama así, porque nuestros yayos ya lo bebían. Mi grupo de amigas se autodenomina “las berenjenas fritas”, porque estábamos todas colgadas de una lámpara. Hablábamos el mismo idioma, que nadie entendía: “Está tururu mambru”, “Vas troncha perdida” “Menuda chana”. Y eso que nuestro nexo común era la Universidad, no el barrio. Ese día solo pudieron venir la Susu, Sara, y Yolanda, quien por cierto, también vivía en Inglaterra, trabajando de Au Pair, y estaba planeando mudarse conmigo, en cuanto mi habitación se quedara libre.

Fuimos, como era costumbre, a la discoteca Ocho Medio, a la cual siempre entrábamos con las listas de Laura Morán. Típica amiga que llegamos a perder contacto con ella, pero no con sus listas. Nos bebimos varios JaggerBoom, y reventamos la sala con risas y bailes. Echaba mucho de menos las noches de Madrid, y a mis amigas del alma, pero ahora tenía otra vida: vivía en un lugar con una hora menos, moquetas, pintas tiradas en las moquetas, museos gratis, un cielo encapotado, gente moderna, y a él, que eclipsaba todos mis recuerdos.

Fui muy feliz estos días en Madrid. Me encantaba que todo siguiera igual, que las manecillas del reloj se parasen de vez en cuando y no sentirme extraña en un lugar que seguía siendo mi casa. Pero deseaba coger de nuevo el avión y volver con más fuerza que nunca. Iba a por todas. Solo necesitaba un respiro para darme cuenta de lo que verdaderamente quería y empujarme aún más a hacer mi sueño realidad. Tenía muchas cosas pendientes e iba a por todas ellas; aprender inglés, ganar seguridad, y conocer a gente que me llenara el corazón.

VOLVER

Tras comprar varios paquetes de tabaco en el Duty Free y desayunar un bocadillo de jamón en el aeropuerto, me dirigí a la puerta de embarque para coger el vuelo de las seis y media de la mañana con destino Heathrow. No pude echar una cabezadita en el avión, de las ganas que tenía de pisar de nuevo suelo londinense. Así que, haciendo honor a mi querido país de residencia, me pedí un té inglés para sobrellevar el vuelo. Una vez aterricé en Londres, recogí mi maletita de fin de semana y pillé el tren exprés hasta la estación de Paddington, donde tomé un bus con destino Archway.

Caminé toda la avenida hasta llegar a casa, con una sonrisa de oreja a oreja, admirando lo bien cuidado que tenían el césped algunos vecinos. Abrí la puerta de la residencia, fui corriendo a la cocina para ver si había alguien y me encontré con Jairo y Paula, que me habían preparado el desayuno para darme la bienvenida. Cogí carrerilla y me abalancé sobre ellos como si no los hubiera visto en meses.

—Ale, no aprietes tanto, que me estás haciendo daño —recriminó Jairo.

—Lo siento, es que no sabéis las ganas que tenía de abrazaros de nuevo. Os he echado tanto de menos.

—Han pasado tres días, no tres meses.

—Os juro que me lo he pasado genial en Madrid, pero solo pensaba en volver y estar con vosotros.

—Mi hermanita, di que sí, que yo te he echado infinito de menos. Un día más sin ti y me muero —aseguró Paula.

—¿Ha pasado algo emocionante estos días? —pregunté.

—No te lo vas a creer, pero ayer nevó un poco. Muy poco, pero fue realmente mágico. El patio acumuló algunos copos de nieve y se creó una estampa preciosa —describió Paula.

—¿Pero llegó a cuajar algo? —pregunté.

—No, no te preocupes, no nos dio tiempo a hacer muñecos de nieve, si es lo que te preocupa —rio Jairo.

—Menos mal. Oye Jairo, y ¿se sabe algo de tu primer concierto? —pregunté ilusionada.

—Tía, estoy mirando salas, porque quiero que nos escuchéis en directo, pero me da que hasta el año que viene, no voy a tener suerte —dijo Jairo, mientras cortaba el huevo poché, y este se desmoronaba por toda la tostada.

—¿En serio? Ay, dios mío, me muero de ganas. Podemos ir haciendo un videoclip, mientras tanto.

—No vas muy desencaminada, quiero grabar uno, antes de hacer directos, pero todavía queda. Roma no se construyó en dos días.

Después de desayunar subí a la habitación para pegarme una ducha rápida y arreglarme para ir a trabajar. Camiseta de manga larga verde, vaqueros elásticos y botas de color caqui fueron las prendas elegidas. Me alisé el pelo y me lo recogí en una coleta baja, para que no me molestase al trabajar. Cuando cogí el metro noté que el ánimo era un poco decadente. Quizá porque la Navidad se había acabado y había que volver a empezar. «La vida es cíclica», como decía Marco. A mí me ponía feliz estar de vuelta y empezar de cero. Pero los ingleses parecían tener el ánimo por los suelos. Mis compañeros de la tienda vibraron en la misma frecuencia ese día. Muchos habían vuelto de las vacaciones por sus respectivos países (en su mayoría España, Italia y Polonia). Al principio fueron abrazos y sonrisas de reencuentro, pero pronto el ánimo viró en cansancio y languidez. Yo estuve casi todo el día escondida en el almacén. Apenas coincidí con Javi y Aitor, que eran quienes alegraban mis días. Pero sí lo hice con Alex, en el ascensor.

—Espera, espera —grité desde el pasillo para que sujetara la puerta y pudiera subir al almacén con él.

—Esta espera tiene un precio, lo sabes ¿no?

—Sí, esta espera supone que nuestra amistad ha subido de nivel —dije irónicamente, haciendo una señal con las manos mientras el ascensor se elevaba.

—Todavía no hemos llegado, puede que se desplome.

—Lo dejo en manos del destino entonces —contesté.

Alex hizo un amago de parar el ascensor.

—Quizá es mejor parar aquí y descubrirlo por nosotros mismos.

—¿Eres siempre tan directo o te guardas alguna sorpresa para el final? —pregunté.

—Yo mismo soy la sorpresa, pequeña.

Solté una carcajada muy sonora, mientras el ascensor se abría. Paré en seco y me acerqué a su boca para decirle:

—Me parece que; perro ladrador poco mordedor.

—Ya sabes que cuando quieras, probamos. Soy todo tuyo, nena.

—Mucho tiene que llover, querido.

—Bueno, estamos en Londres. Me parece a mí que no será tan difícil. ¿Algún otro refrán que quieras añadir a esta conversación? —dijo Alex con sonrisa pícara.

—Sí, que... el que la sigue la consigue —susurré, sucumbiendo a la rueda seductora en la que habíamos entrado.

—Uff, no me digas eso nena, que me vuelvo loco.

—Bueno, tampoco te hagas tantas ilusiones. Dejémoslo en «nunca digas nunca».

—No juegues con mis sentimientos, Ale. Prefiero quedarme con el refrán anterior, así que prepárate, porque voy a sacar mi artillería pesada —dijo mientras se alejaba por el pasillo para ir a los vestuarios. Yo me adentré de nuevo en el almacén para seguir cogiendo las prendas que faltaban en la tienda y reponerlas.

Bego apareció cantando por los pasillos. La podía escuchar en una lejanía que iba recortando lentamente con sus pasos.

—Gordi, ¿tienes plan hoy? —me preguntó.

—No, ¿me ofreces alguno?

—Piensa, ¿qué día es hoy?

—Domingo —contesté mientras desdoblaba una camiseta

—Bingo. Y los domingos cariño, se va a Brik Lane. Estamos planeando tomarnos unas birras en el 1001. ¿Te hace?

—Claro es mi sitio favorito de Londres —confirmé super emocionada. Lo único es que no me he traído nada de ropa.

—Mejor, esos son los días que más se liga.

—Tienes razón. Voy a avisar a Paula, también, para que se venga —dije mientras sacaba el móvil que tenía escondido en el bolsillo.

—Quedan quince minutillos para cerrar la tienda, y el floor parece que está bastante limpio, así que no creo que tardemos mucho en salir.

—Perfecto, te espero pintándome los labios entonces —agregué, mientras Bego desaparecía por el ascensor.

Este tipo de planes eran mis favoritos. Los que surgen, sin premeditación, simplemente ocurren. El ánimo de la gente ese día estaba bastante apagado, así que supuse que todo el mundo querría tomar una cerveza para cambiar de tercio y sentirse mejor. Yo siempre he pensado que un mal día se soluciona con un alcohol, como si la pena resbalara con un trago.

BRIK LANE

Brik Lane, el corazón del East End y mi lugar favorito de la ciudad. Este barrio bengalí convive con tiendas de segunda mano, hipsters, mezquitas, afters, gastronomía, mercadillos, y españoles, muchos españoles. La combinación es tan variopinta como excepcional. Su olor es inconfundible: a curry. Puedes tropezar con los mejores restaurantes indios y saborear las samosas más picantes de la ciudad. El olor es más intenso si provienes de Aldgate o de Liverpool Street. Por estas calles se encuentra la Iglesia de Spitalfields, escenario de las correrías de Jack el Destripador. Y justo enfrente está el Spitalfields Market, un mercado guay de artistas amateur y perfecto para comprar flores los domingos. La otra opción para llegar aquí es el overground hasta Shoreditch. Al salir de la estación había una caja de zapatos gigante, que escondía tiendas de Nike en su interior. A este lado del East End se celebraba el Sunday Up Market, ideal para comprar cualquier cosa que se te pasase por la cabeza: comida orgánica, muebles, ropa de los 80, discos, patatas, cámaras, bicis, cadenas y libros. Por la noche, las callejuelas que vienen de aquí y de allí tejen una red de vías y callejones, donde se esconden desde los pubs más típicamente londinenses hasta las tiendas más modernas, pero, sobre todo y sin lugar a duda, las mejores fiestas.

Nuestro punto de quedada solía ser el puente del Old Truman Brewery, una antigua fábrica de cerveza que acogía más de doscientas tiendas y bares. Justo debajo del puente estaba el acceso al café 1001. Era una mezcla entre cafetería y club. La cafetería tenía un ambiente alternativo pero tranquilo, típico de estudiantes con portátil robando wifi. Las paredes eran rojas y los sofás estaban un poco destartalados, pero le daba un toque grunge. La sorpresa venía cuando abrías la puerta trasera y accedías a una sala totalmente oscura, solo iluminada por los flashes de discoteca, rojos y verdes, que te cegaban nada más entrar. La música era envolvente y la gente bailaba como si no existiera un mañana, al ritmo de las canciones tecno-electro, pinchadas por los mejores dj's internacionales. De esos sitios donde el sonido retumba en el corazón.

Justo enfrente del 1001 estaba el Rouch Trade, la mejor tienda de vinilos de la zona. Londres era una ciudad de melómanos, y así lo demostraban este tipo de sitios, que reflejaban la cultura musical del país que ha sido progenitor de artistas como los Beatles o los Rolling Stones. Esta tienda era excepcional; el exterior estaba decorado con carteles anunciando las últimas novedades y cientos de fotos polaroids. En el interior había una pequeña, pero muy acogedora, cafetería, miles de vinilos y un fotomatón en el centro, que hacía fotos en blanco y negro. También vendían preciosas tote bags con el logotipo del sello discográfico.

El final de esta callejuela tan especial estaba ocupado por el Big Chill, un bar que, como su propio nombre indicaba, era más calmado. Tenía una terraza llena de mesas de madera, donde se concentraban las pintas y los fumadores. Solían tener espectáculos en directo, o dj's pinchando Reggae. Los cócteles estaban super ricos, sobre todo el gingerbread sour. Lo sé porque lo robé una vez. Mi economía solo daba para beber cervezas.

Nosotros habíamos quedado debajo del puente, para tomar unas birras tirados en el suelo, y luego ya entrar en el 1001. Era nueve de enero y hacía un frío helador. Pero daba igual que

lloviese o nevase, las cervezas antes de entrar, sentados en el suelo, eran sagradas. Nada como unos guantes y un buen gorro de lana para luchar contra las gélidas temperaturas y la niebla.

La calle estaba llena. Los domingos eran días de mercadillo y de comida exótica servida en envases de cartón. Todas las tiendas de la ciudad cerraban a las 6pm, así que la gente que trabajaba en retail y hostelería aprovechaba estas tardes como si fueran viernes.

Había un secreto implícito: las noches de Brik Lane se sabía cómo empezaban, pero no cómo acababan. En estas callejuelas de ladrillos, todo podía pasar; escondían un abanico de aventuras. Si giras a la izquierda, está el hombre de tu vida, si abres esa puerta, la mejor fiesta, si sigues dos metros al frente puede que te encuentres con alguien conocido. Tú eras el main character de tu propia novela, porque siempre había algo que contar.

Paula llegó un poco más tarde porque tuvo una prueba como dishwasher en una cafetería. Cuando llegó, lo hizo oliendo a pollo frito.

—Ale, ven un segundo —me dijo nada más llegar.

—Tía, apesto a pollo frito, ¿tú lo hueles también? —preguntó asustada, mientras se olía a sí misma.

—¿Quieres la verdad o la mentira por omisión?

—Sé sincera, por favor —suplicó con las manos entrelazadas.

—Confirmo tus sospechas. Hueles un poco a pollo frito —aclaré, mientras la husmeaba.

—Es el pelo, ¿verdad? —preguntó asustada.

—Es normal, Paula, te ha cogido un poco el olor de estar en la cafetería. Pero lo importante no es eso; es saber qué tal te ha ido la prueba —aseguré con convicción.

—Pues creo que estoy contratada. Mañana tengo otra prueba, pero todo apunta a que les he gustado —aseguró, enseñando el sobre con la paga del día.

—Eso es lo importante, Pauly, ¡que estás a punto de conseguir tu primer trabajo!

—Tía, que voy a ser lavaplatos. Esto no lo puedo contar en Málaga —dijo Paula entre risas.

—Qué más dará. Lo importante es pagar las facturas, y que podamos vivir en Londres. Estar aquí es nuestro gran sueño, ¿recuerdas?

—Tienes razón. ¡Tenemos que celebrarlo!

—Además, seguro que ligas, este tipo de cosas no fallan. Es como cuando te pones bragas feas: hay como una ley de la atracción implícita.

—Desde que pasó lo de Gregory no he pensado mucho en ligar, la verdad.

—¿Tú crees que volverá? —pregunté intrigada.

—Confío en que lo haga. El día de año nuevo, cuando hablamos, me prometió que en cuanto terminase el tratamiento vendría a verme.

—Este Gregory es demasiado perfecto —contesté resoplando.

—La verdad que sigo pensando en él.

—Voy a mandar un mensaje al universo para que se recupere pronto —alcé mi birra e hice un brindis.

—Por ti, amiga, que estás a punto de iniciar tu verdadera andadura en esta ciudad. Y por Gregory, que lo tendremos entre nosotros antes de lo que esperamos: CHEERS!

Paula alzó su cerveza y brindamos con una sonrisa en los labios. La vida en Londres empezaba a coger forma. A pesar de que no fuera el trabajo de sus sueños, me alegraba infinitamente que Paula comenzará a tener ingresos.

El ambiente estaba efervescente, y las birras sentadas en el suelo se fueron sucediendo una tras otra. Yo me compré un Chupa-Chups para contrarrestar el sabor amargo de la cerveza. Alex se sentó a mi lado y empezó a acariciarme la mano. Bego, que estaba sentada en frente de mí, se dio cuenta del movimiento y no pudo aguantar la risa.

—Alex, tú tan disimulado como siempre —gruñí, apartando mi mano de la suya.

—Cariño, no pretendo ser disimulado, pretendo que todo el mundo vea que quiero darte la mano —asintió con convicción.

—¿Y se puede saber cuál es la razón por la que quieres que todo el mundo te vea? —pregunté mirándolo a los ojos.

—Porque me tienes loquito, Alejandra de mi corazón. ¿Cuándo te vas a dejar seducir por mis encantos? —dijo, mientras yo me ruborizaba con su espontánea declaración.

—Alex, somos compañeros de trabajo, ¿recuerdas? —manifesté, en un intento de aplacar su pregunta.

—Que yo sepa eso no es un delito —rebatí sin apenas darle tiempo a pestañear.

Bego y Paula, que estaban siguiendo la conversación, hicieron el amago de levantarse del corrillo para llamar la atención del resto y salvarme de la incómoda situación. Alex me atraía, eso estaba claro, pero seguía pensando en el fucking Marco. Además, nunca me había liado con un compañero de trabajo, y eso complicaba mucho las cosas. No se quedaría en un «aquí te pillo, aquí te mato», porque al día siguiente tendríamos que vernos las caras, y sería muy violento, para los dos. Era mejor mantener las distancias, o por lo menos la distancia que la cantidad de cervezas que me había bebido me permitía poner entre los dos. Que la verdad, no era mucha. Finalmente, nos levantamos todos del suelo y fuimos al 1001. Hicimos algo de cola, lo típico.

Nos pidieron el DNI a la entrada y nos cachearon a todos los bolsos. En el mío solo encontraron tabaco de liar desperdigado por el interior. Entramos Paula, Bego, Alex y yo primero, y en una segunda tanda, Aitor, Javi y un par de compis italianos. Esa noche había una sesión cósmica, con muchas luces y una energía en la música que latía con una vibración especial.

Esperamos a que entrasen todos para ir a la barra y hacer lo que siempre hacíamos: pedir una ronda de chupitos de Jägermeister. En el ámbito de las borracheras éramos bastante pragmáticos, y nada como un jägger para subir a los altares en el reino de la embriaguez. Tras bebernos el chupito y pedirnos una pinta, nos adentramos en el tumulto de personas que se movían al ritmo de la música. Sorteando empujones y salpicones de cerveza, nos colamos en primera fila, donde los bailes gozaban de mayor descaro. La música se adentraba en la garganta, como una mariposa que se colaba por la ventana. Mientras bailábamos como si no hubiera un mañana, miré a mi alrededor y pensé: «que no se acabe nunca este momento, ni la birra ni la compañía». Me parecía todo mágico: las luces, los bailes, las sonrisas. Todos estos elementos me envolvían y embriagaban de placer. Quizá el chupito tenía algo que ver, pero sentí felicidad en estado puro. Alex aprovechó mi embelesamiento con la vida para agarrarme de la cintura, y yo me dejé. Me apetecía que toda esa felicidad acumulada de forma abstracta se manifestara en un placer tangible y carnal.

—Ale, eres mágica, lo sabes, ¿no? —susurró Alex a mi oído, mientras balanceábamos nuestros cuerpos a la par.

—¿Y qué me hace ser tan mágica, según tú? —pregunté haciéndome la interesante.

—Tu sonrisa, la veo y me hace feliz. Y si eso no es magia, que me digan entonces qué es.

Su frase me conmocionó un poco. Este chico estaba ganando demasiados puntos, a ritmo de velociraptor, diría yo. No supe qué contestar, me había pillado con la guardia baja, así que le sonreí, que era lo que hacía cuando no sabía qué decir. Alex no se rendía fácilmente, y a pesar de que yo estaba intentando construir una pequeña barrera, supo fácilmente cómo derruirla: con alcohol y palabras que no valían nada. Me cogió de la mano y me llevó de nuevo a la barra. Allí, además de pedirme otro chupito y una birra, me estuvo tirando flores hasta hacerme creer que estábamos en primavera.

—Te brillan los ojos, princesita —exclamó Alex acariciándome la cara.

—Es lo que tiene beber alcohol, que te pone los ojos vidriosos.

—Ese brillo tiene otro nombre, bonita —alegó Alex.

—Sí, tiene un nombre: felicidad. Pero felicidad de estar aquí, de bailar, de estar con vosotros.

—¿Y de estar conmigo? —reclamó, dando un paso más al frente.

—Con vosotros, con Paula, con Bego, con los chicos, y contigo, claro. Pero contigo como parte del vosotros.

—Me conformo con ser responsable de una pizca de tu felicidad.

El ambiente se estaba tensando, Alex cada vez se iba acercando más y yo me iba alejando menos. Una parte de mí quería fluir y dejarse llevar, pero no quería cagarla. No quise tontear más con él, porque estaba jugando con fuego, así que consideré que lo mejor era desaparecer, que en el fondo es lo que mejor se me daba, irme sin dar explicaciones.

HOLLOWAY ROAD

La residencia siempre olía a pintura y humedad. Ese olor me ponía contenta, porque me recordaba a mi primer día aquí. Nunca olvidaré cuando abrí la puerta y lo vi a él, con esa mirada de niño inocente. Hoy miraba a la puerta de la cocina de la misma manera, porque Yolanda finalmente vendría en un par de días, tras anunciarle que mi compi de habitación se volvía a Corea. Pensé en su entrada a la cocina, aunque quién entró por la puerta fue otra persona.

—Ey, Ale, ¿qué haces aquí? Pensaba que estarías trabajando.

No me dio tiempo a contestar, porque segundos después se asomó por la puerta una chica, de rasgos asiáticos, pegada a la espalda de Marco.

—Ey, I'm Lana, nice to meet you —dijo, adelantándose a Marco y extendiéndome la mano desde la puerta.

Me acerqué y la saludé con un apretón de manos, mientras observaba todos sus rasgos al milímetro. Encima se llamaba Lana, como el personaje de la serie Smallville, que me encantaba. Era igual de guapa que ella: piel tersa, ojos rasgados, pelo liso como una tabla y cuerpo plano, sin ninguna curva, no como yo. Pensé que era mejor cruzar la lava de un volcán que lidiar con esa situación. Así que dije algún sinsentido, para salir corriendo lo antes posible.

—Por mí no os cortéis eh, solo quería coger un yogur. Ya me iba de hecho.

Fui a mi habitación y no pude evitar llorar, tumbada en mi cama, en donde ni siquiera había conseguido encajar la sábana bajera, lo cual me ponía aún más triste. Sabía que Marco igual no estaba enamorado de mí, ¿pero traerse a una tía a la residencia a sabiendas que yo podía verla? ZAS: hostia de realidad, y de reveses sufridos en el ring de boxeo. Tocada y hundida.

Aún escuchaba sus risas retumbar en el pasillo y eso acribillaba mi estómago. Se escuchaba cerca de su habitación, así que asumí que iban a acostarse. El termómetro del odio estaba a punto de explotar en mi cabeza. Y fue en ese instante cuando me di cuenta de la ridícula idea de amar a quien no te ama. Y de lo patético que es ser la cara B de un amor no correspondido. A veces fuerzas situaciones, y momentos, que están en tu cabeza, pero en la de nadie más. La avalancha de sentimientos me había arrollado, dejando mi dignidad sepultada en lo más profundo de mi ser, y mis bragas al fondo de una maleta, que estaba aún por deshacer desde que había llegado de Madrid. Necesitaba alcohol para superar todo esto y a Paula para que me diera un consejo. Llamé a su habitación.

—¿Qué pasa, compi? —me dijo al abrir la puerta.

—Paula, no te imaginas lo que acaba de ocurrir. Nunca me he sentido tan ridícula.

—Pero Ale, ¿qué ha pasado?

—Ha aparecido Marco por la cocina. Primero se ha llevado la sorpresa él, por verme a mí, y luego me la he llevado yo, porque no estaba solo, había una chica detrás, que era claramente su ligue.

—¿Qué me estás contando, Ale? ¿Estás de broma?

—Ojalá esto fuera una broma, Paula. No sabes lo patética que me siento. Me he pegado una panzada a llorar, estoy deshidratada.

—Ale, tranquila. No pasa nada, tú también has tenido tus ligues este tiempo, no lo condenes por eso, es normal. No te martirices, no sirve de nada. Vamos a la cocina y preparamos un aperitivo. ¿Te parece? Compramos Martini y unas patatitas. No hay nada que no se resuelva con vermú.

—Ojalá vermú de grifo de Madrid, que eso quita todos los males.

Paula me hizo sentir mejor, fue capaz de poner tirita al instante. «¿Con qué cara iba a mirar a Marco?», me preguntaba a mí misma una y otra vez. La cara es el espejo del alma, así que no podría esconder que mi reflejo era una mierda. Fuimos al súper y compramos Martinis, patatas fritas, aceitunas y hummus con zanahorias para hacer un picoteo en la cocina, y que se uniera quien estuviera por allí. Yo quería ir a la habitación y esconderme entre las sábanas, a ver si había algún agujero entre ellas para colarme por allí, pero Paula no me dejó, y me convenció para hacer una especie de fiesta de principios de año. Empezamos a preparar la comida en la cocina, que permanecía vacía, aunque se debió de correr el rumor, porque a los pocos minutos empezó a llenarse. Aparecieron Chace, Cindy, Nico y Manu. Todos nos dieron un montón de besos y abrazos y eso me hizo sentir algo mejor. Me reconfortó el sentimiento de pertenencia, el saber que me querían allí. Chace nos ayudó a preparar vermú para todos, y pusimos algo de música reggae para ambientar la cocina. Al poco, llegó él. Se había cambiado de ropa, ahora llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca de manga corta, que dejaba entrever sus tatuajes. Sus ojos tenían un brillo especial, estaba asquerosamente guapo. Me bebí el vermú de un trago y me puse la careta de «todo va bien», aunque lo que verdaderamente estaba pensando era “eres un hijo de puta”. Pero decidí que la mejor forma de llevar esto era hacer como si no pasase nada, como si no me doliese, tenía que hacerle ver que éramos amigos, que no me importaba que se acostase con más chicas y que haberlo visto con otra esta mañana no había roto mi corazón en mil pedazos, que por cierto, se habían quedado sin recoger. «Cabron. Nadie le había dado permiso para entrar dentro de mí y robarme horas de sueño. No se puede tener todo», pensé. Así que decidí dejarlo ir. Adiós. Bye. Ciao. Justo en el momento que volvía a entrar por la puerta de la cocina con su paquete de pasta bajo el brazo.

—Guys, voy a cocinar, ¿alguien quiere pasta? —dijo encendiendo el fuego.

Todos levantamos la mano, aunque yo le hubiera hecho un corte de mangas. Chace le puso un vermú a Marco mientras cocinaba pasta para todos. Yo tuve que salir corriendo al baño para simular que no lo odiaba, que no me hacía daño verlo tan de cerca y sentirlo tan lejos. Acto seguido salí a la puerta que daba a la calle para fumar un cigarro. Era una forma diferente de inhalar y exhalar, que era lo que necesitaba. Respirar. O intoxicarme. No sé qué me hacía más feliz. Paula se acercó a mí, me miró a los ojos para decirme: «todo pasa». Más tarde acabaría tatuándome esas palabras, se convirtieron en mi leitmotiv, y en mi mantra. Apagué el cigarro y

me bajé la falda, que se me había subido por encima de la cintura. Entré de nuevo a la cocina, esta vez con la mayor de mis sonrisas. No hay mejor escudo que la indiferencia. Mientras Marco terminaba de cocinar, cogí platos, cubiertos y vasos, y puse la mesa.

—Ey, Marco, gracias por cocinar para todos —dije con voz risueña.

—It's ok. Perdona si antes no te he dicho nada, es que bueno, estaba con una amiga.

—No, Marco, no me tienes que dar explicaciones. Está bien. Quiero que seamos amigos, y eso pasa por conocer a nuestros ligues, no te preocupes —mentí, forzando una sonrisa.

—Me alegra que no te moleste. Me he sentido un poco incómodo, la verdad —contestó el muy cabrón, dándome a entender que le daba igual.

—No tienes por qué sentirte mal. Ya te he dicho que no pasa nada, somos amigos, así que tranquilo —sentencié cogiendo mi plato y dejándolo con un golpe seco encima de la mesa.

Nos sentamos a la mesa y empezamos a comer los espaguetis a la boloñesa que Marco había preparado. Estaban igual de buenos que él. Manu se levantó para dar un discurso y brindar. Yo hubiera preferido salir corriendo de ahí, pero tuve que quedarme a escuchar sus palabras de agradecimiento:

—Guys, a toast for all of you, my second family!

Alzamos nuestras copas y nos dimos un pequeño abrazo grupal. Sentí la mano de Marco rodeando mi cintura y no pude evitar escupir el vermú al tragar. El roce de su piel me enardecía, así que tuve una especie de reacción corporal ante ese atisbo de afecto.

—Are you drunk? —preguntó sin preámbulos.

—No, no, es solo que no me esperaba el contacto contigo, y me he asustado.

—¿Ahora te da miedo que te toque?

—No seas bobo, es solo que no me lo esperaba.

—Me gusta que reacciones así.

Mis mejillas reaccionaron al instante con un conato de enrojecimiento, hasta que apareció Lana por la puerta, y el ardor de mi sangre se convirtió en fuego en mis venas. Verla de nuevo quemaba, y mucho. ¿Qué coño hacía ella ahí? ¿Era amiga del grupo? ¿Era la novia oficial de Marco? Necesitaba una explicación, porque estaba empezando a ponerme demasiado furiosa como para preguntar por mí misma.

Lana se sentó en la mesa, al lado de Nico. Todo el mundo la saludó como si fuera parte del grupo, lo cual me intrigó bastante. Después estuvo hablando con Cindy en francés, y esa fue la pista principal para darme cuenta de que era su amiga.

—¿De qué os conocéis? —me atreví a preguntar.

—Del instituto en París —respondió Cindy.

—¿Pero habéis venido juntas?

—No, primero vine yo, y hace una semana, Lana.

—¡Qué bien, qué suerte! —contesté con cara de asco.

Disimular no era lo mío, la verdad, aunque lo estaba intentando muy firmemente. Chace sacó una botella de Jägermeister de debajo del armario de la cocina y puso una ronda de chupitos. Me bebí tres de golpe para intentar tragarme la ira que me producía la situación. Paula me miró un par de veces con cara de «¿estás bien?», y yo afirmaba dando un trago a mi vaso, que ahora estaba lleno de cerveza. Después de la sobremesa y de varios chupitos más, fuimos al salón para poner un poco de música y bailar. Yo me debía de ir tropezando al andar, porque estaba completamente ciega. Paula intentó acercarse a Manu varias veces para hablar, pero él no le dio ninguna bola. Cada vez que ella daba un paso adelante, él daba tres hacía atrás. Pero por alguna razón que desconocía se acercaba mucho a mí, me sacaba a bailar, me sonreía, pero no había ningún ápice de sexualidad en nuestros encuentros, me daba la sensación de que buscaba a alguien cómplice de algo, que descubriría más tarde. En una de las canciones, Lana se acercó a Marco para darle un beso y él se apartó al ver que yo estaba mirando. Ese movimiento me partió el corazón. Me sentía en el centro de la diana, con miradas clavadas como dardos en mí. Salí del salón para tomar el aire y fumarme otro cigarro. Manu acudió detrás de mí.

—¿Estás bien? —me preguntó tras encenderse el piti.

No sabía si sincerarme con él, ya que era el mejor amigo de Marco y podría contarle todo lo que saliese por mi boca, pero necesitaba desahogarme con alguien.

—Podría estar mejor, la verdad —dije apartando la mirada.

—Ay, el amor, ¡qué difícil es! —suspiró Manu.

—Lo que duele es el desamor, tanto... que es indecible.

—¿Tan pillada estás por Marco?

—¿Tanto se me nota? —dije haciendo un mohín.

—Digamos que hay miradas que matan.

—Miradas, y amores —contesté atusándome el pelo.

—Si te sirve de consuelo, no eres la única que sufre por amor —remarcó Manu.

—Soy toda oídos —le dije.

—Mi historia no es tan fácil de contar como la tuya.

—Nadie dijo que la vida fuera fácil, así que te toca confesar.

—¿Estás preparada? ¡Lo que te voy a contar es una bomba! De hecho, solo lo sabe Marco, no me he atrevido a decírselo a nadie más.

—Después de mi ridículo de esta noche, no creo que haya ninguna bomba que me haga estallar.

—No sé muy bien por dónde empezar, la verdad. No es fácil —dijo con voz temblorosa—. Es algo nuevo para mí, es un sentimiento que no sé cómo afrontar, pero la historia es que empecé a trabajar en una heladería de Picadilly Circus, hace dos semanas, y conocí a un cliente. Empezó a venir todos los días, y cuando no lo hacía, me sentía raro. Así, hasta que acabó pidiéndome una cita, y quedamos.

No me esperaba para nada esa confesión, porque hacía unos meses le había tirado los tejos a Paula, pero me parecía precioso que me lo contara con esa espontaneidad.

—¿Pero habéis tenido algo o es solo un sentimiento?

—El otro día nos besamos por primera vez —confesó—. Me encantó, Ale, me encantó. Fue la mejor sensación de mi vida. Pero nunca había sentido algo por un hombre, así que no sé muy bien cómo identificarlo.

—Manu, tranquilo, no pasa nada. Déjate llevar y descubrirás tus sentimientos. Sabrás si es algo puntual, si te gustan los hombres, si eres bisexual o lo que te dé la gana ser.

—Suen a fácil, ¿verdad? —dijo llorando—. Pero no lo es, Ale. Es una lucha interna. ¿Qué diría mi padre si se enterara? Y lo peor es que la única persona que me podría ayudar en estos momentos es mi madre, y nunca podrá hacerlo.

Su madre había fallecido de cáncer meses atrás, y ese era el motivo por el que Manu había dejado Italia, para empezar una nueva vida en Londres. Ese era el denominador común de muchos de los migrantes que elegíamos esta ciudad: empezar de cero.

—Manu, tu madre te apoyaría, y lo sabes. Tienes que pensar que está aquí, contigo —le dije mientras cogía su mano y la apoyaba en su pecho—. Estaría superorgullosa de ti —sentenció.

—¿Tú crees? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—Por supuesto. El amor de una madre es incondicional, y ella apoyaría todas tus decisiones, así que fluye con tus sentimientos y piensa que ella estará contigo a cada paso que des...

—Pero Ale, la necesito a mi lado, la necesito tanto... —dijo casi sin respiración.

Le abracé muy fuerte. El dolor que sufría traspasaba su mirada, llena de lágrimas. No había superado la muerte de su madre, y encima tenía dudas sobre su orientación sexual. Su imagen de sí mismo, su auto-concepto se estaba derrumbando, y encima, su pilar más fuerte, su madre, no estaba ahí para apoyarlo. Era una situación muy difícil, pero sabía que Manu podría afrontarla. La única forma de descubrirse era dejándose llevar. Quizá su misión en Londres era esa: encontrarse a sí mismo. Nunca he creído en las casualidades, siempre he pensado que todo estaba unido por un hilo conductor, invisible, llamado destino.

—Manu, mírame. Tu madre, allá donde esté, se sentirá orgullosa de que seas feliz, que es lo único que importa. Y nosotros estamos aquí para ayudarte, en lo que necesites. Para eso vivimos en esta ciudad, para ser libres. Así que sé feliz, que nosotros estaremos aquí para darte alas cuando lo necesites.

—No sé cómo agradecerte tu apoyo —me dijo acostándose en mi hombro.

—Se me ocurren un par de formas, y todas relacionadas con tu mejor amigo.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte con Marco?

—¿Qué tal traficar con información? —pregunté, mientras me encendía otro cigarro.

—Pregunta, y veré si puedo responder. Aviso que Marco es muy reservado.

—¿Alguna vez te ha hablado de mí?

—No. Me ha contado que os habéis acostado, que fuisteis al Tower Bridge juntos. Pero no me ha hablado de qué siente por ti.

—¿Sabes si le gusta esta nueva chica?

—Tampoco me ha dicho nada. Solo sé que se conocieron hace una semana, y desde entonces se han visto varias veces.

«Así que es reincidente», pensé para mis adentros.

—Eso es todo lo que quería saber, amore mío. —Quise sonreír, pero no pude, así que apagué el cigarro y le di un abrazo a Manu, antes de meterme dentro de la resi.

—Me voy a ir a dormir. Despídete del resto por mí, porfa.

—¿Estás segura de que te quieres ir?

—Sí. Ya es hora de irme Me ha encantado hablar contigo. Si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

—Ciao, bella —dijo Manu al despedirse.

Evité pasar por el salón, así que entré por la puerta trasera de la cocina y subí las escaleras para llegar a mi habitación. Cogí el dentífrico y el cepillo, y fui rápido al baño para lavarme los dientes y hacer un último pis antes de meterme a la cama. El baño estaba en una entre-planta, entre la mía y el sótano, que es donde estaba Marco. Cuando estaba meando, escuché unos pasos lentos pero seguros. Alguien bajaba a toda velocidad por las escaleras. Por el sonido estaba convencida de que era él. Poco después se escuchó una voz femenina pronunciando su nombre: «Marco, wait for me».

Me quedé paralizada en la taza del wáter al darme cuenta de que eran ellos dos y de que iban hacia su habitación. Abrí la puerta del baño y salí corriendo para esconderme en mi cuarto, antes de que pudieran verme. Me metí dentro de la cama, con el corazón a mil, y me puse los

auriculares con música para calmarme. Escuché Skinny Love de Bon Iver, supongo que para sentirme igual de ridícula que él cuando se aisló en una cabaña en Alaska para escribirle canciones de amor a su exnovia, Emma. Esta vez no lloraba de dolor, lloraba de rabia; el llanto ardía mucho más.

CUANDO MENOS TE LO ESPERAS

No hizo falta que sonase el despertador, no había pegado ojo en toda la noche y me levanté antes de mi hora. Me miré de nuevo al espejo, pero no había rastro de ojeras. Mi semblante permanecía sereno y emanaba un brillo diferente. Cogí un peine y me atusé mi larga melena castaña, dejando una especie de efecto rizado en el pelo. Me puse crema hidratante para crear un efecto de luminosidad en mi cara y apliqué un antiojeras con un poco de color. Fijé un poco de rímel en mis pestañas para darles un toque de espesor, y me pinté los labios de rojo. Escogí un vestido negro que combiné con unas medias transparentes, y un sombrero negro. Me miré al espejo y pensé: «qué polvazo tengo». Nada mejor que piroparse a una misma para ganar confianza. Me calcé mis botas militares, y bajé a la cocina a desayunar. No había nadie, así que me preparé un café y unas tostadas y me senté tranquilamente en la mesa de la cocina. Mientras daba vueltas con la cucharita en la taza pensaba en todo lo que me había pasado en Londres hasta ese momento; la intensidad con la que se vivía allí era muy profunda, como cuando haces sentadillas con peso. Vivir en esta ciudad debería considerarse deporte de alta intensidad, porque aceleraba las pulsaciones hasta el límite. Y yo estaba enganchada a este ritmo. Quería más, como buena adepta a la secta del carpe diem. Me había despertado con mucha fuerza, lo que en mi cabeza se traducían en un: «que se prepare Londres, que allá voy». Terminé el café, dejé la taza en la pila y salí de la cocina por la puerta que da a la calle. Me fumé un cigarro y me encaminé hacia la parada del bus. Al entrar, pasé la Oyster card por el lector amarillo y subí a la segunda planta. Al sentarme noté miradas: era uno de esos días en los que te sientes super segura de ti misma, y los desconocidos a tu alrededor lo notan también, porque no dejan de observarte. Tuve flirteo visual con un chico de ojos verdes, con pinta de inglesito. Tenía el brazo tatuado, llevaba un abrigo de paño largo, un pendiente en la oreja y lucía un tupé rubio perfecto. Al llegar a Oxford Street, me bajé del bus y le lancé una última mirada de despedida, aunque ninguno de los dos dio el paso de decir nada. ¿Dónde irán todas esas miradas? Son incontables las veces que tonteamos en el transporte público, y todos esos ligues tan de paso, que duran lo mismo que las paradas de tren: minutos. Pero qué minutos.

Mi seguridad y yo caminábamos por Oxford Street, rebosante de gente en sus aceras. Todos con prisas, con cafés en la mano, con algún lugar al que ir, con el estrés pegado a sus zapatos, y con una rutina que parecía tan beligerante que daba miedo. A veces, en mitad de esa multitud, me paraba, miraba los rascacielos e intentaba respirar muy hondo, porque me daba vértigo esa rapidez con la que vivían la vida. «Dónde irán tan deprisa», me preguntaba. Yo necesitaba ir despacio, andar cada paso, mirar cada rostro y sentir que vivía cada segundo. Fumar me ayudaba a controlar las pulsaciones cuando se aceleraban, así que antes de entrar a la tienda, encendí un cigarro en el callejón, que ese día estaba vacío.

Cuando entré a la tienda mis compañeros me preguntaron dónde iba, y yo sonreí antes de decirles que «donde el destino me llevase». Así que me dejé guiar, sin rumbo. Las horas volaron, estuvieron llenas de sonrisas, de abrazos, de palabras bonitas, de compañeros, de Bego, de Aitor, de Javi, que más que amigos, eran familia. Estuvieron llenos de piropos de Alex, de clientas amables, de amor, que era lo que sentía ese día con todo y con todos. Paula me vino a buscar al

cierre. Como era domingo, no pensamos mucho dónde ir, pero tampoco hacía falta, porque ya estaba escrito, el destino había decidido por nosotras, y había elegido ir a Brik Lane. Así que pillamos la District Line, y nos bajamos en Liverpool Street. Según llegamos, Paula y yo nos tomamos unas cervezas sentadas en el suelo, charlamos, nos contamos la vida que ya sabíamos (porque pasábamos cada segundo juntas), pero siempre había algo que descubrir. Nos reímos, alto, como nos gustaba a nosotras. Y con esa misma actitud de comernos la vida y ponernos el mundo por montera, entramos al Big Chill. Hicimos unos segundos de cola, y solo hizo falta entrar para verlo. Deslumbraba. Sus ojos, verdes, pero con la profundidad del mar, podrían iluminar la oscuridad. Sus labios tan carnosos, y su pelo frondoso, de color castaño. Su perfil era como Poseidón, el dios de los océanos, capaz de ocasionar un terremoto de placer con esa inocente sonrisa. No sé qué pasó. Bueno, sí, que nos miramos y estalló el espacio. No sé cuánta gente había alrededor, pero para mí no existía ya nadie, solo Marco y su mirada, que era como una brújula que detectaba mi campo magnético y lo atraía, sin oposición. Yo flotaba hacia él con cada paso. Él era él, aunque quizá fuese un ser divino, omnisciente y omnipotente, que podría abrir el cielo con el aleteo de sus pestañas. Sin mediar una palabra, nos quedamos uno enfrente del otro. Él estaba allí, esperándome, sabía que esa noche iría al Big Chill. Me tendió su mano y me agarró fuerte, para mirarme desde su altura. Su boca se acercó a la mía lentamente y sus labios recorrieron cada ángulo de mi boca, que permanecía anestesiada de placer, aunque no pudiera parar de moverse. Porque ese beso no era un beso, era un éxodo fuera de nuestros cuerpos. Ese momento no podía ser real, solo podía ser un sueño hecho de cristal, tan fino que daba miedo tocarlo. No quería abrir los ojos, aunque lo hicimos, porque sentimos la necesidad de hablar, aunque a duras penas podía ni respirar.

—Te estaba esperando —me dijo Marco con la voz más ronca e italiana que había escuchado nunca.

—No estoy entendiendo nada, ¿lo sabes no?

—Ya lo sé, por eso he venido aquí, para explicártelo.

—Pero, ¿y Lana? —repliqué.

—Suena fatal decirlo, pero solo quería intentar olvidarte con ella. Pero no puedo, Ale, no puedo. He intentado dejar de pensar en ti, pero lo único que consigo es el efecto contrario. Estás pegada a mis pensamientos.

—Me estás mareando, sigo sin saber qué quieres.

—Quiero estar contigo, no sé de qué forma, porque no quiero que lo pasemos mal, pero necesito dejarme llevar, e intentarlo, porque Ale...

—Sí —contesté aleteando las pestañas, esperando escuchar esas dos palabras que no salieron de su boca.

—Porque... me gustas, me gustas mucho.

—Pero siempre me has parado los pies.

—Porque me los he parado a mí mismo. No quiero ni pasarlo mal, ni hacértelo pasar mal a ti. Venimos de ciudades diferentes, no sé si lo nuestro tiene un futuro a largo plazo, pero el otro día, cuando vi tus ojos al verme con Lana, casi me muero. Solo quería abrazarte, y decirte que, lo estaba haciendo para olvidarte, porque eres el único pensamiento que tengo en mi cabeza y eso me asusta.

—Me lo has hecho pasar muy mal, Marco.

—Lo sé, y es lo que no quiero. Perdóname, no he sabido hacerlo mejor. Soy un torpe.

—Eres un patoso emocional, sí.

Aunque en mi cabeza el mundo había parado, la realidad era muy diferente. La música retumbaba, la gente nos empujaba y en el rincón de aquel bar estaba Paula, pidiendo unas cervezas y sorprendida con la situación.

—¿Me disculpas un momento? Tengo que hablar con Paula, que la he dejado tirada.

—Solo si no tardas mucho.

—Ahora mismo vengo.

Me acerqué a Paula, que sonreía a lo lejos con dos cervezas en la mano.

—¡Eres mi ídola! —exclamó.

—Tía no sé qué coño ha pasado, pero ha sido como si me hubieran hechizado. Te juro que me he dejado llevar ante una señal del Universo.

—Ale, le has entrado en modo diosa. Te has acercado y le has plantado el morreo de su vida. Todavía estoy en shock de lo puta ama que eres.

—Te juro que me he dejado llevar, porque lo he visto en sus ojos —dije, dándole un sorbo a la cerveza—. Amiga, ¿y ahora qué hago? ¿Tres son multitud?

—No seas tonta, vente —le dije cogiendo su mano.

—No amiga, vete tú, que Marco te está esperando, y Chace y Cindy están a punto de llegar, no te preocupes. Y eso hice.

Marco y yo nos cogimos de la mano y salimos corriendo del Big Chill entre las callejuelas cubiertas de niebla. No paraba de sonreírme y de tocarse el pelo. Cuando llegamos a la parada del autobús, apoyó su pie en uno de los cristales de la marquesina, y me pareció el hombre más sexy de la tierra. El autobús no tardó en llegar. Tras pasar la Oyster Card, subimos a la planta de arriba, que permanecía totalmente vacía, y nos sentamos en los asientos del fondo. Marco me cogió de la cintura y me sentó a horcajadas sobre él. Yo llevaba una falda blanca, corta, muy corta, y unas medias transparentes, que se rompieron al subirme encima de él.

—Marco, no estarás pensando, lo que estoy pensando.

—Me temo que sí.

—Estás loco, aquí no podemos.

—No es que podamos, es que debemos. Necesito hacer esta locura contigo.

—Pero nos van a ver.

—Si no sube nadie no, tenemos tiempo.

Y no me pude resistir, me dejé llevar. Marco me besó estrellando su boca con la mía como si fuera una ola gigantesca que se desplazaba verticalmente, arrasando con toda mi voluntad. Desabrochó el botón de su pantalón y bajó todo lo que pudo sus calzoncillos, asomando una enorme erección, la cual introduje con brusquedad dentro de mi cuerpo. Gemimos. Nos miramos a los ojos y resoplamos de placer. Una sola embestida y el éxtasis sacudió cada una de mis terminaciones nerviosas. Marco salió y entró varias veces, hasta que los dos nos corrimos sin tiempo para deleitarnos en la satisfacción. Él se subió los pantalones rápidamente y se colocó el pelo, en un gesto de naturalidad, como si no hubiéramos hecho una locura. Yo lo miraba atónita mientras me subía la falda y me colocaba las medias, rotas, de placer, como yo. La planta de arriba seguía vacía, aunque teníamos dudas de si el conductor nos había visto por las cámaras de seguridad. Quedaban dos paradas para llegar a la resi, pero decidimos salir del autobús. Cuando bajé las escaleras, Marco me cogió en volandas y dio varias vueltas sobre nuestro propio eje gritando a los cuatro vientos: «Alejandra, you are crazy but I like you». La verdad es que follar en un autobús se colocaba en el podio de mi lista de locuras. A mí me pegaba, pero a Marco sí que se le había ido la olla. Era como si le hubieran poseído. Tras reírnos muy en alto al pensar en nuestra hazaña, nos dimos la mano y salimos corriendo. Era una forma de seguir con la diversión, y de entrar en calor, porque la temperatura oscilaba los dos grados centígrados. Llegamos a la residencia y no había nadie en la cocina. Marco me abrazó por la espalda mientras subíamos las escaleras al mismo paso. Abrí la puerta de la habitación, y me acordé de lo desordenada que estaba... Seguía sin poner la sábana bajera, la ropa seguía tirada por el suelo y las maletas estaban sin deshacer.

—Perdona, no me ha dado tiempo a recoger, y ya sabes que soy un poco caos —admití mientras abría la puerta.

—Eres demasiado cute, eso es lo que eres —intervino mientras se tiraba en la cama y se deshacía de la cazadora vaquera, seguida de la camiseta blanca.

Estaba tumbado, con el torso desnudo, mostrando la perfección de su cuerpo, como si fuera el David de Miguel Ángel, o cualquier representación artística de la Antigua Grecia digna de admirar. Sus brazos eran vigorosos, encumbrados por unos fornidos bíceps que parecían montañas dispuestas a protegerse de un fuerte vendaval. Su torso depilado exhibía unos trabajados abdominales y unas costillas perfectamente marcadas. Los calzoncillos negros de Calvin Klein dejaban entrever el bulto que brotaba entre sus piernas. Empecé a desvestirme ante su atenta mirada, que fulminaba cada movimiento de mi cuerpo. Primero me quité la chaqueta, junto con la camiseta que llevaba debajo, mostrando mi sujetador de encaje verde botella. Mis pechos rebasaban las copas del sostén. Me quité las medias y me dejé la falda de volantes y gasa blanca para jugar con ella. Me desprendí de las botas y me coloqué encima de él, tras gasear

lentamente por la cama. Colé mis dedos entre su pelo, y pareció asustarse cuando lo miré a los ojos, justo antes de comenzar a balancearme, subida a sus caderas.

—Me encanta —le susurré al oído.

—A mí me encantas tú —dijo con las palabras atragantadas.

Me agarró de la cintura y me levantó en volandas de la cama. Me sostuvo entre sus brazos, y segundos después me sentó en la silla que había al lado del escritorio y se arrodilló para colar su lengua en mi interior, completamente cálido y húmedo de placer. Después de besar mi clítoris, me introdujo un par de dedos con suavidad, pero firmemente. Me estremecí de placer y contraí mis muslos un par de veces. Agarré su pelo y lo acerqué a mi boca para besarlo como si no hubiera un mañana. Cada beso contenía millones de ellos, como si fueran una matrioshka. La pasión, los gemidos y el roce de su piel se multiplicaban por todas las noches que se habían escapado; resbalaban, como las gotas de sudor por nuestros cuerpos. No tenía espacio en los pulmones para respirar todo el amor que había en el aire. Sentada en su regazo, lo cogí del cuello mientras bajaba por su pecho dejando un reguero de besos. Me colocó de nuevo entre sus brazos y me llevó hasta los pies de la cama. Acarició mi pelo y posó mi cabeza con delicadeza. Me miró de nuevo con esos ojos, tan profundos y expresivos. Pura poesía.

—Ale, no sabes las ganas que te tenía —murmuró.

Qué se dice cuándo no sabes qué decir. Nada. Porque a veces las palabras son eso, nada, en comparación con los sentimientos. Era incapaz de expresar lo que estaba percibiendo en ese momento. Así que dejé que mi cuerpo lo hiciera por mí. Lo cogí de las mejillas y acerqué su rostro al mío. Recorrí mis labios por todo su cuerpo, besé cada milímetro de su piel, que me recibía con los pelos de punta. Marco se levantó un momento, se colocó el condón bajo mi atenta mirada y la de la luz de la farola que se colaba por la cristallera de la ventana. Me miró una vez más, y con su mirada puesta en mis ojos, me penetró. Y no sé si el tiempo se paró, pero desde luego sí lo hizo mi respiración, que contenía cientos de gruñidos de placer. Lo sentía por dentro: su esencia me engullía, me dejaba en una especie de letargo.

—No dejes de mirarme —le pedí.

Y me miró con esos ojos fulgurantes mientras me penetraba, una y otra vez, y yo me sentía en un sueño del que no quería despertar. Pero lo hice, con una de sus embestidas, fuerte como un látigo, que electrificó toda mi columna vertebral y me dejó inmóvil de placer. Marco se revolvió entre mis brazos mientras convulsionaba y daba las últimas sacudidas posteriores al orgasmo.

—Abrazame —me suplicó.

Y nos fundimos en un abrazo que duró minutos, envuelto por el latir de nuestros corazones, que bombeaban a un ritmo frenético.

—¿Quieres quedarte a dormir?

—Hoy no amore, necesito descansar. Creo que hemos tenido demasiadas emociones.

Me había llamado amore. Marco Moretti, llamándome amore. Creo que estaba a punto de llorar. Marco tenía razón, necesitaba dormir, para interiorizar todos estos sentimientos, que se agitaban dentro de mi estómago, como una lavadora. Acompañé a Marco a la puerta, los dos desnudos, y mirándonos como si estuviéramos volando en una alfombra mágica, flotando por Londres, nuestra ciudad de paso. Marco cogió los pantalones que aún estaban en el suelo y terminó de vestirse. La realidad es que no lo miraba, si no que lo contemplaba, en cada gesto, y en cada movimiento que hacía. Quería decirle que lo quería, pero aún no estaba preparada. Así que lo besé, una vez más, y lo dejé ir.

—¡Hasta mañana!

—Ciao mi amor.

Cerré la puerta de inmediato, porque si la dejaba un segundo abierta, saldría corriendo tras él, para decirle que today will never end, y que espero que mañana tampoco. Porque con él nunca se sabía lo que iba a pasar.

WELCOME

Al día siguiente por fin ya llegaba Yolanda a la residencia, había tardado un par de días más de los previsto. Yoli era una persona muy especial. Nos conocimos bebiendo calimocho en las fiestas de la Universidad Complutense, ella estudiaba Bellas Artes y yo Periodismo.

Era imposible no ver a Yolanda, porque medía casi dos metros. En las fiestas de la Uni nos disfrazamos de King África, de Power Ranger o de curas y putas. Cuando estaba de Erasmus en Atenas, fui a verla y nos pasamos un día entero con una toalla en la cabeza visitando los monumentos y las cafeterías más icónicas. Vestía de forma extravagante y le gustaba enseñar el ombligo para presumir de vientre plano. Su pelo era indefinido, porque cada vez lo llevaba de una forma diferente, aunque en aquel momento lo tenía largo y castaño. Podría ser una supermodelo, si no fuera porque le gustaba mucho Harry Potter, El Señor de los Anillos o cualquier frikada impropia de una chica que pretende ganarse la vida vendiendo su ego. En su foto favorita aparecía con su hermana Paloma, dentro de una caja de cartón, la cual estaban usando sus padres para hacer la mudanza. Su hermana era su mejor amiga. Cada vez que se hacían un regalo, incluían alguna foto de Nicolas Cage en cojines, sudaderas o en cartón pluma con formato tamaño real. A nosotras nos gustaba hacer fotos con la cámara de lomografía y superponer imágenes para contar historias. Estaba deseando estar con ella para que me contagiase un poco de su locura, así que esperé sentada en la cocina de la residencia, mordiéndome las uñas de los nervios.

Chace y Marco bajaron a tomar un café.

—Good morning! —gritó Chace.

—Good morning, guys.

—Qué, ayer tuviste una buena noche, ¿eh? —preguntó Chace, mientras Marco se sentaba en la mesa.

—¿A qué te refieres?

En ese momento miré a Marco para ver cómo reaccionaba, pero estaba absorto en el movimiento de remover el café con la cucharilla. No dijo nada, aunque sonrió tímidamente.

Segundos después se abrió la puerta y apareció Yolanda, rozando el marco de la entrada, arrastrando una maleta roja de veinte kilos, y vestida con unos pantalones pitillo y un abrigo de pelo, con print de leopardo.

—Hello, guys! —saludó eufórica con sus largos brazos abiertos. Yo me abalancé sobre ella.

—Yoli, este es Marco.

—Nice to meet you.

—Y este es Chace

—Nice to meet you.

—¿Tienes hambre? —pregunté mientras se quitaba el abrigo y se acomodaba en la mesa.

—¿Me vas a cocinar tú? ¡Qué miedo! ¿Estás segura de que puedes hacerlo sin quemar la cocina?
— se rio muy en alto, mostrando sus hoyuelos y tapándose la boca con la mano.

—No prometo nada.

Yolanda tenía razón, las tostadas se me quemaron bastante. No sé cuántas veces tendría que quemar unas tostadas para darme cuenta de que tenía que cambiar la potencia del tostador. El cabrón de Marco me pilló rascando la parte ennegrecida. Supongo que ya se habría dado cuenta que cocinar era mi talón de Aquiles. Tras desayunar, abrimos la puerta trasera de la cocina, sacamos un par de sillas y nos fumamos un cigarro. Todos menos Marco, que no fumaba. Yolanda llevaba diez minutos en la residencia y ya se los había metido en el bolsillo. Su efusividad y su buen inglés eran la combinación perfecta para que todo el mundo quisiera tenerla cerca. Al rato bajó Jairo, que era amigo de Yolanda, del Erasmus.

—Esta cara me suena —bromeó Jairo.

—Esta cara y este cuerpazo —respondió Yolanda contoneando su cuerpo hasta abajo.

—No tuvimos suficiente con quemar Atenas que, ¿ahora quieres que arrasemos con Londres?

—¿Sabes a qué me recuerda eso? Al vídeo de la mujer que arde su casa en llamas y grita “Ain’t nobody Got Time for That”, en versión Autotune Remix. ¿Lo habéis visto? —dijo Yolanda entre carcajadas, porque sabía que era la única que veía este tipo de cosas en Youtube.

—Echaba de menos tus frikismos —dijo Jairo, mientras la abrazaba.

—Yoli, te tengo que presentar a Paula, que está deseando conocerte, porque he hablado un montón de ti —interrumpí.

—Ay, yo también, que no paro de verla en vuestras fotos de Facebook, y me muero de envidia. Por cierto... tenemos que celebrar mi llegada. ¿Os apetece hacer una barbacoa?

—Venga, me ofrezco para cocinar —dijo Chace.

—Voy contigo a comprar... si quieres —propuse con timidez.

Aunque Marco me quitó el puesto, porque quería elegir la carne que iba a cocinar.

Para ser una mañana de febrero, hacía un día precioso. Las temperaturas eran altas, rozaban los quince grados, el cielo estaba despejado y el sol brillaba con fuerza. Después de haber pasado un invierno glacial, esos rayos de sol eran el preludio estival. Las chicas nos pusimos bikini y

shorts. Resultaba desmedido porque el viento era frío, pero necesitábamos coger un poco de color en esas carnes blancas que nos había dejado el largo invierno.

Paula bajó de su habitación, y se presentó super efusiva a Yolanda, para después irnos directas a comprar los ingredientes necesarios para hacer sangría en barreños. Marco y Chace se encargarían de la barbacoa, y Manu y Nico prepararían el postre. Al festín también se unieron Marta y Mohamed, que se estaba preparando para el ramadán, a pesar de que todavía le quedaba más de un mes, pero le gustaba hacer ayunos intermitentes para entrenar el cuerpo. En su lugar, fumaba muchos porros y bebía mucho té.

Marco y Chace llegaron con toda la carne, que en realidad solo era un montón de salchichas de un euro del Morrison. Llamarlo barbacoa era un poco atrevido, pero hicieron un fuego y pusieron las salchichas en palitos de madera, supongo que para aparentar. Marco se quitó la camiseta para hacer el fuego con unos periódicos, y yo me acordé del conato de incendio que tuvimos en mi habitación y de lo caliente que me ponía verlo a pecho descubierto. A las labores del fuego, que al parecer era cosa de hombres, se unieron después Alejandro y Pietro. Alejandro hacía dos días que había llegado a la residencia, era de Marbella y le llamábamos «el boss», porque era un sabelotodo y siempre fumaba cuando hablaba de temas serios, lo que presuntamente le aportaba una mayor credibilidad. Pietro era italiano y llevaba desde los inicios en la residencia, pero nunca le veíamos porque siempre estaba trabajando. Desde hacía dos semanas había dejado el curro para vivir un poco la vida londinense, siempre tenía ganas de juerga y le gustaba quedarse hasta las tantas fumando porros con Nico. Eran adorables, los dos. De hecho, fueron ellos quienes trajeron los colchones viejos para sentarnos en el suelo. Habíamos sacado todas las sillas de la cocina, pero no eran suficientes, así que decidimos coger un par de colchones que estaban tirados en la calle y sentarnos encima. La parte trasera de la cocina, donde hicimos la barbacoa, estaba al lado de la basura, y era una especie de vertedero donde todos los mendigos rebuscaban a diario. Además, había una pila de neumáticos al lado de los contenedores, «perfectos para arder con la barbacoa», pensé. Si nos mirabas desde una perspectiva que no fuese la nuestra, probablemente parecería que los mendigos éramos nosotros. Vivíamos un poco como ratas, la verdad, pero éramos tan felices que no debíamos darnos cuenta.

Pasamos un día increíble, aunque yo estaba un poco revuelta, porque solo quería estar a solas con Marco. Las salchichas de un euro tampoco ayudaron mucho a hacer una mejor digestión. Tenía la tripa hecha un nudo, y no podía parar de pensar en el momento del reencuentro. Estaba disfrutando mucho de la barbacoa, pero tenía la mente puesta en otro lugar, cuando de repente me llegó un mensaje.

Marco:

Te espero en la puerta de entrada.

Ale:

Te tengo enfrente. ¿Por qué me escribes un mensaje?

Marco:

Para no romper la magia. Te veo ahí en cinco minutos.

Subí a por una chaqueta, y fui corriendo a la puerta de entrada y ahí estaba él, esperando, con su cara angelical. Antes de cerrar la puerta y acercarme a él, aguanté la mirada durante unos segundos para admirar esa imagen y congelarla en el tiempo. Inmediatamente me abalancé sobre él, saltando desde el último escalón. Me cogió casi en el aire, colocó mis piernas sobre su cadera y posó su cabeza sobre mi hombro.

—Eres tonto.

Marcó invadió mis labios y nos besamos entre respiraciones hondas.

—Por fin te puedo abrazar —dijo agachando la cabeza y mirando al suelo en un gesto de vergüenza, más propio de un niño que de él.

—Por qué no te has acercado antes —dije tocándole los brazos para comprobar que no era un sueño.

—Me daba vergüenza hacerlo delante de todo el mundo, pero me moría de ganas de estar contigo.

Sin apenas hablarnos volvimos a sentir el oleaje del deseo, tan difícil de frenar como un desastre natural. Era como un embalse con compuertas abiertas, la pasión fluía de forma salvaje. Daba igual el lugar, antes fue en un autobús, y ese día en medio de la calle.

—Vámonos al parque —susurró Marco en mi oído.

—¿Qué quieres hacer en el parque? —contesté juguetona.

—Pasar tiempo contigo, como si fuera un adolescente de quince años con su primer amor —soltó él.

Y así fue. Nos tumbamos en el césped del parque de Archway como dos quinceañeros en plena pubertad, con las hormonas rigiendo nuestras cabezas. Sin que nada tuviera sentido, más que el que nosotros queríamos darle a la vida.

—Dime algo que odies —pregunté de sopetón.

—El pollo, y el chocolate.

—Vaya, sí que lo tienes claro —dije, sorprendida ante su rápida respuesta.

—Tengo muchas cosas claras en la vida, y entre ellas, las cosas que odio. Tienen un denominador común: la dieta. Me gusta cuidarme, y lo que más como en mi día a día es el pollo, lo como tanto que lo aborrezco. Y con el chocolate me pasa lo contrario: lo como tan poco que lo odio, porque me gustaría comerlo más.

Solté una carcajada muy en alto.

—No me acordaba de lo loco que estabas, Marco.

—Tu turno, ¿qué es lo que más odias en este mundo? Aunque se me hace difícil pensar que un ángel como tú pueda odiar algo o a alguien.

—Estás muy equivocado. Odio las injusticias, con todo mi corazón, tanto que a veces me afectan personalmente. Cuando era pequeña y los niños se metían con el gafotas de la clase, siempre salía en su defensa. Hay tantas injusticias en este mundo, que me encoge el corazón pensar en todas ellas...

—Eres demasiado dulce. Te comería, aquí y ahora —espetó mientras me besaba el ombligo.

—Para —carcajeé.

—No puedo parar, eres como mi Pocahontas, tan salvaje, tan libre, tan justa.

—¿Sabes qué significa la palabra Pocahontas?

—No, la verdad es que no —respondió con su cabeza apoyada en mi tripa.

—Significa pequeña y silenciosa.

—Ohhh, mi pequeña, aunque lo de silenciosa creo que no va mucho contigo.

—Yo creo que sí, soy más de escuchar que de hablar.

—Eres lo que tú quieras ser, Alejandra. ¿En qué piensas? —preguntó al darse cuenta de que estaba perdida en su mirada.

—En que me apetece un helado. Seguro que tú lo odias, ¿no?

Se rio muy alto.

—Si es de chocolate, lo odio; si es de nata, lo amo.

—¿Te apetece entonces?

—Ya sabes que contigo me apetece todo. Y si son planes de quinceañeros, que es como me siento, mejor. Un paseo, un helado, revolcarnos en el césped de un parque, fumar un porro a escondidas, lo que tú quieras.

—¿Fumas porros? —pregunté curiosa.

—No, ya sabes que es imposible. Odio que la gente fume tabaco, y eso va por ti.

Reí en alto de nuevo. No reconocía a este Marco tan cariñoso, pero me gustaba veinte veces más que el Marco de antes, más frío que un invierno sin abrigo. Hablando de frío fuimos a por el

helado, y yo me lo comí a lametazos.

—Baby, me está gustando mucho verte comer helado.

—Ya, yo estoy igual, ¿qué nos pasa? No podemos hacer nada sin pensar en sexo.

Marco me agarró de la cintura y me empotró contra su cuerpo, en un movimiento rápido que encajó el bulto creciente de su pantalón con mi cadera. Nos restregamos en medio de la calle. Los besos iban calentando aún más el motor de la pasión, que iba a marchas revolucionadas.

—Marco, si me sigues besando así tendrás que desnudarme en medio de la calle, y me da que es delito.

—¿No quieres que te arresten? —dijo besándome en la oreja.

—No, la oreja no, por favor —susurré notando cómo mis partes bajas se contraían.

—La oreja sí, mi amor, que quiero que estés húmeda.

—¿Húmeda para qué? Si hoy no podemos hacer nada, ya te he dicho que Yolanda está en la habitación esta noche. Y la tuya, siempre está ocupada.

—Nadie dijo que necesitemos hacerlo en una casa. Vamos a un restaurante, ¡te invito a cenar! —gritó en medio de la calle.

—Pero si no tenemos dinero Marco, ¿cómo vamos a ir a un restaurante

—Tú déjate llevar.

—Madre mía, Marco, estás... bueno, estamos fatal. ¿Y dónde me vas a llevar? —pregunté curiosa, ya que era la primera vez que visitaba un restaurante en Londres. Hasta entonces no me lo había podido permitir, y sé que él tampoco.

—Eso es sorpresa, conozco uno que sé seguro que te va a gustar.

Caminamos con destino a Camden, pero nos parábamos todo el rato para morrearnos. Qué pesados.

—Si nos seguimos parando en cada adoquín, no vamos a llegar nunca.

—¿Tienes prisa? No sabía que alguien te estaba esperando —musitó Marco, cogiendo mi barbilla y dejando entrever esos hoyuelos tan irresistibles que se le formaban en las mejillas al sonreír.

—Tienes razón, me he hecho ya muy British.

—De todas formas, queda muy poco para llegar, tan poco que te voy a tapar los ojos ya —dijo mientras posaba su mano sobre mis ojos y me guiaba un par de metros más.

—¿Preparada?

—Ay, no sé, me he puesto muy nerviosa de repente. ¿Sabes qué? Que es la primera vez que vengo a un restaurante en Londres, nunca he tenido dinero para pagar uno. Bueno, entiendo que McDonald's no cuenta, que es al único al que siempre vamos...

—Este creo que te va a gustar un poco más.

Abrí los ojos y vi un cartel que rezaba «Tapas hechas con pasión y servidas con amor».

—¿Es un restaurante español? —pregunté, dando por hecho la respuesta.

—Bar Gansa, el mejor español de Camden, y uno de los más famosos de Londres.

—No me lo puedo creer... ¡Me has traído a España!

Ir a un restaurante podría parecer el acto más insignificante del mundo, pero cuando vives en otro país con apenas dinero para subsistir, equivale a ir a un restaurante cinco estrellas Michelin. Encima me había traído a un español, que quizá comer patatas bravas no era lo más romántico del mundo, pero no había nada que me apeteciera más que una caña y unas tapas.

El lugar tenía su encanto, al entrar estaba la barra, repleta de vinos y ginebras en los estantes. Tenía tirador de cañas de Estrella Galicia, y eso me hacía muy feliz. La decoración era puro cliché: banderines de España por el techo y cuadros de toreros colgados en las paredes. Al fondo había un escalón de madera que daba paso a un pequeño escenario, donde por lo visto solían hacer espectáculos de flamenco. Las camareras iban vestidas de negro y llevaban un floripondio rojo colgado en el moño, a juego con el color de sus labios. La gastronomía española es una de las más ricas del mundo y pensar en comer cualquiera de sus tapas me causaba furor. Estaba un poco expectante por saber cómo sería este restaurante, porque los ingleses son conocidos por ser terroristas gastronómicos. Una vez vi un sándwich de paella en el supermercado Tesco, y una sopa con sabor a alioli. Nos sentaron en una mesa situada al fondo, al lado del escenario. El mantel era de papel y estaba sujeto con un bote de palillos redondos. Me gustaba. Eché en falta un servilletero con las típicas servilletas de papel con el nombre del bar impreso, que en vez de limpiar extienden más la grasa.

Al poco de sentarnos llegó una camarera con un marcado acento sevillano. Entre nosotros nos reconocíamos fácilmente, éramos inconfundibles, así que en cuanto nos vio el careto, nos preguntó en español.

—Buenas noches, ¿qué tal estáis? ¿Qué os pongo de beber?

—¡Ay! Yo, por favor, quiero una Estrella Galicia, que la echo mucho de menos —contesté con las manos rezando.

—Ale, ¿te apetece un vino tinto?

—Sí, también... ¡Me apetece todo!

—El mejor vino tinto que tengas en la carta —pidió Marco a la camarera, que se quedó embelesada mirándolo.

«Este chico viene fuerte», pensé cuando pidió la mejor botella. Acostumbrada a salir y beber cervezas de un euro, pues claro, esta petición hizo que me sintiera como en *Pretty Woman*: ascendiendo puestos en la escala socioeconómica.

La camarera dejó dos cartas en la mesa. Para picar tenían pan con tomate y aceitunas. Gambas al ajillo, croquetas, tortilla, patatas bravas, morcilla, ensaladilla rusa, pisto y ensalada de tomate como tapas. Y como platos principales: paella, pulpo, carrilleras, pollo al ajillo, bacalao, chipirones y lubina.

—¿Qué te apetece?

—Me apetece comerte a besos. Te has sentado muy lejos, ven aquí —dijo Marco acercando mi silla a la suya y acariciando el reverso de mi brazo.

—En serio, ¿qué quieres? —dije en tono mosqueado, causado un poco por el hambre que tenía.

—Ale, no sé ni por qué me preguntas, te he traído aquí para que elijas tú lo que más te apetezca.

—¡Tienes razón! Pido por los dos, pero no acepto quejas.

—Confío en ti.

Cuando la camarera vino con la botella de vino y mi caña, tuvo que carraspear un par de veces, porque estábamos morreándonos sin miramientos.

—Por aquí la cañita —exclamó mientras la dejaba en el posavasos y yo la seguía con la mirada. También dejó la botella, la cual descorchó delante de nosotros, y sirvió un culito a Marco para que probase. Zarandéo el vino en la copa y después olfateó la copa: a uva y naturaleza, según él. Luego pegó un trago y lo pasó con la lengua de un lado a otro.

—Está exquisito, gracias.

—¿Sabes de vinos? —pregunté ilusionada.

—¡Qué va! Pruébalo —sugirió él.

La camarera llenó mi copa y yo seguí los pasos de Marco: textura, olfato y gusto. Aunque no tenía ni idea de vinos, era demasiado joven (y pobre) como para tener un buen paladar.

—No soy muy experta, ¡pero esto está buenísimo! —exclamé, casi a gritos.

Marco me miró a los ojos, que centelleaban de ilusión.

—Amore, ¡brindemos! Por ti, que eras mágica, y me has hechizado, no sé cómo.

—Ojalá haberlo hecho antes —afirmé levemente mientras levantaba la copa.

Marco me cogió de la barbilla y me fulminó con la mirada, porque sabía que me lo había hecho pasar mal, aunque ahora estuviera lanzando corazones.

La camarera regresó con un cuaderno para tomar nota.

—¿Sabéis ya lo que queréis?

—Sí, creo que sí, vamos a pedir una ensaladilla rusa para empezar, y luego vamos con unos chipirones y una lubina.

—Perfecto, ¿algo más?

—Ale, ¿eso es todo? ¿Seguro que no quieres nada más? Aprovecha y pide todo lo que te apetezca. Como si estuvieras en casa.

—¿Así está bien o pedimos algo más? —consulté a la camarera.

—No, así perfecto, hay que dejar hueco para el postre, que tenemos unas torrijas riquísimas.

—¿Qué son las torrijas? —exclamó Marco arrugando la frente.

—Es una rebanada de pan empapada en leche y rebozada en huevo que se fríe en la sartén y queda crujientita.

—Seguro que está deliciosa —dijo robándome un beso y espantando de nuevo a la camarera.

—Nos va a odiar —exclamé, y me abalancé de nuevo a sus brazos para seguir besándole.

Marco se levantó para ir al baño, que estaba al fondo a la derecha. Le seguí con la mirada y vi cómo se daba la vuelta para hacerme un gesto indicando que fuera con él. Prosiguió su camino y yo me levanté arrastrando la silla. Me esperó en la puerta del baño de hombres, y cuando me vio aparecer, sus cejas se levantaron, transformando su expresión. Sonrió con su sonrisa de medialuna, y yo lo abracé rozando mis tetas en sus pectorales. Su boca se abalanzó sobre la mía y absorbió mi lengua como si fuera un Calippo de lima-limón. Tras el calentón, lo empujé dentro del baño y cerré con pestillo.

—Tenemos dos minutos —exhalé, y le bajé la bragueta del pantalón, metí mi mano y le acaricié.

—Aprieta más fuerte y acabaré en un segundo —jadeó, mientras colaba sus dedos entre mis bragas y frotaba mi clítoris.

Se sentó en la taza del váter y yo le bajé los pantalones hasta los pies. Alterné la succión con los besos suaves y dulces en la puntita, hasta que, en una de las sacudidas, noté como su pene se erguía en todo su esplendor. No le dio tiempo a confesar, y antes de que pudiera abrir la boca, se estaba corriendo. Cuando terminó me puso contra la pared y rozó lo que le quedaba de erección contra mi culo. Me bajó los pantalones cortos y las medias, introdujo dos dedos para acariciar mi clítoris. El placer era muy intenso, y solo tuvo que besar mi oreja para que alcanzase el orgasmo en cuestión de segundos. Mi cuerpo quedó tendido en la pared, y él me volteó para acomodarme

entre sus brazos y darme un tierno abrazo.

—Madre mía Alejandra —susurró en mi cuello.

Lo espachurré muy fuerte, sin decir nada, y fui hasta abajo para subirle los pantalones.

—Creo que es hora de volver —lamenté mientras abrochaba el botón.

—No sin antes darme otro beso —rogó acercando sus labios a los míos.

Cuando salimos, los platos ya estaban en la mesa, así que nos apresuramos a sentarnos para disfrutar de la comida, que tenía una pinta deliciosa. Y así fue, no defraudó. Las tapas estaban exquisitas, sobre todo la ensaladilla rusa, que siempre ha sido mi favorita.

Marco y yo acabamos la cena entre vino, besos y risas. Al final no fuimos capaces de llegar a las torrijas, porque las porciones eran abundantes. Cuando terminamos, la camarera trajo la cuenta y Marco no me permitió ni siquiera mirarla. Tuvo que dejar una buena propina, por la cara de felicidad que puso el dueño al recogerla. Y eso me dio una punzada al corazón, porque sabía que no tenía mucho dinero, y se estaba tirando el rollo.

Cuando llegamos a la residencia, me acompañó hasta la puerta de la habitación, y nos despedimos entre caricias y calentones, que quedaron irresueltos, como una pareja de recién enamorados que se despiden en el portal antes de subir a casa. No podíamos hacer mucho más, porque las habitaciones estaban ocupadas, así que solo nos quedaba encontrarnos en nuestros sueños de madrugada.

SUPERSTICIÓN

Siempre he creído en el karma. Por ello, intentaba ser consecuente con mis actos, porque era consciente de que había una ley invisible de causa y efecto que nos afectaba a todos. Esa mañana, tras levantarnos y empezar a colocar la ropa de Yolanda en la habitación, rompimos tres espejos. No uno ni dos... tres, lo cual equivalía a 21 años de mala suerte. No hay mayor castigo en el mundo de la superstición que romper un espejo.

Yolanda y yo nos pusimos tan nerviosas que, antes de recoger los pedazos del suelo, buscamos en Google cómo quitarnos la maldición. Según la página [www.](#), teníamos que recoger los añicos y tirarlos por un río en dirección sur, así que no lo pensamos ni un segundo: nos vestimos corriendo para ir al río más cercano, en este caso el Regent's Canal, a través del Norte de Camden Town, para tirar los pedacitos. Cuando llegamos allí, desenvolvimos los añicos del cristal, miramos alrededor para asegurarnos de que no venía nadie, y nos acusaba de contaminación y vandalismo, y los lanzamos al río. «Adiós, mala suerte», gritamos al unísono. Para conmemorar que nos habíamos librado de la maldición, nos grabamos un GIF abrazándonos al tirarlo. Aprovechando que estábamos en Camden fuimos a una churrería que había por la zona y nos compramos diez churros y dos porras, pero se me cayeron al suelo, aunque las recogimos como si nada hubiese pasado. Soplamos un poco, eso sí, por aparentar. Nos sentamos en un banco al solecito y nos los comimos súper felices, sin poder parar de reír por la hazaña del día. Mientras lamíamos el azúcar del churro, un chico de unos treinta y pico se paró en frente de Yolanda y la miró asombrado:

—¿Eres supermodelo? —preguntó.

Yolanda escupió un cacho de churro, y con ese gesto dejó entrever que no lo era.

—No, ¿por?

—Tienes cara de modelo, pero te falta un toque grunge. La cosa es que trabajo para una peluquería de alto standing y me encantaría hacerte un cambio de look gratis. ¿Aceptas?

—¿Con qué condiciones?

—Tienes que dejarte hacer lo que yo quiera.

—Trato hecho —contestó Yolanda sin pensarlo dos veces.

—¿Tienes tiempo ahora?

—Sí, supongo que comer churros en un banco no cuenta como estar ocupada.

—Pues venga, ¡vamos! No aguanto más, necesito hacerte un cambio de look ya.

No entendíamos muy bien ese ataque de generosidad, pero al parecer era bastante común en

Londres que estilistas que trabajaban en peluquerías modernas te cambiarán el look gratis, así ellos podían hacerse un porfolio muy alternativo.

Entramos a la peluquería, que era super fashion y solo apta para los más atrevidos, como Yolanda. El local era como un viaje al París del siglo XVII, tenía una decoración digna del Palacio de Versalles, todo en tonos azulados y dorados. Los estilistas hablaban de los últimos cortes y técnicas. Yo miraba atenta, sentada en un banco de madera pintado de azul celeste, cómo Yolanda estaba quedando irreconocible (para bien). Le habían cortado la melena y dejado el pelo súper corto, a lo garçon y se lo habían teñido de naranja fosforescente, tipo Leelo, la protagonista de la película El Quinto Elemento. Estaba espectacular. Ese pelo era su nueva seña de identidad.

—Wow Yolanda, no tengo palabras. Bueno, sí, que me siento demasiado básica a tu lado. Tengo que ir a hacerme un tatuaje para sentirme más moderna.

—Estoy mega-cachonda con este corte, ¿no? ¡Viva Londres!

—Tía, esto sí que es arrasarlo nada más llegar.

Yolanda abrazó al peluquero. Con razón, porque le había hecho el mejor cambio de look del mundo. Estaba un poco envidiosa, mi larga melena castaña no tenía ninguna alternativa. Me vi demasiado tradicional, a pesar de que no lo era, pero al lado de Yolanda me sentía como una estudiante de magisterio opositando en Albacete.

—Yoli, ¿me acompañas a hacerme un tatuaje?

—¿Lo dices en serio?

—Te lo juro, me siento demasiado sosa, y tengo que quitarme esta sensación.

—Solo si te tatúas algo random, en plan: PATATA BRAVA.

—¡No flipes tampoco! Me quiero tatuar una luna.

—¿En qué fase?

—Creo que cuarto creciente, porque es un momento de transición, crecimiento y optimismo.

—¿Te lo acabas de inventar o es así?

—Bueno, es lo que representa para mí, que al final es lo que importa. Creo que me lo voy a hacer en la muñeca, así, pequeñito, que no sea muy caro.

—Ale, si quieres colocarte en el pódium de la modernidad, tendrás que hacerte algo más llamativo.

—Poco a poco... Empezamos con el tatuaje y luego vemos qué más puedo ir haciendo para alcanzarte.

Así que bajamos la calle y nos adentramos en el primer lugar de tatuajes que vimos. Boys don't

cry se llamaba el lugar. Nos recibió un italiano con todo el brazo tatuado de negro, en bloque, y varios tatuajes en la cara. Me dio presupuesto: cincuenta libras. Acepté (a sabiendas de que iría justa a final de mes) y me senté en una camilla, dentro de una habitación completamente roja, mientras Yoli esperaba en la salita de fuera. El tipo me pegó varias veces la calcomanía hasta que la luna quedó alineada con mi muñeca. El tatuaje duró quince minutos, en los cuales me quedé dormida, porque fue un cosquilleo muy suave. Al terminar, me echó un gel y me vendó la muñeca con film transparente. Cuando salí de la habitación, le enseñé el tatuaje a Yoli, como si fuera el triunfo de la modernidad. Después paseamos por el mercadillo que había en las calles colindantes y compramos una planta para posar en la ventana. Decidimos llamarla Rosita. Al llegar a la resi, subimos a nuestra habitación para dejar las compras del mercadillo: un poco de fruta y verdura, y a Rosita, que la posamos en el alféizar. Aprovechamos el sol para hacer la colada y colgar toda la ropa por la ventana. A Yolanda se le cayeron unas bragas al suelo, y yo la miré con cara de amor.

—Gracias por estar aquí —musité mientras ponía unas pinzas a los calcetines.

—Ale, gracias a ti estoy aquí, que es diferente.

Nos quedamos en silencio y nos abrazamos.

—¿Quieres ver Juego de Tronos? —exclamó emocionada recogiendo su portátil del suelo.

Nos tumbamos en su cama, nos tapamos hasta arriba y empezamos a ver la primera temporada, expectantes con todo lo que estaba por pasar. En la vida y en la serie.

TOPSHOP Y JÄGERMEISTER

La noche anterior me quedé dormida en la cama de Yolanda.

—¿A qué hora terminas hoy? —preguntó.

—Tengo el día libre.

—Pues eso significa una cosa: compras y borrachera.

Fuimos a Topshop, una tienda británica, centro de culto para los jóvenes adictos a la moda, situada en Oxford Street. El estilo era muy british, y los vaqueros muy ajustados. Los jeans MOM le sentaban bien a todo el mundo menos a mí. Sus cinco plantas estaban diseñadas para que no salieras de allí: peluquería, salón de belleza, cafetería, pastelería y un fotomatón, para hacerte fotos super chulas, por si no te habías gastado suficiente dinero comprando. Los accesorios ocupaban toda la planta baja, y no fuimos capaces de pasar de planta, o pantalla, porque me sentía atrapada en un videojuego, sin salida.

—¿Te molan? —preguntó Yolanda probándose unos pendientes, de tela trenzada, color azul, que sin exagerar, le llegaban por la cintura.

—A ti te quedan genial... si me pusiera yo eso, me tropezaría al andar.

Yolanda lucía un top desteñido con la tripa al aire, su abrigo de print de leopardo, unos pantalones de cuero y un gorro de lana gris. Hasta ahí todo “normal”, pero al ponerse los pendientes kilométricos, era imposible dejar de mirarla. Tuve que pecar en esa tienda del infierno, de la cual era imposible escapar, porque tenían mi complemento favorito: bombines de todos los colores. Me lo compré en granate que iba a juego con la blazer mostaza que llevaba, los calcetines altos grises y los mocasines negros. Salimos de Topshop con el bolsillo roto, pero pisando fuerte por las calles londinenses. Esa noche habíamos quedado en la discoteca Koko, así que pillamos la District Line, y fuimos en dirección Candel. Como no parábamos de hablar y los asientos eran tan cómodos, nos pasamos dos veces la parada. Al llegar allí, decidimos pasarnos por el Poulton, que era una tienda de todo a un pound, para comprarnos algo de pavo, y así cenar. Ir a la moda es lo que tiene, que luego no te da para comer decentemente.

—¿Viene Marco? —dijo Yoli sacando el pavo del plástico para hacernos un sándwich sentadas en el suelo.

—No tía, hoy trabaja, así que hasta mañana no podré verlo.

—¿No te vas a escapar a su habitación cuando volvamos?

—Me acercaré a darle un beso de buenas noches, pero es que mañana madrugo un montón.

—¡Ay, mira a estos! —exclamó Yoli, señalando a Jairo, y Pietro, que subían por las escaleras del

metro. Paula no había podido venir, porque finalmente la habían contratado como lavaplatos.

Antes de entrar a Koko, nos paramos a tomar una pinta en un pub que se llamaba “The World’s End”. El bar destacaba por su color rojo carmín, y porque debajo del nombre, colgaba un letrero de “Entrance”, como si las puertas del fin del mundo estuvieran abiertas. Antes de cruzar esa puerta pensé en qué pasaría si se acabase el mundo.

—Chicos, si hoy fuera vuestro último día en la tierra, ¿qué harías? —pregunté.

—Ir al Mcdonalds, y estar toda la noche comiendo hamburguesas y McFlurry. Para irme al infierno con la tripa llena, por si acaso —dijo Yoli.

—Acompañaría a Yolanda, y luego me iría a buscar a Pete Doherty, para cantar una canción con él. Bueno con emborracharnos juntos me vale también.

—¡Qué aburridos! —exclamó Pietro con su acento italiano, moviendo las manos al unísono—. ¡Tendríamos que buscar una orgía! Andar en bolas por la ciudad, romper escaparates, ¡yo qué sé!

La verdad es que viniendo de Pietro no me esperaba otra cosa, le encantaba romper extintores cuando hacíamos fiestas en la residencia, y tirarse en pelotas por la ventana (desde el primer piso). La verdad que desde que había dejado de trabajar, siempre estaba liándola. Menos mal que nadie me preguntó el clásico “y tú”, porque hubiera afirmado que me metería en la cama con Marco para no salir jamás de ella.

Entramos a Koko, y aunque ya había estado más veces, su sala principal me seguía sobrecogiendo. Mirar desde abajo todos los balcones del teatro, rojos y dorados, como si estuvieras a punto de ver el estreno de una obra de Shakespeare, y escuchar la música con esa perfección acústica, me ponía los pelos de punta. Fuimos casi directos a la barra, a tomar unos Jägermesteir, para ponernos a tono.

—Pago yo esta ronda chicos —dije presa de la emoción, porque tenía la tarjeta temblando.

—¿Qué le vas a decir a tu madre cuando vea tu cuenta bancaria? —interpuso Yolanda.

—Que Jägermeister es el nombre de mi escuela de inglés —grité muriéndome de la risa.

Cenaba pavo de un pound, pero invitaba a una ronda de chupitos. No tenía sentido. Luego me preguntaba por qué no llegaba a fin de mes. Me lo preguntaba yo, y mi madre, cuando veía mis cuentas. Pero es que la vida son incoherencias, y más cuando tienes veintitrés años. La comida es pura supervivencia, así que cuanto menos dinero mejor. Donde de verdad pones tus energías es en la fiesta y en la vestimenta.

Esa noche bailamos como si no hubiera un mañana, Yoli me azotaba con sus pendientes kilométricos y Jairo cantaba todas las canciones, porque sabía absolutamente todas las letras de las bandas británicas. Pietro intentó saltar desde uno de los balcones, pero fue interceptado por un señor de seguridad, y obviamente fue expulsado de la discoteca. Nosotros salimos detrás de

él, para ir caminando a casa. La niebla era tan baja, que apenas nos veíamos los rostros, pero sí vimos una tirolina que había cuando atravesamos uno de los parques. No dudamos en lanzarnos a sabiendas de que nos caeríamos en el arenero, pero fuimos uno a uno, gritando chorradas para soltar la adrenalina. “Por Noel Gallagher”, gritó Jairo, “por Maradona”, dijo Pietro como buen napolitano, “Por Snooki” evocó Yolanda, que era muy fan del programa Jersey Shore. Yo no podía gritar por otra persona que no fuera “por Esperanza Gracia”, que era mi vidente favorita, y estaba enganchada a su horóscopo semanal, aunque los Escorpio nunca salíamos muy bien parados. Tampoco lo salimos del parque, nos llevamos un par de moratones, y para casa. Yoli y yo nos fuimos directas a la habitación, que al día siguiente tenía que trabajar. Me costó no entrar a la habitación de Marco, pero no quería despertarlo con mi aliento a chupito, y mi blazer mostaza llena de arena.

RELOJ, NO MARQUES LAS HORAS

Entraba a trabajar a las seis de la mañana, y por suerte no tenía resaca. Me había dejado la ropa preparada el día anterior para salir corriendo en cuanto sonase el despertador, y así no despertar a Yolanda. Cogía el bus de las cinco y media, y tuve que pegarme una carrerita para llegar a tiempo. Todavía era de noche, y el ambiente se sentía gélido, pero yo estaba tan feliz y sumida en mis ensoñaciones con Marco que podía caminar desnuda en medio de una plataforma de hielo en la Antártida y pensar “oye qué a gusto”. Estaba totalmente poseída por las endorfinas, y con una sonrisa pegada a la cara, como un adhesivo a una ventana. Subí al bus y me senté en la planta de arriba, en los asientos delanteros para poder disfrutar de las vistas de la ciudad. De repente, mi móvil vibró.

—¿A qué hora terminas hoy?

—Salgo a la una. ¿Sabes en qué tienda trabajo?

—Creo que sí, si no te buscaré en todas las tiendas de Londres.

«Qué se ha fumado Marco». Pero me encantaba el cambio. Era como si el verdadero Marco hubiera estado contenido todo este tiempo, y saliera de sopetón como la espuma del champagne.

—¿Qué te apetece hacer?

—Besarte hasta consumir mis labios —respondió en milésimas de segundo.

Solté una carcajada; o sea de verdad, quién es este Marco.

—Lo único que tienes que hacer es terminar de trabajar lo antes posible, porque yo estaré esperándote fuera.

Cuando llegué, a las siete de la mañana, la verja de la puerta estaba bajada, ya que todavía no estaba abierta al público. Me colé por debajo ante la atenta mirada del chico de seguridad, que estaba siempre pendiente de quién entraba a esas horas.

—Good morning —grité a los cuatro vientos.

Todo el mundo tenía cara de bajón, menos yo, que me sentía como un astronauta pisando la Luna, y Begoña, que se había tomado un Red Bull para trabajar y estaba de tripi. Tuvimos una morning meeting en el que presentamos una por una las nuevas prendas que habían llegado a tienda. Empezamos a recibir material de primavera: la novedad eran vestidos cortos por delante y con cola larga por detrás. Me enamoré de un vestido de tirantes rosa palo, que decidí comprar horas después para ponérmelo antes de la cita con Marco. Inconvenientes de trabajar en tienda de ropa: acabas gastándote tu sueldo sin moverte del lugar de trabajo. Un buen negocio.

Aitor, Javi, Bego y yo desempaquetamos un montón de cajas en el almacén. Sacamos toda la

ropa de la nueva colección, y a escondidas nos probamos los mejores modelitos y desfilamos por los pasillos del almacén. Javi, que tenía figurín de modelo, se probaba la ropa de hombre, y yo la de mujer. Bego nos cantaba Beyoncé mientras hacíamos la performance, y la Aitor bailaba en los alrededores. Era muy divertido trabajar con ellos. Currábamos como campeones, pero siempre encontrábamos un momento para divertirnos, aunque a las seis de la mañana parecía imposible que fuera así. Tras colocar todo en su sitio, fuimos a desayunar al Pret A Manger, una cadena de comida rápida británica, especializada en sándwiches y cafés cremosos. Los desayunos en Reino Unido eran completamente diferentes a lo que estábamos acostumbrados. Las opciones saludables eran fruta o yogur, pero nada tan rico como las barritas de pan con aceite y tomate, y café con leche ardiendo en vaso de cristal, por dos euros. Aquí todo era caro, y lo barato era comida basura. Siempre desayunaba un café con una manzana, y comía un sándwich de bacon con huevo o alguna guarrada así. Por no hablar de la cantidad de veces que comía hamburguesas de un pound en el McDonald's. A pesar de la mala alimentación que llevaba, perdí mucho peso, porque no me quedaba quieta. Lo que no sé es cómo mi sistema inmunológico no petó con tanta grasa.

—Hoy me viene a buscar Marco —comenté mientras depositábamos las bandejas en las mesas de la terraza del Pret A Manger.

—Nena, a este ritmo este chico te pide matrimonio antes de que te vayas —contestó Aitor echándose azúcar al café.

—Eres mi ídola, ¿cómo has conseguido hechizar a ese pedazo de maromo? —gritó Bego.

—Porque está loco, tía. No sé qué le ha pasado, ha cambiado de la noche al día

—Lo importante: ¿folla bien? —preguntó Javi.

—Es un Dios del amor.

—Qué suerte tienen algunas —comentó Aitor con aires de reproche, porque llevaba tiempo sin follar.

Cuando volvimos a la tienda ya eran las once, no quedaba nada para ver a Marco. Las dos últimas horas fueron eternas. Estaba a punto de caramelo, pero el caramelo estaba perdido en el bolsillo y nunca aparecía. No llegaba el momento. Aunque llegó, y cómo llegó, como un torrente sin dique de contención. Terminé mi turno y me metí corriendo en las taquillas para quitarme el uniforme y ponerme mi precioso vestido nuevo, color rosa palo. Arranqué las etiquetas de un tirón, me puse unas bragas nuevas y me calcé unas botas de tela marrón con tachuelas. Volví al baño para retocarme una vez más el pintalabios color nude y colocarme un poco el pelo, aunque estaba como siempre: suelto y ondulado.

Bajé en ascensor a la primera planta, me revisé de nuevo en el espejo y suspiré muy hondo antes de salir por la puerta como si fuera un ángel de Victoria Secret, andando con firmeza y mostrando la mejor versión de mí misma. Allí estaba él, apoyado en uno de los coches que estaba aparcado en la acera, con el pelo deshecho y mirando desafiante a los viandantes con esos ojos tan profundos, cargados de amor para unos, y de incompreensión para otros.

Nada más verme salir por la puerta, se acercó para darme un abrazo.

—Alejandra —susurró con la voz entrecortada.

—¿Qué?

—Que te he echado de menos —imploró mientras me volvía a coger entre sus brazos.

—Yo también.

—Tengo una sorpresa para ti. Bueno, de hecho, tengo dos.

—¿Cuál? —pregunté.

—Las sorpresas, sorpresas son. Vamos a pillar un taxi y te las enseño —comentó a la vez que levantaba el brazo para parar uno de los taxis negros y amarillos que transitaban en pleno Oxford Street.

—A Notting Hill —pidió al taxista.

—¿Qué se nos ha perdido en Notting Hill? —dije mientras me colocaba el cinturón del coche.

—Espera un poco y verás —contestó, y me dio un beso en los labios—. ¿Qué tal tu día, pequeña?

—Llevo toda la mañana esperando este momento, así que supongo que mi día empieza ahora.

—Yo también llevo todo el día esperándote, por eso quería que el reencuentro fuera especial.

—Llevamos algo más de doce horas sin vernos, reencuentro quizá no es la palabra —musité, robándole un beso.

—Cada momento que vuelvo a verte es un reencuentro.

—Qué exagerado eres —dije mientras le daba una palmada en el hombro.

—Ya estamos aquí —intervino el taxista.

Nos bajamos del coche en una de las calles más famosas de Notting Hill: Portobello Road. Notting Hill era un barrio de película, y nunca mejor dicho. Casas victorianas de colores, jardines floridos y mezcla de arquitectura clásica con negocios hiper modernos. Marco se sacó unas llaves del bolsillo. No entendí muy bien por qué, hasta que dijo:

—Esta será nuestra casa el fin de semana —comentó al abrir la cerradura de una de las casas situadas en la avenida principal.

—¿Estás de broma? —grité entusiasmada.

—No, la he alquilado para que podamos disfrutar de un finde juntos sin preocuparnos por

molestar a nadie.

—Pero no podemos pagar esto.

—Por eso no te preocupes, he cobrado un extra en la pizzería.

Me abalancé hacia él y salté a sus brazos. Marco me cogió en volandas y me adentró en la casa.

—Welcome! —gritó al cerrar la puerta.

Era una casa de dos plantas, con techos altos y espacios diáfanos, muy amplia y luminosa. La planta baja estaba conformada por el salón, la cocina y el baño, todo en un espacio abierto. La decoración era minimalista, y todas las paredes y muebles eran de color blanco. En la planta de arriba había dos habitaciones y un baño enorme con un jacuzzi dentro y decenas de plantas rodeando la bañera. Era una casa de revista del corazón. Solo quería tumbarme en el sofá y hacerme fotos como la maja desnuda de Goya.

Pasé a la última habitación, que al parecer era la sorpresa dentro de la sorpresa.

—Marco, ¿qué es esto?

—Un regalo. Abre la cajita, y luego el sobre.

Me temblaban las manos. No sabía muy bien qué podía haber en esa cajita, pero viniendo de Marco me esperaba cualquier cosa. La abrí y era un reloj de color naranja. Nada elegante, era muy de mi estilo, la verdad. Si fuese un reloj sería ese. La correa daba dos vueltas, era finito y muy llamativo. Pero lo importante no era el reloj, era lo que contenía la nota. Abrí el sobre y leí en alto. «Cada vez que mires este reloj quiero que te acuerdes de que no hay un minuto que no piense en ti».

Un beso no era suficiente para expresar que no sabía muy bien lo que éramos, pero éramos; él, yo y el tiempo. Y no se me ocurría mejor manera de representar lo vivido que con un reloj. Desde que nos conocimos habíamos tenido un cronómetro marcando la cuenta atrás de nuestra relación, como si por vivir en una ciudad de paso, tuviéramos las horas contadas. Pero igual no era el fin, sino el inicio de esta historia. Cada segundo a su lado era un segundo de vida. De la buena, de la de sentirse exultante y respirar felicidad con cada bocanada. Cada vez que mirase este reloj, sabría que él pensaba en mí y que estábamos unidos. Porque pensarse a veces es incluso más importante que tenerse. Porque tenerse sin pensarse es como quererse sin amarse.

Me puse el reloj y lo miré con los ojos vidriosos.

—¿Ahora quieres que piense en ti cada segundo?

—Siempre lo he querido, pero nunca me he atrevido —carraspeó, acercándose a mí y cogiéndome de la mano para entrelazar sus dedos y los míos.

—No me vas a preguntar qué hora es —bromeé.

—¿Qué hora es, pequeña?

—La hora del jacuzzi —susurré en su oído, y me puse encima de él, colocando mis rodillas en la cama y posando mis caderas en su entrepierna.

—¿Y qué se hace en esa hora, si se puede saber? —contestó, y se quitó la camiseta.

—Pues se hace lo que tú quieras. Carta blanca. Porque tus deseos son realidad esta noche —intervine, moviendo mis caderas de adelante hacia atrás.

—Mi deseo es tenerte toda la noche, y hacértelo, incluso en tus sueños.

Respiré hondo, intentando aliviar los pulmones, que estaban cargados como bombas de oxígeno. Bajé el tirante del vestido rosa y nos miramos como si tuviéramos que sofocar un incendio.

—Quítame el vestido —supliqué.

Marco bajó suavemente el otro tirante y deslizó el vestido hasta la cintura, dejando mi sujetador al descubierto, el cual desabrochó de un click. Empezó a besarme las tetas, y el placer fue tal que viajé a otro lugar, no sé a dónde. Mantenía los ojos entreabiertos como conectando con otra dimensión. Y pensando que el sexo es tan poderoso que es el origen de la vida. Nacemos gracias a él. Solo me había besado las tetas y ya estaba en otro planeta. Tuve que respirar y cambiar de postura para no dejarme llevar.

—¿Nos vamos al jacuzzi? —dije levantándome, mientras mi vestido caía por los suelos.

—Vamos, amore —y al decirlo, me cogió en volandas y me llevó al baño. Las luces de las velas se reflejaban en las paredes blancas, creando un ambiente muy íntimo. Marco me metió dentro del jacuzzi, donde me tumbé, dejando la cabeza fuera para poder disfrutar de cómo se desvestía. Se desabrochó la camisa, botón a botón, y dejó al descubierto su pecho trabajado. Virgen santa, qué bueno estaba. Tenía la tez morena y la piel tersa. Se deshizo de los vaqueros y se quedó con el bóxer negro, del cual brotaba una enorme erección.

—¿Estás disfrutando con mi striptease? —preguntó divertido.

—Sí, pero no sé si aguanto un segundo más. Necesito que te metas conmigo.

—Espera, que falta una cosa más.

—¿El qué? —dije gritando, mientras él desaparecía del baño y bajaba las escaleras.

Volvió corriendo a los pocos segundos con dos copas en una mano y una botella de champán abierta en la otra.

—Pequeña, nos merecemos absolutamente todo.

Me quedé mirándolo en silencio. No sabía muy bien dónde estaba la trampa, o si de verdad ahora se había convertido en el tío más detallista del mundo.

—¿Siempre eres así? —pregunté curiosa.

—Baby, I am Italian, aunque al principio no lo pareciese.

—Qué peligro tienes.

—No te creas. Cuando me enamoro soy así...

—¿Acaso me estás insinuando que estás enamorado?

—¿Acaso lo dudas? —respondió, y yo sentí un latigazo en el corazón.

—Intento no creerte, porque si no, me enamoraría de ti hasta la médula, y no sé si habría punto de retorno.

—¿Y por qué no te dejas llevar? —preguntó, y se metió dentro del jacuzzi.

—Porque me harías daño.

—Nunca haría eso —dijo, y me dio un beso en el hombro—. Te lo prometo.

Y lo besé, con el corazón latiendo a mil, para después esconderme en el arco de su cuello y suspirar muy hondo. Me rodeó con sus brazos y me cogió de la barbilla para atravesar mis ojos con los suyos y jurarme amor eterno, aunque fuera por un segundo. El segundo necesario para que las moléculas de mi cuerpo bombearan toda la sangre que ardía ya en mis venas. La vida era eso. Segundos. Segundos que cambian la vida. Deslizó sus besos por mi cuello hasta llegar a mis pezones, que apretó con sus dedos y succionó con sus labios, mientras yo me retorcí de placer. En un movimiento instintivo, abrí las piernas y él acarició mis muslos hasta adentrar dos de sus dedos en mi interior. Yo abrí la boca para exhalar un gemido y sacar mi lengua para buscar la suya. Cuando se encontraron, chocaron como dos naves espaciales. Nuestras bocas absorbían el deseo desenfrenado de nuestras lenguas, que se encontraban y convulsionaban. Me coloqué encima, con las rodillas apoyadas en el suelo del jacuzzi, aunque la fuerza de las burbujas hacía que mi cuerpo se elevara. Lo miré a los ojos y encajé su cuerpo con el mío, como si fuera un puzle hecho a medida. Marco gritó de placer.

—My girl.

—Marco Moretti... —alcancé a decir, mientras una lágrima de placer surcaba mi mejilla.

Y así estaba yo, con el corazón sujeto en la mano, moviéndome sin parar, en un juego de caderas. Marco me agarró con las dos manos por la cintura y me colocó sobre él suavemente, para sentir con más intensidad sus embestidas, que estaban a punto de hacerme llegar.

—Marco —alcancé a decir.

—¿Qué, baby? —jadeó.

—No aguanto más. Voy a llegar —suspiré, y me detuve un segundo para mirarlo fijamente.

—Mi amor, sigue.

Mis besos se colaron por su cuello, mientras yo gritaba con el placer acumulado en mi garganta que se extendía por la habitación como una onda electromagnética.

Permanecemos abrazados, con el calor del agua del jacuzzi arropando nuestros torsos, que aún latían de placer. Me incorporé un poco y saqué mi cuerpo del suyo. Marco acarició mi cara con sus manos mojadas y sonrió con un brillo que iluminaba sus ojos.

—Te quiero, Alejandra —musitó.

—Y yo también —contesté mientras me escondía entre sus brazos, como si me diera vergüenza, decirlo o escucharlo tras todo este tiempo esperándolo.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Un montón. ¿Tú?

—¿Sí? Pues venga, vamos a vestarnos y a comprar algo para cenar.

Fuimos al supermercado Sainsbury's de Portobello Road. Me hizo mucha ilusión coger un carrito y hacer la compra juntos. Me parecía algo muy íntimo. Recorrer los pasillos, buscar entre las estanterías, elegir buenos productos para pegarnos un homenaje y celebrar algo tan bonito como el amor. Observar los movimientos de Marco me causaba mucha ternura: ver cómo miraba detenidamente las etiquetas de vino tinto, para acabar escogiendo un Rioja Gran Reserva, o elegir meticulosamente la salsa de tomate, como buen italiano, eran detalles que me estremecían. La belleza de lo cotidiano. Y de las primeras veces. El mero hecho de pagar en la caja, que él saque la tarjeta, suelte un «pago yo», y la cajera nos mire como si fuéramos una pareja consolidada que va a hacer la compra y no como unos recién enamorados compartiendo su primer fin de semana juntos suscitaba en mí, ráfagas de emoción. La verdad es que estaba proyectando demasiado. Me sentía una más entre las calles y los vecinos de Notting Hill. Por unos instantes pensé que esa era o podía ser mi vida. Yendo a hacer la compra en el mercado de ricos del barrio, saludarnos entre todos. «Ey, how was your day today?». Tener un marido exitoso y rodearme de gente con renombre en nuestra casa diáfana de Portobello, mientras bebíamos vino blanco y hablábamos de las últimas corrientes artísticas. Era un sueño que distaba mucho de la realidad. Así que intenté bajarme de esa nube pasajera y poner pies en la tierra. Recordé que compartía habitación, vivía en una residencia que se caía a cachos, hacía la compra en un supermercado lleno de estudiantes y mi sueldo no daba para llegar a fin de mes. Era muy feliz, eso sí; y saborear este tipo de experiencias que distaban tanto de mi realidad, me hacían serlo aún más.

Cuando volvimos a casa, dejamos las bolsas en la encimera y metimos los productos frescos en la nevera. Marco cogió la botella de vino y la descorchó para servir dos copas de vino.

—Por ti y por mí, amore —brindó.

—¡Por nosotros! —sonreí.

Y esa sonrisa se tradujo en besos encima de la encimera, y en caricias por debajo de mi camisa. No teníamos remedio.

—¿Vamos a empezar por el postre? —pregunté con cierto tono de indignación.

—Es que no puedo controlarme, me vuelves loco —advirtió.

—Voy a tener que cocinar para pensar en otra cosa.

Cada movimiento, cada palabra, cada gesto que venía de Marco estremecía mi cuerpo. Tenía mucha hambre, pero tenías más ganas de follar. Sabía que si empezábamos, no pararíamos. Así que debíamos concentrarnos en cocinar. Solo cocinar. Sin mirar sus fuertes brazos mientras abría el bote de tomate y sin imaginar que me empotraba en la encimera con esos bíceps gigantescos.

—¿En qué piensas? —preguntó, tras ver mi cara de circunstancias.

—Me has pillado.

Reí muy en alto.

—¿Estabas pensando en lo que yo me imagino?

—No sé qué me has hecho, es en lo único que pienso. Necesito borrar esto de mi cabeza.

—Pues a mí no se me ocurre nada mejor en lo que pensar.

—Es que no hay otro pensamiento en mi cerebro. Se ha convertido en una obsesión —exclamé casi con enfado.

—Pocahontas, no te alteres y disfruta. El sexo es algo maravilloso. Y si lo combinas con el placer de un buen vino y una comida rica, es el puto paraíso.

—Tienes razón, no sé por qué me estoy rayando tanto —refunfuñé—. ¿Cómo va la comida?

—Veo que la paciencia no es tu fuerte.

—No, de hecho, es mi talón de Aquiles.

—Tan impaciente y tan cute. Podría estar mirando ese rostro inquieto toda mi vida.

—No enredes, y dime qué tal va la comida —reí.

—Ya queda poco. La pasta está casi, solo falta terminar de freír la carne y añadir el tomate —dijo removiendo el sofrito de la sartén.

Marco había hecho espaguetis a la boloñesa. Y cada vez que le veía probar un espagueti para ver si estaba al dente, mi amor se desbordaba como el agua de esa olla hirviendo.

Mi única función, además de beberme media botella de vino, fue poner la mesa. Lo cual no tenía

ningún misterio. Solo escoger los platos hondos más bonitos de la vajilla y encender un par de velas para crear un ambiente más íntimo. Marco puso la fuente de pasta en el medio de la mesa y me sirvió un plato.

—¿Así o más? —dijo espolvoreando el parmesano en la pasta.

—Para, para, que me has puesto una tonelada de queso.

—Babe, tienes que alimentarte, para la tonelada de besos que te voy a dar esta noche.

«Qué tonto eres», pensé. O qué tonta soy yo, que estoy perdidamente enamorada de él, y me hacen gracia este tipo de comentarios totalmente absurdos.

Cuando probé la pasta tuve un orgasmo casi mayor que el sexual. Estaba increíble. Fue entonces cuando miré a Marco y nos quedamos en silencio, porque hay cosas que se sienten, pero no se dicen, porque hay miedos que no permitimos que sean expresados, porque la libertad a veces es deseada, pero a veces es temida. Esa comida era una fuente de placer, pero de repente y no sé por qué motivo se convirtió en una fuente de angustia. Porque lo miraba y sabía que él pensaba lo mismo, pero no lo íbamos a hablar, porque verbalizarlo sería hacerlo realidad. Ambos sabíamos que estábamos de paso, y que esto que estábamos haciendo, no duraría para siempre. Ninguno dijo nada. Comimos la pasta más deliciosa del mundo, en silencio, mientras ahogábamos nuestros pensamientos en la copa de vino.

LA DESPEDIDA

Tras un fin de semana de película de Julia Roberts, de caricias entre las sábanas, de besos a deshoras, y de sexo maratoniano, llegó el momento de irnos.

—Amore, ¿estás despierta? —preguntó Marco a las seis de la mañana.

—¿Acaso crees que he podido dormir algo?

—Ya, yo tampoco... Alguien me ha despertado para follar toda la noche —carraspeó con sorna.

—Y el tiempo que no hemos estado follando, he estado pensando, o sea que no he podido pegar ojo.

—¿Cuál es tu película favorita? —preguntó de sopetón al darse la vuelta a la cama.

—¿A qué viene esta pregunta a estas horas?

—Me he levantado pensando que había cosas que aún no sabía de ti. Si te gusta la Navidad, si quieres tener hijos, cuál es tu película favorita, o si vivirías conmigo en Milán. —¿Qué? —grité mientras nos incorporábamos en la cama, y apoyaba la espalda en el respaldo.

—He dicho que si vivirías conmigo en Milán.

—Marco ¿por qué me estás preguntando esto?

—No te lo he querido decir hasta ahora porque quería que esta semana fuera totalmente pura y dejar fluir los sentimientos, por una vez en mi vida, después de haberlos contenido tanto, pero la semana pasada me ofrecieron un trabajo que no pude rechazar. Pero, es en Milán.

—¿Y me dices esto ahora? ¿En serio? ¡No me lo puedo creer! ¿Has aceptado el puto trabajo?

—Lo siento. Mi única intención con todo esto era convencerte de que te vinieras conmigo.

—Por eso me has regalado el reloj ¿no? Para que me acuerde de ti, cuando tú no estás, claro —rechisté con la rabia agarrada a mi estómago.

—Ale, por favor, te lo he regalado porque quiero que pienses en mí, pero estando conmigo. Por favor, vente, yo pagaré los gastos, y allí tengo casa.

—Marco, no hablo ni una palabra de italiano.

—Es igual que el español, en unos meses lo hablarás fluido.

—Sabes perfectamente que he venido a Londres a aprender inglés, y ni siquiera he conseguido

lograrlo, ¿tú de verdad crees que me puedo permitir irme a otro país a aprender otro idioma? Es que no me lo puedo creer... has jugado conmigo —dije, mientras mis lágrimas caían en cascada.

—Amor, no he jugado contigo, ven aquí —susurró, acercándose a mi lado de la cama para abrazarme.

—No me toques, por favor —grité rechazando su abrazo.

—Ale, por favor, no me hagas esto más difícil. Te quiero, ¿vale? Y sabes perfectamente lo difícil que es para mí mostrar mis sentimientos. Los he estado ocultando para que no pasara esto. Porque sabía que podía ocurrir, y ahora que los expongo, que te abro mi corazón, que te digo todo lo que siento, ¿me tratas así?

—Una jugada maestra la tuya. Abres tu corazón la semana que decides que te vas de Londres. Bravo. Desde luego, no se me ocurre mejor semana para hacerlo. Llevo todo este tiempo jodida por ti, y ya para rematarme del todo, te vas. Pues un aplauso para ti, y tu forma de joderme la vida —grité levantándome de la cama, y recogiendo todas mis cosas.

—No me hagas esto, por favor. Ale, no te quiero joder, te quiero. Y quiero que vengas conmigo a Milán, te lo suplico.

—¿Para qué? ¿Para seguir torturándome allí? No, hasta aquí. Ya has jugado conmigo lo suficiente. No quiero volver a verte nunca más.

Marco, el hombre de hielo, comenzó a derretirse en un mar de lágrimas. Sentado al borde de la cama, sin ser capaz ni de levantar la mirada.

—Por favor, no me digas eso.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que te odio? ¿Que me has jodido la vida? Que no puedo ni mirarte a los ojos, porque el dolor al decirlo es indecible. ¿Eso te gusta más?

Marco se levantó de la cama, de un salto, y se acercó a mí, para agarrarme de la mano.

—No me toques.

—Por favor, escúchame —dijo, agarrando mi cuerpo, para acercarlo al suyo.

Me cogió de la cara, con sus enormes manos, a las que me agarraría siempre, como si fueran un seguro de vida.

—Escúchame —dijo susurrando de nuevo a mi oído.

Me quedé paralizada, como una estatua, queriendo mirar atrás para aferrarme al pasado, porque en el presente no era capaz de sostenerme. Ese susurro recorrió todo mi cuerpo erizando cada una de mis terminaciones nerviosas.

—No, escúchame tú a mí. Hasta aquí hemos llegado. Te lo digo muy en serio, no quiero saber nada de ti —grité, cogiendo todas mis cosas—. ¡Ah! Y por cierto, aquí tienes tu reloj, igual

marca las horas que me has jodido la vida —solté tirándolo al suelo.

Marco se quedó inmóvil a los pies de la cama, sin saber qué decir para aliviar la rabia que había dentro de mí. Quizá él no sabía qué decir, pero yo no sabía qué hacer. Me había regalado estos días, a sabiendas de que se iba a ir y eso para mí era imperdonable. Y lo peor es que no estaba triste, estaba enfadada, por haberme dejado llevar. Cerré la puerta de la casa de ensueño de Nothing Hill, con un portazo, dejando atrás al amor de mi vida, y a mis calcetines favoritos, que se me olvidaron tirados en el suelo.

FUCK MY LIFE

Tras arrastrarme por las calles de Londres, casi sin poder levantar los pies, y menos la mirada, llegué a la residencia. Decidí no entrar a la cocina para no cruzarme con nadie e ir directa a mi habitación. Necesitaba meterme debajo de las sábanas, como si así desapareciesen mis problemas, una vez más.

Abrí la puerta y me encontré con la habitación hecha un desastre, como siempre. Yolanda estaba tirada en la cama viendo algo en el portátil, y no dude en meterme con ella para llorarle mis penas.

—Yolanda, me quiero morir.

—Ale, no digas tonterías —se descojonó en alto.

—No te rías de mí, Yolanda, que estoy muy triste —dije haciendo un mohín.

—Tía, no quiero ser yo la culpable de que te tires por un puente, ¿pero te has enterado de lo de Marco?

—Me lo acaba de decir —grité incorporándome de la cama—. Por lo visto, soy la última gilipollas en enterarse.

—Lo siento, Ale, él no te lo quería decir hasta que pasase este fin de semana.

—¿Pero y a ti te parece normal que me lo diga ahora?

—Bueno ya sabes cómo es Marco.

—¿Sabes cuándo se va?

—Creo que tenía que irse esta semana.

Cuando crees que no hay espacio para que el corazón se siga resquebrajando, aparece un hueco donde siguen cabiendo más trizas de dolor. Mi historia con Marco estaba totalmente acabada, pero me aliviaba pensar que podía verlo un par de semanas más. Saber que estaba cerca. Disimular cuando lo miraba. Contemplar cómo cambiaba de canal cuando una serie no le gustaba. Verlo cocinar pasta o quedarme ensimismada viendo cómo se ataba los cordones antes de ir a correr. Pero ya ni eso. La rabia se había evaporado, para dejarme un inmenso agujero en el estómago, relleno de pena.

—Ale, ¿estás bien? —dijo Yolanda.

—Perdona, estaba abstraída —contesté con la mirada perdida—. ¿Y cuándo es su despedida?

—Los de la resi querían hacerle la fiesta de despedida el viernes que viene, así que diría que sábado o domingo.

—No me lo puede creer —repetí mientras me frotaba la cara con las manos.

—Sé que esto te pone triste, pero tienes que entender que Londres es como un hotel, un lugar de paso. Todos vamos y venimos, pero no nos quedamos.

—Ya, creo que me ha quedado claro, vaya mierda de ciudad, ¿no?

—Eres una dramas —dijo cachondeándose.

—Yolanda, me duele el corazón.

—Lo superarás.

—No me queda otra —aseveré mientras me movía hacia mi cama—. Aunque esté aquí, es como si no estuviera, ¿vale?

—Capito. No le diré a nadie que te estás escondiendo debajo de las sábanas.

—Gracias, Yoli, te quiero —grité, y ella desapareció por la puerta para dejarme un rato a solas.

ADIÓS CON EL CORAZÓN

Me había pasado toda la semana tumbada en la cama con resaca emocional. Tenía que trabajar, pero cuando volvía del curro, me metía allí directamente. Había evitado ver a Marco. Prefería no agonizar, que llegase el momento y decir adiós. Pero ya había llegado. Hoy era su fiesta de despedida, y ni siquiera sabía cómo despedirme de él, así que practiqué delante del espejo.

«Marco, un placer conocerte, me has hecho mucho daño. Adiós».

«Oh, Marco, cuánto me alegro de que te vayas porque ya no podré volverme loca con tu mirada».

«Marco, solo quiero que sepas que te he querido. Y mucho. Bye».

Paniqueaba de pensar qué tipo de conversación quería propiciar, pero lo que tenía muy claro era que tenía que despedirme, para cerrar este capítulo. Antes de bajar a la cocina, donde estaban todos ultimando los preparativos, sola en mi habitación, me tomé dos cervezas. Paula llamó a la puerta.

—Pasa.

—Ale, ¿estás bien? ¿Por qué no bajas a ayudarnos con la fiesta de Marco?

—No puedo.

—¿Por qué?

—No puedo despedirme de Marco. No estoy preparada, tía. He practicado delante del espejo, me he bebido varias cervezas para relajarme, y no soy capaz ni de articular palabra, es como si me las hubiera tragado todas.

—Relájate tía, te estás poniendo demasiado nerviosa. Intenta relativizar.

—Decir adiós a la persona de la que estoy enamorada ¿no te parece lo suficientemente importante?

—Sé que es difícil, pero hay que naturalizar. Vas a decir adiós a mucha gente a lo largo de tu vida y de tu estancia en esta ciudad. Tienes que aprender a soltar.

—Pero es que no quiero soltar a nadie.

—La vida da muchas vueltas y no se sabe dónde vamos a acabar. Lo único que puedes hacer es desearle lo mejor y pedir a la vida que os vuelva a juntar, si el destino quiere que así sea.

—Supongo que lo único que me queda es aceptar.

—Cuando aceptas los reveses que te marca la vida, esta se simplifica y todo te resulta más fácil.

—Cómo se nota la voz de la experiencia, amiga —dije, acercándome a Paula para abrazarla.

—Es que es verdad, a veces nos complicamos y la vida hay que hacerla fácil, porque ya es bastante ardua.

—¿Qué crees que le debería decir a Marco? Hemos acabado muy mal.

—Dile lo que creas que le tienes que decir. Piensa qué buscas con tus palabras. ¿Esperas que se quede? ¿Que cambie su rumbo por ti?

—No lo sé, me ha hecho mucho daño Paula, quiero que sepa que lo quiero, pero que no puedo estar con él.

—Pues entonces ya está. Díselo. Desde el corazón.

—Puff, dime que en la cocina por lo menos hay un barreño de vino en el que poder ahogarme.

—Estamos preparando sangría, que es lo que le gusta a Marco.

—Voy a llorar.

—Venga, vamos, antes de que aparezca él.

Bajamos a la cocina. Allí estaban todos: Yolanda, Chace, Cindy, Nico, Alejandro, Manu, Moha, Marta, Pietro y Jairo. Todos sonreían y se repartían en grupos. Unos preparaban la sangría, otros terminaban de hinchar los globos. Nico tenía una pistola de burbujas, que activó contra mí cuando llegué. Todos parecían tan felices, y yo los observaba con tanta tristeza. Para mí además de perder al amor de mi vida, significaba también perder a un miembro de la familia. Éramos Holloway Road, y él se convertía en el primer integrante que nos abandonaba. Se merecía unos minutos de silencio. Aunque me había dado cuenta que ellos entendían este momento como algo natural por el que todos pasaríamos. Y que, aunque no querían que nadie se fuese, era normal que todos lo hiciéramos en algún momento. Yo, por el contrario, sentía ganas de vomitar. Me tomé un chupito y un vaso de sangría, en un intento de olvidar lo mal que lo estaba pasando.

Escuchamos el ruido de la puerta de fuera y supimos que era él, así que apagamos las luces de la cocina y nos escondimos detrás de las sillas. Marco abrió la puerta y todos saltamos gritando: «SORPRESA». Marco empezó a reírse y abrazó uno a uno, en agradecimiento por haberle preparado la fiesta. Cuando llegó mi turno, me miró con los ojos acristalados. También me abrazó, aunque no me lo esperaba, por eso cuando noté su piel contra la mía, tuve que aguantarme las ganas de llorar. Ya que sería la última vez que sintiese el calor de su cuerpo. Marco se sirvió su sangría y se sentó en la mesa para jugar con Chace a juegos tipo «hacer un agujero en la cerveza para beberla de un trago». Yo le miraba en la lejanía, como había hecho la mayor parte de este tiempo. Saber que estaba ahí me reconfortaba, no pedía nada más. Solo que estuviese. Exhalé fuerte y salí al callejón colindante a la cocina para fumar un cigarro.

En un movimiento bastante inusual, porque él no fumaba, Marco se acercó y salió conmigo.

—Vaya, ahora que te vas, te unes al bando de los fumadores.

—Siempre fuisteis más divertidos, aunque llego tarde.

—Bueno, nunca es tarde para nada, supongo.

—Tenemos una última noche para fumarnos todos los cigarros del mundo —agregó, dándole una calada sin saber tragarse el humo (aunque no se lo dije).

—¿Cómo te sientes?

—Raro. Estoy muy triste, es como si no fuese capaz de asimilarlo, así que actúo con normalidad, a ver si así se me pasa. Todavía no me lo creo.

—Te vamos a echar mucho de menos —espeté mirándolo a los ojos y dando una calada muy profunda, reprimiendo así mis ganas de llorar al verbalizar esa frase.

—Yo también —dijo tirando el cigarro al suelo y acercándose a mí para abrazarme.

—Estoy utilizando el plural, pero en verdad hablo de mí. Te voy a echar de menos, mucho. No sé si podré soportar levantarme y saber que no vas a estar aquí.

—No digas eso, Ale.

—Te lo digo en serio, Marco. No me imagino ir a la cocina y saber que no vas a estar.

—Ya, a mí también me cuesta pensar que no voy a volver a estar aquí con vosotros, bueno ya sabes... contigo —exhaló mirando al infinito.

—Todavía no te he perdonado.

—Ya me había dado cuenta —pronunció con tristeza en su tono.

—Ven, siéntate —le dije, señalando la acera de enfrente para alejarnos un poco del grupo—. No es fácil para mí decir esto, pero siento que te lo tengo que decir. No sé si te volveré a ver nunca más y es justo que sepas que...

—¿Qué Ale? ¿Qué? —preguntó nervioso.

—Que te quiero con todo mi corazón.

—Mamma mía —dijo con la voz y con sus manos.

—¿Eso es lo único que tienes que decir? —espeté.

—No, claro que no. Ale, ven —dijo, y me abrazó fuerte. Muy fuerte. Como si me fuese a escurrir entre sus brazos—. Yo también te quiero. Mucho. Demasiado. Perdóname si no lo he hecho como tú te esperabas. Sé que a veces no he estado a la altura pero no he sabido hacerlo mejor. Nunca te he querido hacer daño.

—Ya lo sé. El daño solo se hace si hay intención de hacerlo. Y sé que no querías que fuera así, pero me has hecho mucho, demasiado—concluí agachando la mirada.

—Soy un torpe haciendo las cosas. Además, yo soy tan cabezota y tú eres libre como el viento, Ale.

—¿Te asusta eso?

—Sí, la verdad es que sí. Siempre te he visto demasiado independiente, y aunque eso atrae, también asusta.

—Pensaba que eras más atrevido —exclamé.

—Seguro que te lo parezco porque soy muy grandullón, pero ya deberías de saber que soy igual de asustadizo que un niño pequeño.

—Eso es lo que me enamoró de ti; tu inocencia. Es tan bonita que traspasa.

—No sé cómo una chica como tú se ha podido enamorar de un friki como yo —susurró agachando la cabeza.

—No vayas de chico tímido.

—Contigo lo soy, a veces no puedo ni mirarte a los ojos.

—No quiero alargar esto. Escíbeme desde Italia. Mándame postales, como el nombre de tu canción favorita: Postcards from Italy.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente. Te escribiré todas las semanas...

—¿Me lo juras? —pregunté, tirando de su brazo para fundirnos en un abrazo.

—Te lo juro.

—Enséñame los dedos —bromeé.

—Te quiero, Ale —espetó de golpe.

—Y yo a ti —contesté con una lágrima asomando en mi mejilla.

Y así fue. Nos despedimos, diciéndonos un te quiero. El resto de la noche fue agonizante para mí, tuve que ver cómo se despedía de la familia Holloway, pero no quise ser la última, así que me fui a medianoche. Sin volver a decir adiós. Desaparecí como si nada. Como si al día siguiente Marco fuera a estar en la mesa de la cocina desayunando, y escribiendo en su Blackberry. Ese recuerdo me revolvió demasiado el estómago. No podía más, así que cuando llegué a la habitación, cerré con pestillo y exploté a llorar. Y lloré aún más al recibir el mensaje de Marco. Supongo que desde su habitación, a un pasillo de distancia.

Marco:

Ale, se me ha olvidado decirte varias cosas. Como que me duele el corazón cuando pienso que no podré disfrutar de tu sonrisa, siempre tan cálida. Eres una persona súper especial. Cuando te miro puedo ver luz a tu alrededor. La vida es una mierda, pero siempre es generosa con gente mágica como tú. Gracias por esta primavera inesperada en esta ciudad tan gris y cínica.

Te quiero, Ti amo, I love you.

Espero que vengas conmigo a vivir y a todo lo que quieras hacer, mientras sea juntos.

No pensé mucho lo que vino después. Tenía que hacerlo, ya no podía más. Cogí el ordenador, que estaba en la cama, lo encendí y me dejé llevar por lo que sentía en ese momento, como si fuera un robot siguiendo órdenes. Estaba convencida de mi decisión. Un billete de ida a Madrid, pero sin vuelta. Yo también tenía que desaparecer y desaparecí.

AGRADECIMIENTOS

Escribo estas líneas riéndome un poco en alto porque nunca pensé que este libro se fuera a publicar, así que si sucede, será un sueño cumplido. Ni siquiera le he contado a nadie que he escrito un libro. Hola, amigos, ¡mirad a lo que me he dedicado en la pandemia!

El único que lo sabía era mi chico, y no sabe de qué va, así que cuando lo lea, se va a sorprender un rato. De todos modos, a él sí que le doy las mega gracias, porque ha sufrido todos los días que lo he tenido que echar de la habitación para que yo pudiera concentrarme. Gracias. Te quiero Jarrad. A mi familia, que no sabe que he escrito un libro, pero siempre me dejan ser y estar, así que seguro que se sentirán súper orgullosos.

Quiero dar las gracias a mi Paula, que fue mi compañera de piso y mi hermana. Sin ella, no hubiera vivido la mitad de locuras que viví. Qué bonito tener a alguien así a mi lado, que me haya hecho la vida tan simple y divertida. Y por supuesto a mi otra compi, Yolanda, que sufrió mis amores y dolores, y que hoy seguimos recordando esos buenos momentos con nuestra pandilla en Madrid, “las berenjenas fritas” (sí, así nos auto denominamos). Y que además, me ha hecho esta portada tan preciosa, porque es una artista, y me ha dado la idea del título del libro.

A todos los miembros de Hollowoay Road que, aunque estemos separados, siempre me acuerdo de vosotros. Fuisteis mi familia, y una parte de vosotros siempre estará conmigo. A mis compis de trabajo, que los amo con locura, y que me hicieron ir a trabajar con una sonrisa cada día. A todos en general y a Javi, Bego y Aitor en particular. A todos mis amigos de Londres, en especial a José, Estela, Sergi, Álvaro, Belén, Lucía y Christian, que si hay segunda parte de este libro, aparecerán. A Marco, que fue mi amor platónico, y estará flipando si está leyendo este libro, aunque la mayoría es ficción. Marco y yo nunca tuvimos nada, por lo menos nada parecido, y de ahí este libro. A Tomasso, que aunque no sale, parte de las historias son con él. Y el resto de los agradecimientos se los doy a la vida, por haberme hecho vivir experiencias increíbles, que hoy puedo contarlas, con mayor o menor precisión, pero con mucha verdad. Qué bonito el amor, y qué bonito quererse. Así que hagámoslo mucho y mejor.

P.D: Este libro se lee mejor, si lo escucháis con la canción Born to Die de fondo.